

Boletín de Historia y Antigüedades

(Publicación ordenada por el Decreto número 1595 de 1940)

ORGANO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Director: LUIS AUGUSTO CUERVO

Redactores: JOSE MARIA RESTREPO SAENZ. ENRIQUE OTERO D'COSTA

Volumen XXXIII |

Bogotá, noviembre de 1946 |

Nº 385

HOMENAJE A LA MEMORIA
DEL DOCTOR
LAUREANO GARCIA ORTIZ
EX-PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

Manifestaciones de pesar

LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA,

CONSIDERANDO:

1.º Que el día 4 de los corrientes falleció en la ciudad el doctor Laureano García Ortiz.

2.º Que el doctor García Ortiz ocupó con honor una Silla de número del instituto y fue su Presidente en un período reglamentario.

3.º Que enriqueció positivamente las letras patrias con estudios históricos, de mérito excepcional por la elegancia de la forma, la penetración filosófica, la vasta erudición y la justicia con que supo apreciar el panorama nacional y los hechos de la vida colombiana, con claro criterio y constante elevación de miras.

4.º Que fue un eminente servidor de la Nación, a la cual prestó grandes servicios en muy destacadas posiciones, con singular talento y eficacia y con el más puro patriotismo,

ACUERDA:

1.º Lamentar la desaparición del doctor Laureano García Ortiz y considerarla como inmensa y dolorosa pérdida para la República y para la Academia.

2.º Consagrar a la memoria del doctor García Ortiz un número especial del *Boletín* de la Academia, en que se publiquen su biografía, algunos de sus mejores trabajos y de los escritos en que se aprecien su vida y su obra.

3.º Presentar a la viuda del doctor García Ortiz y a sus hijos el testimonio de pesar por la muerte de tan esclarecido compatriota.

Dado en Bogotá a 15 de noviembre de 1945.

El Presidente,

EDUARDO SANTOS

El Secretario, *Roberto Cortázar*.

DECRETO NUMERO 2705 DE 1945

(NOVIEMBRE 4)

por el cual se honra la memoria del doctor Laureano García Ortiz.

El Presidente de la República de Colombia

en uso de sus facultades legales, y

CONSIDERANDO

que con la muerte del doctor Laureano García Ortiz, acaecida hoy en Bogotá, pierde la Nación a uno de sus más eminentes ciudadanos, que la honró con su virtud y su inteligencia, la sirvió con su esfuerzo desvelado, la enaltecíó con su sabiduría y la glorificó con el ardor de su patriotismo,

DECRETA:

Artículo 1.º Hónrase la memoria de Laureano García Ortiz, eficiente servidor público, ejemplar ciudadano, e insigne hombre de letras.

Artículo 2.º Las exequias serán por cuenta del Tesoro Público y a ellas concurrirá el Gobierno Nacional, a cuyo nombre hablará en el cementerio el Ministro de Relaciones Exteriores.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá a 4 de noviembre de 1945.

ALBERTO LLERAS

El Ministro de Gobierno, ABSALÓN FERNÁNDEZ DE SOTO—El Ministro de Relaciones Exteriores, FERNANDO LONDOÑO Y LONDOÑO—El Ministro de Hacienda y Crédito Público, FRANCISCO DE PAULA PÉREZ.

LA ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA

registra en sus actas, con sumo pesar, el fallecimiento de su socio de número don Laureano García Ortiz, varón ilustre que prestó grandes servicios a la República en el desempeño de altas y delicadas funciones, y escritor eximio que enriqueció las letras patrias con las producciones de su docta y elegante pluma.

La Academia Colombiana se asocia cordialmente al duelo de la respetable familia del doctor García Ortiz, y presenta a su viuda y a sus hijos el pésame más sentido.

LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

se asocia al duelo de la República, de la sociedad y de la familia por la muerte del doctor Laureano García Ortiz, colombiano eminente que prestó a la Patria, durante su larga vida, el contingente de su inteligencia, su ilustración y sus nobles sentimientos.

Copia de esta moción será enviada a la familia del finado, a las Academias de la Lengua y de la Historia y a la Municipalidad de Ríonegro, tierra natal del extinto.

EL CENTRO DE HISTORIA DE SANTA CRUZ DE MOMPOX

CONSIDERANDO:

Que en la tarde de ayer dejó de existir en Bogotá el ilustre hijo de Ríonegro (Antioquia), doctor Laureano García Ortiz;

Que el doctor García Ortiz fue miembro de número de la Academia Colombiana de la Historia, de la Academia Colombiana de la Lengua y correspondiente de la Academia Española, donde se distinguió por sus obras, ensayos, críticas y demás importantes artículos sobre las materias;

Que el doctor García Ortiz sirvió a la Patria con fuero de competencia en puestos diplomáticos, consulares y parlamentarios;

Que el doctor García Ortiz perteneció a distinguidos centros del foro y de las industrias nacionales y extranjeras, y que fue objeto de mercedas y honrosas condecoraciones,

RESUELVE:

Artículo 1.º Lamentar de la manera más sincera, como corresponde a este Centro, la dolorosa muerte del doctor Laureano García Ortiz.

Artículo 2.º Presentar como ejemplo a las generaciones presentes y venideras la meritoria vida del extinto.

Artículo 3.º Enviar a la Academia Colombiana de la Historia la manifestación de pesar de este Centro por la irreparable pérdida sufrida en uno de sus más claros exponentes.

Artículo 4.º Remitir copia de la presente Resolución, con nota de estilo, a la Academia Colombiana de la Historia, y publicarla en el Boletín historial de este Centro.

Dada en el salón de sesiones del Centro de Historia de Santa Cruz de Mompox, a los cinco días del mes de noviembre de mil novecientos cuarenta y cinco.

EL SENADO DE LA REPUBLICA

al deplorar el fallecimiento del doctor Laureano García Ortiz, rinde tributo emocionado de admiración al eximio patriota y hombre público ilustre, que con brillo magnífico representó a la República en el campo internacional, tanto al frente de la Cancillería de San Carlos como en delicadas misiones diplomáticas, realizó originalísimos trabajos sobre la historia colombiana, aprestigió su periodismo político con producciones de alto mérito y se distinguió, en fin, como uno de los más completos y eruditos intelectuales del país.

LA CAMARA DE REPRESENTANTES

CONSIDERANDO:

1.º Que el 4 del presente mes murió en esta ciudad el doctor Laureano García Ortiz.

2.º Que el ilustre desaparecido fue miembro de esta corporación, del Senado de la República, Ministro de Relaciones Exteriores y Representante de la Nación ante varios gobiernos amigos.

3.º Que como historiador enseñó a los colombianos el valor de su tradición y de las glorias de su Patria.

4.º Que como escritor dio lustre a las letras; y

5.º Que en los diferentes cargos desempeñados por tan eximio ciudadano, lo mismo que en todas las fases de su larga y fecunda vida, sirvió bien a la República y dio ejemplo de carácter y actividad a sus conciudadanos,

RESUELVE:

Deplorar la muerte del doctor Laureano García Ortiz como un duelo que enluta toda la República.

Copia de la presente Resolución será enviada a los familiares del extinto, al Cabildo de la ciudad de Ríonegro de Antioquia, su tierra natal, y a las Academias de Historia y de la Lengua, de las cuales fue miembro muy ilustre.

DECRETO NUMERO 637 DE 1945

por el cual se honra la memoria del doctor Laureano García Ortiz.

El Gobernador del Departamento de Antioquia,

en uso de sus facultades legales, y

CONSIDERANDO:

Que el día 4 de los corrientes falleció en la ciudad de Bogotá el eminente hombre público doctor Laureano García Ortiz;

Que el doctor García Ortiz dedicó toda su larga y meritoria existencia al servicio de la República en las más diversas actividades, como escritor, financista, diplomático insigne, historiador y crítico;

Que con su desaparición pierden Colombia y Antioquia uno de sus más altos valores representativos;

Que sus merecimientos fueron reconocidos por las Academias y Centros de estudios colombianos y del Exterior,

DECRETA:

Artículo 1.º El Gobierno de Antioquia declara día infausto el del fallecimiento del Profesor Laureano García Ortiz y se asocia al duelo nacional por la muerte del ilustre desaparecido.

Artículo 2.º Copia de este Decreto en edición de lujo será enviada a los familiares del doctor García Ortiz y a la Academia Colombiana de Historia.

Publíquese y cúmplase.

El Gobernador, GERMÁN MEDINA A.—El Secretario de Gobierno, *Mauricio Arango S.*—El Secretario de Hacienda, *Gustavo Patiño Gutiérrez*—El Secretario de Educación Pública, *Ramón Jaramillo Gutiérrez*—El Secretario de Higiene y Asistencia Social, *Ernesto Uribe Cadavid*.

EMBAJADA DE CHILE

Bogotá, noviembre 6 de 1945

Señor Ministro:

La Embajada de Chile ha recibido con vivo sentimiento de pesar la desaparición del ilustre servidor de la República doctor don Laureano García Ortiz.

Su nombre se encuentra íntimamente vinculado a nuestro país, donde tuvimos la honrosa oportunidad de recibirle y contarle como uno de los nuestros en dos ocasiones; de disfrutar de sus altos atributos intelectuales y morales y de compartir el brillo de su ingenio y de sus condiciones de caballero y de diplomático cultísimo y sagaz.

Séame permitido, Excelentísimo señor, hacer llegar por vuestro elevado intermedio, al Gobierno y a la Cancillería de Colombia, los sentimientos muy profundos del suscrito y del personal de la Embajada a su cargo, por el duelo que hoy conmueve a la Nación Colombiana, y, en particular, al Ministerio de Relaciones Exteriores, donde el doctor García Ortiz ha dejado la huella permanente de su reconocido patriotismo, de su sapiencia y de su claro talento.

Me valgo de la presente oportunidad para renovar a Vuestra Excelencia las seguridades de mi más alta y distinguida consideración.

JULIO BARRENECHEA

Al Excelentísimo señor Ministro de Relaciones Exteriores—Ciudad.

Santiago de Chile, noviembre 6.

Excelentísimo señor Ministro de Relaciones Exteriores—Bogotá.

Ruego a Vuestra Excelencia se sirva aceptar en nombre del Gobierno y mío personal mis más sinceras condolencias por el sensible fallecimiento del eminente hombre público colombiano señor Laureano García Ortiz, quien durante su permanencia en Chile como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario se conquistó el afecto y la simpatía de todos los que tuvimos el honor de conocerle, contribuyendo con su labor a un mayor acercamiento de nuestros dos países.

JOAQUÍN FERNÁNDEZ

Ministro de Relaciones Exteriores de Chile

EMBAJADA DEL BRASIL

Bogotá, 10 de noviembre de 1945.

Señor Ministro:

El Gobierno brasilero, que acaba de ser informado del fallecimiento del ilustre ciudadano, insigne historiador y diplomático, doctor Laureano García Ortiz, me ha dado instrucciones para que presente a Vuestra Excelencia y, por su elevado conducto, al Gobierno de la República, su más sincera condolencia por tan lamentable pérdida para Colombia, sentimiento al cual se asocia, en su propio nombre, el Ministro de Relaciones Exteriores, Embajador Pedro Leao Velloso.

Al cumplir este cometido, deseo manifestar igualmente a Vuestra Excelencia que el desaparecimiento del doctor Laureano García Ortiz ha repercutido dolorosamente en Itamaraty, donde por sus dotes personales y cualidades de fino diplomático supo granjearse innumerables simpatías.

Aprovecho la oportunidad para reiterar a Vuestra Excelencia las seguridades de mi más alta consideración.

CARLOS ALBERTO MONIZ GORDILHO

A Su Excelencia el señor Ministro de Relaciones Exteriores—Bogotá.

EL CONCEJO MUNICIPAL DE RIONEGRO

CONSIDERANDO:

- a) Que en el día de ayer dejó de existir en Bogotá el doctor Laureano García Ortiz, esclarecido hijo de esta ciudad.
- b) Que este eximio varón ocupó altísimos cargos en el Gobierno de la Nación, ya en el ramo diplomático, ora en el administrativo, destacándose como uno de los más brillantes intelectuales del Continente.
- c) Que como historiador y jurisconsulto honró a la República, aprestigiándola con el brillo de su inteligencia excepcional y dejándole obras que son orgullo de la cultura nacional; y
- d) Que es deber de las corporaciones públicas honrar la memoria de los hombres ilustres,

RESUELVE:

Primero. Lamentar, como en efecto lamenta, la muerte del doctor Laureano García Ortiz, gloria purísima de esta ciudad.

Segundo. Presentar como ejemplo a las nuevas generaciones la vida de este excelso varón de la cultura patria.

Tercero. Levantar la sesión en señal de duelo.

Envíese copia de esta Resolución, en nota de estilo, a la familia del extinto, y publíquese por la prensa de Medellín y en la *Revista Municipal*.

Dada en Rionegro a 5 de noviembre de 1945.

 EL CONCEJO MUNICIPAL DE CISNEROS

en uso de sus atribuciones legales, y

CONSIDERANDO:

Primero. Que en la noche del día 3 de los corrientes falleció en Bogotá el doctor Laureano García Ortiz.

Segundo. Que el doctor Laureano García Ortiz dejó tras de sí una aureola de grandeza al distinguirse con sus aptitudes de político, jurisconsulto, orador, diplomático, parlamentario, historiador.

Tercero. Que el partido liberal debe a él mucha parte de la posición de grandeza que hoy ocupa, ya que desde la cátedra de dirigente del liberalismo fue el incansable organizador de nuestra causa.

Cuarto. Que con su desaparición pierde la República uno de sus más aventajados paladines.

Quinto. Que es nuestro deber sentirnos conmovidos profundamente por el dolor que hoy embarga nuestra Patria,

RESUELVE:

Primero. Lamentar hondamente la desaparición de tan esclarecido varón, mostrarlo como uno de los más altos valores republicanos, y enviar a su ilustre familia el texto de esta Resolución en nota de estilo, como testimonio de toda la admiración que se figura tenía en este pueblo.

Dada en Cisneros, a los seis días del mes de noviembre de 1945.

EL CONCEJO MUNICIPAL DE EL SANTUARIO

registra en el acta de este día el profundo pesar que le ha causado la muerte del doctor Laureano García Ortiz, diplomático de escuela, historiógrafo concienzudo y publicista de fama continental, hijo de la blasonada y señorial ciudad de Ríonegro y uno de sus exponentes de mayor valencia espiritual.

Transcribese a la Municipalidad de Ríonegro y a la Academia Nacional de Historia.

EL CONCEJO MUNICIPAL DE PALMIRA

lamenta la muerte del doctor Laureano García Ortiz, eminente compatriota que prestó al país valiosos servicios en las diversas actividades en que actuó durante su meritoria vida pública.

Transcribese a la familia del extinto y publíquese por la prensa.

LA JUNTA DIRECTIVA DE LA SOCIEDAD DE AGRICULTORES DE COLOMBIA

TENIENDO EN CUENTA:

Que ha fallecido el distinguido hombre público y miembro de número de esta Sociedad, doctor Laureano García Ortiz;

Que el doctor García Ortiz fue el primer agrónomo colombiano;

Que el doctor García Ortiz fue Presidente de la Sociedad de Agricultores de Colombia y miembro de la Orden del Mérito Agrícola, y que el país y la Sociedad le deben grandes servicios,

RESUELVE:

Primero. La Sociedad de Agricultores de Colombia señala día de luto para la corporación el día 4 de noviembre de 1945, fecha del fallecimiento de su ex-Presidente, doctor Laureano García Ortiz.

Segundo. La bandera de la Sociedad será mantenida a media asta durante nueve días.

Tercero. Un retrato al óleo del doctor García Ortiz será colocado en el salón principal de la Sociedad de Agricultores de Colombia.

Cuarto. El retrato del doctor García Ortiz será publicado en la *Revista Nacional de Agricultura*, lo mismo que esta proposición y una biografía sucinta de este distinguido ciudadano.

Quinto. Copia de esta proposición será enviada a la señora de García Ortiz y a sus hijos, con la expresión del profundo pesar que la Sociedad de Agricultores de Colombia ha sentido con motivo del fallecimiento del doctor Laureano García Ortiz.

EL XV CONGRESO NACIONAL DE CAFETEROS

al inaugurar sus sesiones de 1945, lamenta la desaparición del doctor Laureano García Ortiz, eminente ciudadano que dedicó su meritoria existencia al servicio de la República y prestó importantes servicios en la defensa y apoyo de la industria cafetera del país.

Transcribese esta proposición a la honorable familia del extinto.

LA ASOCIACION COLOMBIANA DE INGENIEROS AGRONOMOS

se asocia con pesar al duelo nacional causado por el repentino fallecimiento del doctor Laureano García Ortiz, ilustre patricio, agricultor, quien fue el primer ciudadano colombiano que optó en el país el título de ingeniero agrónomo.

La Asociación hace llegar a la familia del doctor García Ortiz las expresiones de su más sincero pesar por tan sensible fallecimiento.

LEY 36 DE 1946 (DICIEMBRE 12)

por la cual se honra la memoria del doctor Laureano Garcia Ortiz.

El Congreso de Colombia

DECRETA:

Artículo 1.º La Nación honra la memoria del doctor Laureano García Ortiz, ilustre ciudadano, hombre público e historiador, que le sirvió a su Patria y a sus tradiciones con eficiente desvelo.

Artículo 2.º Ordénase la colocación de sendos retratos del doctor García Ortiz en el Ministerio de Relaciones Exteriores y en el salón del Concejo Municipal de Ríonegro, de Antioquia, su ciudad natal.

Artículo 3.º Para el cumplimiento de la presente Ley se apropiarán las sumas necesarias en el Presupuesto de la próxima vigencia. Si no se hiciere, el Gobierno queda autorizado para abrir los créditos o hacer los traslados que fueren necesarios.

Artículo 4.º Esta Ley regirá desde su promulgación.

Dada en Bogotá a 6 de diciembre de 1946.

El Presidente del Senado, RICARDO BONILLA GUTIÉRREZ—El Presidente de la Cámara de Representantes, JULIO CÉSAR TURBAY AYALA.—El Secretario del Senado, *Arturo Salazar Grillo*—El Secretario de la Cámara de Representantes, *Andrés Chaustre B.*

—
República de Colombia—Gobierno Nacional—Bogotá, 12 de diciembre de 1946.

Publíquese y ejecútese.

MARIANO OSPINA PEREZ

El Ministro de Relaciones Exteriores, FRANCISCO UMAÑA BERNAL—El Ministro de Educación Nacional, MARIO CARVAJAL.

Una luz que se extingue

Por BALDOMERO SANÍN CANO

Con la muerte de Laureano García Ortiz se rompe un fuerte y precioso eslabón de la cadena espiritual que me ligaba a esta vida, tan larga como inexplicable. La realidad de su ausencia definitiva le quita una gran parte de su significado a mi propia existencia. Fue un gran carácter, una inteligencia copiosamente adornada, un ejemplar humano de alto significado en la tierra y en la época que le vieron nacer. Sus variados talentos, servidos por una ilustración vastísima en muchas comarcas del conocimiento, le habilitaron para usar de la vida plácidamente y aumentar para sus amigos los encantos de la sociabilidad.

Hizo de la amistad una escuela moral. Fue constante en sus afectos y leal hasta el sacrificio. En las graves alternativas de la vida aceptó la lucha con valor y dignidad, que le dieron el triunfo de la probidad. Ante las pruebas naturales del destino mostró una fortaleza propia del hombre sano y superior.

Procedía de una familia patricia, ilustre en los anales de Colombia durante varias generaciones. Su amor a la verdad y a la investigación le atrajo irresistiblemente hacia los estudios históricos en que fue privilegiado maestro por la fineza del criterio y por la clara luz que vertía sobre sus exposiciones. No sólo fue cultor aventajado de la historia nacional: conoció la carrera íntegra de los destinos humanos desde la más remota antigüedad, porque nada de lo que atañe a la realidad y a los misterios del paso del hombre por la superficie terrestre le fue indiferente. Amó también con lúcida y afectuosa perspicacia el estudio de las literaturas y de las fuentes del conocimiento. Fue dueño de una memoria tenaz, luminosa, ajena a las complacencias de la tesis momentánea, y en alas de ese precioso agente de la inteligencia disertaba con fascinación sobre épocas, escuelas, autores y obras de muchas literaturas.

La naturaleza lo favoreció con el dón de la palabra clara, discreta, transparente, sencilla. Era un placer escucharle cuando resumía en breves palabras, rebosantes de sentido, la substancia y el significado íntimo del libro sobre el cual había concentrado por algunos momentos su clara visión intelectual: novela, historia, colección de poesías, ensayos filosóficos o de crítica literaria. Sus estudios de colegio y de universidad versaron sobre las ciencias naturales, en cuya pasmosa amplitud aprendió a contemplar con ánimo superior de filósofo, todos los aspectos de la vida. Con ese fastuoso equipo de conocimientos acerca de los seres animados e inanimados, captaba entre ellos relaciones sorprendentes de que nacían en sus escritos raras imágenes literarias de fondo indestructible.

Poseyó, además, un delicado sentido del humor, cualidad de que hacía uso en la conversación para deleite de quienes le escuchaban. Es de necesidad añadir que en el uso de esta bella virtud intelectual en que descollaron los grandes escritores de los siglos pasados y presentes, Laureano García Ortiz jamás buscaba el chiste de aplicación malsana, ni la ironía, ni el sarcasmo, sino el contraste o la comparación que fluyen del hondo conocimiento de los hombres y de los más sutiles rasgos de su pensamiento.

Ante la tumba de tan rica y tan profusamente cultivada personalidad, a la admiración se une con imperiosa evidencia la emoción del desamparo intelectual.

Laureano García Ortiz

Por EDUARDO GUZMÁN ESPONDA

Con la muerte del doctor Laureano García Ortiz, Bogotá ha debido sentir la desaparición de algo que era muy suyo. Ese hijo de la noble Rionegro en Antioquia había llegado a ser bogotano del barrio del Carmen, es decir, algo consustancial con lo más castizo de esta ciudad. Ello considerado dentro del marco en que vino al mundo y del lugar en que transcurrió la mayor y más importante parte de su vida. Pero por sobre todo fue el doctor García Ortiz un gran colombiano, por los servicios eminentes que prestó al país, por su concepto nacional en el mundo de las ideas, y hasta por el monumento que alcanzó a erigir formando, día a día, dentro de una larga existencia, su magnífica biblioteca.

Ningún caso de compenetración más visible entre el bibliófilo y su vida que el del doctor Laureano García Ortiz. Otros ilustres coleccionadores de preciosidades librescas también aparecen formando un solo ser entre ellos y su biblioteca; pero lo que se destaca más agudamente en García Ortiz es la complejidad de su vida, la diversidad de empresas en que se vio envuelto, las luchas que tuvo que afrontar, y la parte consustancial que tuvieron los libros en ese itinerario humano.

¿Desde cuándo comenzó el doctor García Ortiz a formar su biblioteca? Alguna vez me refirió que desde su más lejana mocedad. Siendo estudiante de Ciencias Naturales en la antigua Facultad de la Universidad Nacional, esa Facultad que desgraciadamente no ha revivido, ya se preocupaba por la búsqueda y por el hallazgo de libros interesantes o curiosos. Ya estaba aficionado al «opio de occidente». Cuando comenzó a figurar en la vida pública, su biblioteca era ya una compañera, su escudo y su necesidad.

En las constantes reminiscencias de su agitada vida, el doctor García Ortiz iba a dar siempre a la cita de sus libros. Guerra civil

del 900, divisiones entre liberales civilistas y liberales belicistas, incidentes con el General Uribe Uribe, reanudación de esa amistad ya venida la paz, todo va a concluir a la biblioteca. Nombrado el General Uribe Uribe Ministro de Colombia en Rio de Janeiro, le ofrece la biblioteca de García Ortiz, con su acervo americano, toda suerte de datos oportunos. Una vez más los libros fueron buenos mediadores entre los hombres.

Luégo, Muzo. En esta palabra se resume la parte más dramática de la vida del doctor García Ortiz. Todos recordamos sus relatos sobre lo que fue ese escándalo, tan injusto y resonante, contra el Gerente del Sindicato de las Minas de Esmeraldas; relatos hechos con esa expresividad un tanto lenta, segura en la descripción, en los pormenores, en el encadenamiento de los hechos, vivificados por esa mímica tan suya, contundente y vigorosa. Toda una historia llena de trágicos o curiosos percances. Desde la clara explicación de cómo se organizó la policía de las minas y el mercado de esmeraldas, hasta el incidente rápido, cortado por la respuesta repentina y por el mandoble dado a tiempo. Cualquiera apunte da idea de la intensidad de aquella lucha. Cuando en algún mitin callejero contra el Sindicato de Muzo, uno de los corifeos grita «mueran los ladrones», García Ortiz le ataja diciéndole a boca de jarro: «parricida!»

Es el combate decisivo con la vida, que madura sus facultades intelectuales, le da la experiencia de los hombres, le aguza la actividad y le acendra el gusto por las responsabilidades.

Pero en medio del temporal, existe el golfo de calma, la lectura de la prosa encantada de Anatole France, o de los Estudios de Ma-caulay, o de la Historia de Taine. Cuando García Ortiz comentaba esos autores con un poder de comprensión y de crítica extraordinario, subrayaba siempre cómo los había leído por la noche, en «el tiempo de Muzo».

En el volumen titulado *Conversando* se encuentra una declaración de nuestro autor, que ilumina el fondo del cuadro. Hablando de su biblioteca, como se puede hablar de un amor, confiesa: «Cuando levante obra, para irme al reposo terminal y definitivo, espero que cada cosa quede en su puesto y el taller barrido y limpio. Quie-

ro tener el alma templada y limpia como acero toledano, y esos volúmenes son los mollejonos en que se afila». Así lo cumplió hace pocos días.

*
* *

He citado renglones atrás a *Conversando*. En esa pequeña colección de artículos aparentemente ligeros, se encuentran quizá las mejores sales del autor; artículos escritos ocasionalmente, con motivo de un aniversario, de una inauguración, de un impulso momentáneo del espíritu. Allí la época juvenil, en que se estampa el primer artículo escrito a raíz de la muerte de José Asunción Silva, y una de las más inteligentes interpretaciones de aquel trágico suceso; y el análisis de la personalidad de don Aquileo Parra y de uno de los momentos más delicados de la política colombiana, esto es, la contraposición de los nombres de Parra y de Núñez; y la acometida contra el Padre Ladrón de Guevara, de la Compañía de Jesús, por su libro sobre *Novelistas Buenos y Malos*, que no es después de todo sino el más divertido diccionario de barbaridades.

No amaba propiamente nuestro autor a los jesuítas. Seguramente en ese desamor influían viejos rescoldos de orden personal. En cambio, gustaba de sus vecinos los salesianos, con quienes tuvo siempre amistoso trato, y cuya campana oía clara, nítida, desde su casa, como suave y familiar clavicordio.

Tenía García Ortiz un espiritualismo conceptuoso y ponderado. Liberal de Rionegro se llamaba a sí mismo, con buen humor, aludiendo a la fama de buenos feligreses que tienen los rionegreros. Quizá la página donde más destacadamente exhibe su ideario espiritualista está en el discurso sobre el doctor Juan Evangelista Manrique, pronunciado en el Hospital de San José, en 1916. Recuerdo detalles de la ocasión. El año anterior, en una mañana esplendorosa, había pronunciado Guillermo Valencia, allí mismo, al ponerse la primera piedra del Pabellón Manrique, una de sus más brillantes oraciones. A pleno sol, ante una concurrencia que todavía guardaba viva la imagen del gran médico, Valencia descogía las vistosas telas de su fantasía, produciendo hondo estremecimiento. Al terminar, el doctor García Ortiz, con su típico ademán, tomando a su vecino por las solapas de la americana, le decía: «Esta es una mañana de Atenas».

Difícil pie forzado para hacer al año siguiente un nuevo elogio de Manrique, que no desdice del primero, ante la misma concurrencia, en el mismo consagrado sitio por quien había considerado «mañana de Atenas» la de un año antes.

Allí, en esa página, asoma el antiguo licenciado en Ciencias Naturales. El sedimento de ese noble estudio, que nunca se explotó con fines prácticos, arma una esbelta exposición de ideas y de datos, que podría llamarse, parodiando un estudio de Renán, «examen de conciencia filosófico».

García Ortiz es uno de los escritores menos retóricos que podemos encontrar en este clima intelectual y político enfermo de retórica. Su prosa carece de preciosismo; presenta pocas imágenes, que a veces son los puntos débiles de ella; estilo directo, que va al grano, al concepto, a la descripción objetiva. Nunca enreda el pensamiento con cintajos. Prosa musculada, donde el autor no ha perdido tiempo en la lima meticulosa, enemigo de la espontaneidad y de la fuerza. No se advierte allí la hiperestesia del epíteto, ni de las cacofonías. Pero a cambio de estudiadas pulcritudes, hay en esa prosa algo que vale más que ellas: Una personalidad inconfundible.

Donde puede observarse mejor la hilaza de esa personalidad es en los despachos oficiales del doctor García Ortiz como Ministro de Relaciones Exteriores, o Plenipotenciario en Río de Janeiro, o en San José de Costa Rica, o en Santiago de Chile. Nada mejor que el documento diplomático para denunciar un espíritu, una manera, sobre todo la de los Cancilleres de primera línea, y tanto más si lo que uno tiene a la mano es el despacho cablegráfico, o la acotación momentánea, escritos apresuradamente sin contar con esas pocas horas de almohada que aconsejan los moralistas para tomar graves determinaciones.

Los contornos de don Marco Fidel Suárez aparecen nítidos en ciertos despachos de la guerra pasada, algunos de largo alcance, otros sobre cuestiones incidentales. No hay párrafo de los «Sueños» en que se vea al autor tan perfilado como en uno de esos mensajes, o en las sustanciaciones hechas en la bella pastrana, condenadas a permanecer inéditas. La psicología del doctor López de Mesa se encuentra estampada en cualquiera de sus notículas marginales, en que prende el voquible expresivo y desusado a manera de exótica orquídea.

Los despachos de García Ortiz siempre suenan a categórico. Si se va a examinar su obra de cancillería, encuéntrase raras notas de su mano, como que la nota u oficio es género que casi le repugna. Por el contrario, usa del cablegrama larga, desenfadadamente. Su acción decisiva, por ejemplo, para abocar el asunto de límites con el Perú en negociaciones directas evitando un complicado arbitramento; o para situar esas negociaciones en Lima, y en las manos patricias de Fabio Lozano T., y toda su gestión internacional, constan en estilo telegráfico, dentro del cual sale poco mutilado el estilo corriente del autor, siempre condensado y preciso.

El tono categórico concuerda bien con el estilo cablegráfico; reflejo temperamental del autor, producido por las convicciones profundas, o por el concepto del cargo que se está desempeñando, o por la propia estimación.

Nuestro ambiente verbal está saturado de términos evasivos y de diminutivos descolorantes. Para las cosas más indiscutibles y triviales solemos nosotros, sobre todo los del interior de la República, anteponer constantemente la palabra atenuante, la gota de duda o de timidez que denuncia una permanente posición mental insegura, vacilante. Nada de esto se advertía en García Ortiz, que prefería la arista nítida, a veces áspera, a la penumbra del eufemismo, a la mediatinta en la idea o en la acción.

Se le criticó a menudo esa predilección criptográfica que a veces resultaba incómoda para los ceñudos oficiales de claves. Varias originales especies podrían recordarse de sus mensajes telegráficos, algunas dignas de figurar en el «Palique Diplomático», del Marqués de Villaurrutia.

Desde el punto de vista de la burocracia cositera, el doctor García Ortiz sorprendía a quienes observaban su escritorio inundado de papeles por contestar, pero muchos puntualísimos corresponsales podrían dar algo por dejar impreso en una vuelta de carta, en un programa de teatro, el sello de la inteligencia y del saber. La vuelta de carta, el programa con que se presentaba a menudo García Ortiz en sus conferencias, fresca todavía la tinta del borrador inconcluso, y tras haberse hecho esperar algo más de la cuenta.

Nunca le desveló la puntualidad protocolaria. Sibía llevar con risueña desenvoltura, en cuestiones superficiales, sus lentitudes y tardanzas, que a veces tomaron tinte de proverbiales. Alguna vez, en Río

de Janeiro, recibió la siguiente esquila: «El Embajador de Chile tiene el honor de invitar a Su Excelencia el Ministro de Colombia, a almorzar el día 25 de los corrientes, a la hora en que Su Excelencia quiera llegar». Aquel Embajador era don Alfredo Irrarrázabal y Zañartu, buen amigo de nuestra Patria y hombre de mucho mundo y humor.

*
**

Alcanzó a publicar García Ortiz dos tomos de sus *Estudios Históricos y Fisonomías Colombianas*. Quedó pendiente la tercera serie. Esos volúmenes constituyen uno de los platos de resistencia de su haber intelectual. En las *Fisonomías Colombianas* hay un desfile de gente ilustre que el autor admira y quiere. Admiraciones y amistades todas entrelazadas. Nada que dé mejor idea de lo que fue la amistad en García Ortiz que esos medallones críticos. Para la amistad sí que nunca tuvo retardos ni olvidos. «Amigo como pocos», le llama don Marco Fidel Suárez, en el «Sueño de Santander». Hoy revive esa verdad en el fondo de mi alma.

Los *Estudios Históricos* denuncian al investigador que no se satisface con ensartar fechas y nombres, escueta, descarnadamente, para llenar sus lienzos evocativos, dejando aparte la vida, el razonamiento, la fuerza de la convicción.

Aunque el diccionario presenta como sinónimos los términos «historiador, historiógrafo», siempre me he inclinado a ver entre ellos cierto matiz diferencial. Veo al historiógrafo como hombre de pluma en sentido un poco material y curialesco, cuya voluptuosidad mental estriba en recopilar datos desnudos. Esfuerzo útil, que a veces llega a ser meritisimo, y que presupone paciencia, saber y vocación. El historiador es imperiosamente eso y algo más. Un artista del pensamiento y del estilo.

A esto me lleva el recuerdo de los estudios sobre el carácter, la influencia y la política del General Santander —altos relieves—, sobre el General Córdoba, sobre la Antioquia de antaño, sobre las grandes figuras del viejo liberalismo.

A menudo algunas de esas disquisiciones de orden histórico se ven interferidas con los influjos del polemista —que siempre lo fue García Ortiz acre y bravío— o del agradable conversador. Sobre su arte de la conversación ya habló bellamente don Antonio Gómez

Restrepo, en la Academia de la Lengua. El animador de la anécdota, de la remembranza, asomaba de improviso dentro del historiador. Por ello sabía tocar, colorida, cálidamente, el pasado remoto. Tal la semblanza de Ríonegro, que desfila en el discurso de recepción a Sanín Cano, animada por el «hervir vividor» de la emoción cordial e íntima.

Alcanzó Laureano García Ortiz avanzada edad, en plena claridad de la mente. Tres semanas antes de extinguirse publicó en *El Tiempo* su último artículo; un artículo corto, ágil, penetrante, en que trataba del juicio y muerte de Laval, y de la relatividad de los procesos históricos cuya saña y crueldad son contraproducentes. Era un escrito juvenil.

Los amigos del bibliófilo y de la cultura en general deplorarán con la desaparición del doctor García Ortiz, que hubiera dejado sin escribir el catálogo historiado de su biblioteca. No el catálogo frío, hechura de técnicos en la materia. Cuando uno le escuchaba el relato de los encuentros, las pesquisas, los temores y las casualidades de esa labor de intelectual, no de maniático coleccionista, pensaba en la obra de bibliografía entreverada con historia y literatura que hubiera podido escribirse. Habrían sido las verdaderas memorias de nuestro autor, cuya personalidad parecía hecha para no dejarnos sin haber descrito sus «cosas vistas».

La última página de ese catálogo historiado habría estado impregnada de melancolía. Meses de 1945: La ciudadela de los libros, parte integrante de un hogar hoy en lágrimas, ha ido desfilando. Mi buen amigo ya no tiene su panorama habitual. El Banco de la República ha adquirido la rica colección. Vacíos van quedando poco a poco los anaqueles. Esmerada, circunstanciadamente se van entregando los diversos Departamentos, Inglaterra, Francia, bellas ediciones, a veces las ediciones príncipes de familiares obras maestras. Luégo el ejército de los periódicos y folletos colombianos, inencontrables hoy. El fondo americano, verdadero tesoro central. La ciudadela continúa desmantelándose. Se han cumplido ya los ochenta años. La lámpara quema su última gota de aceite.

Recuerdos de Laureano García Ortíz

Por JOSÉ J. ORTEGA TORRES

«Ríonegro, 19 de julio de 1867; Bogotá, 4 de noviembre de 1945». Entre estas dos fechas se encerró la vida de un eximio servidor de la República, a la que amó de manera rendida y ejemplar, tan eficaz como desinteresada, y no en una sino en diversas actividades. Pocos entre nosotros han sido favorecidos por Dios con tantos dones, y pocos han sabido aprovecharlos como García Ortíz. Fue agrónomo y naturalista, banquero y empresario, parlamentario y periodista, Ministro de Estado y diplomático, profesor y académico, polemista y crítico, historiador y literato, miembro de varias corporaciones y hombre de sociedad; en fin, cuanto se suele hallar repartido entre varios, lo reunió él en sí, y en todo supo actuar con brillo, y a todo le imprimió el sello de lo inconfundible de su propia personalidad. Y realizaba sus variados conocimientos con el dón de la conversación, que él cultivaba de manera *sui generis*, pero sin artificios de mal gusto; pues los ademanes nerviosos con que subrayaba las ideas o las palabras, el tono alto que empleaba para dar mayor énfasis al relato, y el accionar arrebatado, todo en él era espontáneo, natural, y agradaba; el que tratara de imitarlo caería en el ridículo, y no conseguiría sino fastidiar a los interlocutores.

A él era un placer escucharlo. Al relato histórico, al recuerdo de algún hecho de su propia vida, iba engarzando, con arte y sencillez, la consideración moral o filosófica, la anécdota picante, la alusión intencionada o picaresca, la ironía destructora, el gracejo oportuno, la frase emocionada, y todo se iba sucediendo y enlazando como esas cintas de colores con que juegan los malabaristas, o como las chispas luminosas que se desprenden de los fuegos de Bengala, produciendo diversos efectos, siempre agradables. Y tras una larga digresión en que paseaba a sus oyentes por los más distintos campos del saber humano, volvía inesperadamente

al punto de partida, al relato inicial, para seguir desarrollando sus cintas multicolores y agitando sus luces maravillosas. Fue entre nosotros el tipo clásico del *causeur* genuino, a quien hubieran ambicionado para sí los más galanos conversadores parisienses, y del conferenciante delicioso.

Su memoria era portentosa. Bien decía Víctor Caro: «Da miedo oír a Laureano citar con tanta exactitud fechas y nombres y párrafos enteros». Y de veras fue la suya una memoria extraordinaria. No hizo nunca alarde de ella; pero al refutar oralmente algún pasaje o aserto de Groot o de Quijano Wallis, a quienes poco quiso, o de otro autor, el que lo oía citar, sin vacilación alguna, fechas y nombres, a veces en cantidad copiosa, sin titubeos, experimentaba la sensación de estar ante algún mago oriental, que fuera leyendo en los aires lo que nadie más podía leer.

Un hermoso volumen podría formarse con las semblanzas que en distintas épocas, o con ocasión de su fallecimiento, le dedicaron amigos suyos dilectísimos, como Gómez Restrepo y Guzmán Esponda, Guillermo Valencia y Daniel Samper, Sanín Cano y Restrepo Millán, Nieto Caballero y Domingo Esguerra, Darío Achury y otros más, estudiándolo por alguno de sus múltiples aspectos. Pero queda por escribirse la biografía completa de este ilustre colombiano, adicionada con la bibliografía de sus numerosos escritos, coleccionados algunos, dispersos muchos. Pero tal biografía debiera ser como las que él ideaba para los personajes de sus afectos, y que no llegó a escribir: sin cuidar tanto de la fecha como del relato, del exterior como del interior del retratado; del documento como de la anécdota reveladora. Y en el frontispicio de la obra debe ir este título, tomado del señor Suárez: «Laureano García Ortiz, docto historiador y amigo como pocos», porque éste, dice Laureano mismo, «es el mayor elogio que se me ha hecho y el único que creo merecer».

El hogar, la amistad, los libros, fueron el eje de la vida de nuestra llorado colega. No sólo llevó la luz de sus excepcionales conocimientos a la Academia de Historia, sino que, debido a ellos, pudo aportar luces al arreglo de tratados tan importantes como el Lozano-Salomón, el García Ortiz-Mangabeira, el que hizo con los Estados Unidos, y tantos otros arreglos internacionales. Y sin embargo, sus libros *Conversando* y *Estudios Históricas*, a pesar de su va-

lor intrínseco y de la donosura sin afeites de su prosa, no son la obra que esperábamos de su gran versación histórica y que dejó sin escribir, a causa tal vez de que el reposo que esas obras requieren no lo tuvo sino en los últimos años de su vida. Lástima grande que no hubiera puesto mano en sus propias memorias, pues con ellas nos habría dejado un libro único, de inmenso interés por todos los aspectos. La facilidad misma con que podía tratar los más diversos temas perjudicó quizás su producción escrita. En ésta quedó reflejado todo él, en la sencillez espontánea, en el rasgo nervioso, en el inciso rápido, en la frase llena de sugerencias.

Taine, Anatole France y Valera influyeron mucho en sus escritos, pues los contaba entre sus autores predilectos. Pero no llegó ni a la severidad crítica del primero, ni al volterianismo del segundo, ni al aticismo del otro. La crítica detallista le puede censurar muchos galicismos; los gramáticos le encontrarán graves pecados sintácticos, y se estremecerán los puristas ante voces y giros que los clásicos jamás emplearon. Y a pesar de todo ello, muy pocos escritores nuestros lograrán dejar páginas tan bellas y sentidas, tan hondas y finas como éstas, que recuerdo al azar: *El carácter del General Santander*, el discurso en el centenario de la muerte del Libertador, *La Muerte de Silva*, *Fantasia de un bibliófilo*, *Temas Colombianos*, piezas todas de conjunto armónico perfecto.

En el *Anuario de la Academia Colombiana* están algunas de sus mejores obras: su discurso de recepción el 3 de octubre de 1933, leído a los 13 años de haber sido elegido para la silla que fue de Felipe Zapata y de Rafael Uribe Uribe; sus respuestas, en la misma corporación, a Eduardo Santos y a Sanín Cano; sus panegíricos de Suárez y de Santander; tres páginas que pudiéramos llamar tres capítulos de sus memorias, es decir, *Las viejas librerías de Bogotá*, *Los cachacos de Bogotá*, y *Bogotá en 1883*; hay también dos alocuciones de menor valía, y un discurso que estimo yo más que todo el resto de su obra: el que leyó con emoción y afecto, para recibirme en la misma Academia, y en el cual me hizo elogios que me confunden y anonadan por venir de quien vienen. Noche inolvidable esa de mi recepción, que vive en mi recuerdo con tintas indelebles, lo mismo que las horas en que absorto oí disertar al noble amigo, íntima y cordialmente, sobre asuntos diversos, en el acogedor recibo de su casa. No uná, sino muchas veces, me dio prue-

bas reales de estimación y cariño; y entre ellas, una que no podrán mencionar siquiera algunos de sus más allegados: el permitirme sacar de su riquísima biblioteca, para leer y consultar, hasta ejemplares únicos, y colecciones rarísimas y costosas de folletos y revistas, permitiéndome así conocer libros nacionales y extranjeros, que de otra manera nunca hubieran podido pasar por mis manos.

El día que recibí la inaguardada noticia de la muerte de García Ortiz, no salió de mis labios, en el primer momento, sino un *requiem* henchido de tristeza; y mientras lo rezaba, más con el corazón que con palabras, cruzó por mi mente la frase con que terminó su discurso sobre Suárez: «Yo fui su amigo, y por tal me tenía». Y sentí que el alma se me llenaba de sombras....

«¡Qué amigo de sus amigos!», podemos repetir, al recordarlo, con la frase, quebrada de angustia, del hijo del Maestro de Santiago en la elegía inmortal. García Ortiz era el amigo de todas las horas, y más en las de pena que en las de gozo. Muchas de las polémicas ruidosas que hubo de librar fueron motivadas por la defensa de algún amigo, como el señor Suárez, o por la de alguno de sus héroes venerados o de sus copartidarios ilustres, por cuyos fueros volvía, aunque los vivos no se lo exigieran, y como si los ya muertos estuvieran presentes en la lid; y airado, repartía tajos y mandobles, no siempre imparciales y oportunos, pero sí considerados por él en todas las ocasiones, como un tributo justiciero a la amistad o al patriotismo. Por eso, en un breve comentario periodístico que publiqué al aparecer el primer tomo de las *Fisonomías Colombianas*, escribí estas líneas, muy sinceras:

«El doctor García Ortiz tiene convicciones propias, y las defiende con honradez y vehemencia, aunque algunas sean discutibles y menos acertadas. Nosotros, que nos hemos honrado con su amistad, podemos atestiguar que hemos encontrado en su corazón impetuoso y volcánico un enorme fondo de cristiana benevolencia».

Y él se manifestó satisfecho con este concepto.

El dolor unánime que en cuantos lo conocimos produjo la noticia de su muerte, muestra bien cómo se apreciaba en alto grado al varón que supo rendir férvido culto a la amistad, puesta siempre por él muy por encima de todas las limitaciones políticas. Y en las fauces del león de combate, como en las de aquel que menciona la

Escritura, hallaban sus íntimos la miel sabrosa y confortante de la cordialidad más hidalga y acogedora.

Fundó un hogar que es un modelo de distinción, de afecto, de inteligencia, de bondad cristiana, en todos y cada uno de quienes lo forman. A su entierro, según los relatos que me han llegado, concurrió lo más selecto de la sociedad bogotana, que lo contó siempre como un alto exponente de cultura, y lo miró como a un auténtico cachaco santafereño, de esos que él retrató un día con mano maestra. Su muerte fue como yo siempre la supuse: el viejo liberal de Rionegro, el santanderista convencido, el combatiente irreducible, depuso sus armas de combate y su pluma de polemista, ante las plantas inermes del Cristo de sus mayores; y a él abrazado se hundió en los mares de la eternidad. En varias ocasiones, públicas y solemnes, dio muestras claras de su fe cristiana, sin respetos humanos; Dios estuvo siempre en sus labios, en su mente, en su hogar, y por haberlo confesado sin miedo delante de los hombres, El lo confesará también ante su Padre, conforme a la consoladora promesa. La lumbre de su vida se apagó precisamente mientras las campanas de la vecina iglesia del Carmen recordaban la hora del ángelus, llena para él, según me lo dijo un día, de recuerdos infantiles y de místicas ensoñaciones.

No pude despedirlo en la última hora, ni rendirle el último tributo de amistad, ni acompañar sus despojos a la tumba; le consagro estas líneas, mientras puedo trazar su semblanza de modo menos imperfecto, pero no más cariñoso ni transido de amargura. El lo supo, y los suyos lo saben muy bien, que el sol no se apaga en el horizonte de mis afectos.

Cartagena, 4 de diciembre de 1945.

Laureano García Ortiz

Por LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO

La muerte del doctor Laureano García Ortiz constituye una gran pérdida nacional. Insigne servidor de la República, el ilustre hombre que hoy desaparece entre el unánime dolor de los colombianos, enriqueció la tradición de cultura de la Patria, a la que amó por encima de todo con fervor que no agostaron los años y que muchas veces se expresó en la devoción con que atendió sus intereses esenciales. Singularmente en la diplomacia brilló su inteligencia, y bien como Ministro de Relaciones Exteriores o como representante del país ante naciones extrañas, cumplió las misiones encomendadas a su claro talento poniendo en ellas los dones de su mente privilegiada y su generoso corazón de patriota.

Para *El Tiempo*, que se honró siempre con la colaboración del doctor García Ortiz, la noticia de su fallecimiento resulta doblemente sensible: por lo que ella implica para Colombia y por lo que personalmente nos afecta a quienes en esta casa fuimos sus amigos y admiradores de todas las horas. Para asociarnos al duelo nacional y expresar todo lo que para este diario significa el doloroso acontecimiento, recogemos como propias las palabras que nuestro colaborador, el doctor Luis E. Nieto Caballero, consagra a la memoria del gran colombiano, a quien más tarde rendiremos el homenaje a que lo hacen acreedor sus virtudes eximias de hombre público y sus altos méritos de escritor, a cuya pluma de gallardo polemista las ideas liberales, que él profesó y amó ardientemente, debieron más de una victoria. Los suyos saben cómo es de cordial y sincera la emoción con que en esta hora los acompañamos.

*
* *

Con simples anécdotas habría para llenar varios volúmenes relacionados con la vida del doctor Laureano García Ortiz, para mostrar los más variados aspectos de todo lo que es y debe ser un hom.

bre. Sustantiva personalidad la suya, cautivadora y original, hecha de inteligencia y de nervios, de voluntad y de arrojo, de acción y de inacción, si en ésta cabe poner los dilatados períodos de estudio y de meditación en que se formó una de las más vastas y sólidas culturas de que a través de toda su historia pueda ufanarse la Patria.

Poseía la biblioteca más rica y más completa que haya formado hasta hoy un colombiano, con criterio de bibliófilo y de conocedor de las materias en que deseaba acumular información, experto en ciencias naturales, en historia, en Derecho Internacional, en cuestiones económicas, en cánones, en literatura. Tenía libros rarísimos, ejemplares casi únicos, de subido valor, ediciones originales de épocas remotas, los clásicos de casi todas las literaturas, y la cifra mayor de obras colombianas, libros, revistas, periódicos, hasta hojas sueltas, desde la Independencia hasta la hora en que sus ojos se cerraron involuntariamente para recibir, con la reverencia con que se recibe la comunión, la muerte.

De todo hablaba con unción, con entusiasmo, con gracia, con una abundancia que a un mismo tiempo producían el deleite y el asombro. Parecía que hubiera nacido para conversar. Tenía el arte de hacer interesante cuanto quería comunicarles a los ocasionales o buscados interlocutores, y el arte de retenerlos saltando de una información a otra, de una ciencia a otra, de una anécdota a otra, con la ligereza, la elegancia, la fascinación del colibrí, volando por todos los tiempos, por todos los países, poniéndoles sal y pimienta a sus frases, haciendo sonreír, haciendo reír, haciendo pensar, y demostrando en todo un conocimiento cabal y una memoria que llegaba a los límites del pasmo.

¡Cómo conocía de acertada y detalladamente nuestra historia! ¡Cómo hablaba de los próceres, de los primeros hombres de la República como si los hubiera conocido, hubiera discutido con ellos, les hubiera sondeado el alma! Con predilección había estudiado los hechos, los pensamientos, el carácter, del General Santander, a quien se acercó con más frecuencia que un contemporáneo, y a quien rindió un culto que hizo permanente en páginas de profunda penetración psicológica. No fue el culto al fetiche. Su inmovible admiración por el creador de la República estaba basada en el razonamiento, en el análisis hondo de la época, de las circunstancias acu-

muladas, de las dificultades vencidas, de los triunfos alcanzados en la Administración y en la política. No era un idólatra, era un escudriñador avisado y un analista que veía las sombras en el cuadro, los defectos en el hombre, los errores, las fallas, pero que tomando el conjunto hacía resaltar la trascendencia indiscutible de la obra.

Era un patriota. En su culto había un elemento de gratitud colombiana. No concebía que pudiera haber denigradores del padre. Como a descastados miraba a quienes por creer torpemente que sólo se ofendía al liberalismo ofendiendo a Santander, pasaban por alto los servicios de importancia extraordinaria, decisiva, que éste había prestado a la independencia, a la organización civil, a la economía, a la educación, sencillamente a la Patria. Para esa consideración de los detractores de Santander como indignos de Colombia, para ese culto, que no excluía la condenación de lo realmente condenable, García Ortiz sentía el impulso del hombre a quien le corre la Patria por la sangre. Su abuelo había sido el mejor amigo, el confidente de Córdoba. El había alcanzado a conocer a su abuelo, vivo en los relatos del hijo que vino a ser su padre. Se acercaba así, en una evocación que parecía la misma realidad, a los hombres de la primera hora, a los que lucharon, sufrieron, murieron por Colombia y le pusieron a Colombia el sello del amor por la libertad y el odio a las tiranías.

De todo conversaba García Ortiz con una frescura de imaginación y una riqueza de léxico que le abrieron las puertas de las Academias. En la de la Lengua y en la de la Historia, de la que fue Presidente, estaba como en su casa. En ellas discurría como en el propio hogar, con sencillez y amenidad, y en ellas indicaba rutas de exploración, señalando en el mapa de las épocas muertas zonas desconocidas. Y por todas las épocas se paseó con la pluma. Del amanecer a la hora que vivimos no hubo etapa que no señalara con alguna página. Sus libros son cuatro o cinco. Pero con sus ensayos publicados en revistas y con sus artículos de periódico se pudieran formar muchos volúmenes.

Fue un liberal doctrinario, de recia personalidad, de espléndido valor civil. Empezó a destacarse en la política como Secretario de don Aquileo Parra, el ex-Presidente en quien probidad y sensatez se hicieron carne para que tuvieran un ejemplo inolvidable las nuevas generaciones. Y como escritor fue de los colaboradores de *La Cró-*

nica, al lado de José Camacho Carrizosa y de Carlos Arturo Torres, liberal civilista, resueltamente opuesto a la guerra, creyente en la evolución, en la transformación por medio de la tribuna, del libro y de la cátedra. Hombre sin miedo, hombre beligerante, que así como seducía con su conversación, atemorizaba con su cólera cuando llegaba la hora de mostrarla.

Fue Gerente del Banco de Exportadores y hombre de grandes actividades financieras, como fue cafetero y uno de los grandes orientadores y de los grandes defensores de la industria. Durante la Administración del General Reyes fue Gerente del Sindicato de Muzo, en la única época en que el tesoro de las esmeraldas dejó de ser un quebradero de cabeza y le produjo al Fisco algo distinto de los gastos. Pero tuvo que soportar la diatriba. Unos por error, otros por ser agentes de contrabandistas más o menos conocidos, los mismos mariposeros, como llamaban a los negociantes en piedras conseguidas por los ocultos caminos de Tertuliano, soltaron sus perros de presa sobre este hombre limpio, que en los momentos en que se le acusaba de robo tenía que recibir de un noble amigo, de don Tomás Samper, el préstamo oportuno que habría de permitir llevar un pan a su casa. Su sueldo de Gerente se le iba en las defensas extensas y frecuentes que tenía que hacer en los periódicos.

En época posterior, después de unos días prósperos, de haber acompañado al General Rafael Uribe Uribe, generoso defensor suyo, en la redacción de *El Liberal*, y de haberle comprado más tarde esa pequeña empresa a los herederos del mártir, hecha una campaña en que estuvimos al frente, en polémica con él, llegó al fin el momento de que sus grandes talentos se pusieran al servicio directo de la Patria. Don Marco Fidel Suárez le confió la Cartera de Relaciones Exteriores. Allá le dio un vuelco a la política internacional. A él se debió antes que a nadie la inteligencia que llevó a la forma el tratado Lozano-Salomón, para poner fin al litigio de un siglo.

Sus servicios fueron luego aprovechados en la diplomacia. Ministro en el Brasil, Agente ante diversos gobiernos de la América Latina durante el conflicto con el Perú, Delegado a Congresos Internacionales, Ministro en Chile, en todas partes y a todas horas dejó la huella de su inteligencia y de su patriotismo. Lo mismo en Centro América y en México, donde recibió, cuando asistió a la transmi-

sión del mando de Cárdenas a Avila Camacho, honores excepcionales. Como los recibió dondequiera que dictó conferencias, escribió artículos o sostuvo, como le ocurrió en Chile con un Ministro del Perú, encendidas polémicas. Era un contendor a quien no era fácil vencer y que generalmente decía la última palabra.

Si en simples anécdotas daría para varios volúmenes, la historia de su vida, tan vinculada a sucesos trascendentales de la Patria y del liberalismo, daría para varios años de tarea, si llegara a ser puntualmente descrita. En el dolor que nos causa su partida y en el afán de la hora, sin tiempo para hacer ni siquiera una síntesis, nos limitamos a estas pálidas líneas y a decir que fue legislador en ambas Cámaras, en Asambleas y en Concejos, profesor, adoctrinador de juventudes, historiador, orador, hombre brillante, uno de los grandes que ha tenido la República.

Hombre fascinador en su trato, de un dón de gentes prodigioso, con un sentido de la amistad y de la lealtad que le hacía quebrar lanzas por la persona de sus cariños que delante de él fuera mencionada de modo desagradable, amante de la vida y amante de Colombia, a la que sirvió con devoción y eficacia irreprochables. Hombre de hogar, de tal amor por el hogar que lo edificó tres veces, y de tal simpatía y de tal tacto que, como decía sonriendo, había hecho la gracia de sentar a tres suegras, pero qué grandes damas, a una misma mesa. Se vio rodeado por hijas y por hijos que le rindieron culto de amor y de respeto, que lo hicieron feliz, al extremo de que vivía dándole gracias a Dios por esos dones.

Dios! De sus labios se escapaba cada rato esa palabra. Tenía fe en El y de El esperaba la solución de todos sus problemas. Hizo bien. Dios no le faltó nunca. Le conservó el valor, le conservó la lucidez hasta la última hora. Hace quince días, cuando daba la bendición a una de sus niñas menores, que en la barca del amor partía para Citeres, nos encantó y sorprendió a todos los que consideramos como uno de los aspectos más agradables de la fiesta el pasar a su lado unos momentos escuchándolo. Habló de Francia, habló de Grecia, filosofía, historia y anécdotas brillantes. Y el grande amor por la niña, revelado en los ojos humedecidos y en el beso de la despedida, nos siguió hablando cuando él estaba en silencio.

Ahora se cambian los papeles y es él el que se ausenta. El dolor de su casa se extiende a los amigos, y de los amigos, a Antioquia, y de Antioquia, a Colombia, donde queda su recuerdo como el de un servidor de ánimo alerta y de corazón encendido. Personalmente.... nada acertamos a decir a su noble compañera y a sus hijos. Pero todos ellos saben que casi cuarenta años de amistad, y de amistad por parte de él tan generosa y estimulante, no se rompen sin dejar el corazón deshecho.

Un gran carácter

Por JULIO H. PALACIO

En Laureano García Ortiz se compenetraban excelsas cualidades de inteligencia y de carácter. Fue un hombre de letras, un historiador, pero acaso lo más fascinante de su personalidad fue la varonía, el valor civil y el valor personal, porque los tres atributos de su espíritu estuvieron sometidos a la prueba de la experiencia, prueba dura, por cierto, pues hubo época en la prolongada existencia del eminente compatriota en la que bien pudo clasificarse entre los grandes perseguidos de nuestra agitada vida política. Mas el perseguido no se dejó perseguir impunemente, no volvió la espalda a sus perseguidores, sino una faz enérgica, resuelta, y a las calumnias respondió con la plena justificación de sus actos controvertidos, desfigurados en la prensa, en el parlamento y en los vulgares corrillos.

Tocó a García Ortiz en su juventud presenciar el vencimiento del partido político al que estaba afiliado por convicciones ideológicas y por tradiciones de familia, y aun añadiríamos que por influencia del medio ambiente. Nació en Ríonegro, sede de la Convención que expidió la Constitución de 1863, y los recuerdos de su infancia se mezclaron con las anécdotas recogidas de labios de sus ascendientes sobre los personajes ilustres que tomaron asiento en aquella memorable asamblea y sobre los incidentes ocurridos en el seno de ésta.

Nos refería García Ortiz que en la sesión solemne de la Universidad Nacional en 1880 recibió de las propias manos del Presidente de la Unión, doctor Rafael Núñez, el premio que otorgósele en recompensa de su aplicación a los estudios y de los brillantes exámenes que había presentado al finalizar del año, y que al poner ese premio en sus juveniles manos, el señor Núñez le preguntó por la quebrantada salud del señor su padre —de García Ortiz—, reco-

mendándole que lo saludara afectuosamente y que le manifestara que deseaba su pronto restablecimiento.

La primera impresión personal que recibió Laureano García Ortiz de Núñez no pudo ser más atrayente y simpática, pero aquél no le perdonó ni excusó y no pudo explicarse las actitudes posteriores del hombre extraordinario que venció al liberalismo o radicalismo y que no le «dio desquite», para valernos de una frase del señor Suárez. Sin embargo, en honor a la verdad, los juicios y conceptos de García Ortiz sobre Núñez no tuvieron nunca el agrio tono del libelo, el tono de la injuria y el ultraje.

En 1897 tuvo García Ortiz su primera pública intervención en la política del país a propósito de la reunión en Bogotá de la Convención liberal y del suntuoso banquete que a ella fue ofrecido en el Hotel Sucre. Aclamado por todos los asistentes en esa fiesta, tomó la palabra Laureano García Ortiz e improvisó un discurso de política elevada y, cual si presintiera que él mismo habría de ser con los años víctima de las leyendas y consejas que se forjan en derredor de quienes intervienen en los negocios públicos, aconsejaba a sus oyentes que no prestaran irrestricto crédito, fe pública, a todo lo que en aquel tiempo se decía sobre la probidad, la delicadeza y las honestas intenciones de los conductores del régimen imperante. Ese discurso impresionó tan favorablemente a don Miguel Antonio Caro, Presidente de la República, que envió sus parabienes, por intermedio de su cuñado Pepe Iregui, al joven orador.

Elegido Jefe único y supremo del liberalismo el doctor Aquileo Parra, prestó García Ortiz al viejo patricio los más eficaces servicios, y puede decirse que fue de él desde entonces su Secretario y confidente, al extremo de que al redactar su testamento el señor Parra designó al doctor Diego Mendoza y a Laureano García Ortiz para que revisaran y editaran las *Memorias* que dejaba escritas sobre su vida pública y privada.

Al finalizar el siglo XIX el liberalismo se dividió en dos fracciones, igualmente numerosas y respetables: aquella que no era partidaria de una guerra civil inmediata, y la otra, que preparaba ya el movimiento armado, la guerra civil que estalló el 18 de octubre de 1899. Cada una de las dos fracciones tenía su prensa, sus redactores y colaboradores. Órgano de la civilista fue *La Crónica*, dirigida por José Camacho Carrizosa y Carlos Arturo Torres. De *La Crónica*

debió ser colaborador, y ciertamente uno de sus inspiradores, Laureano García Ortiz, y habitual asistente a las tertulias que en la tarde tenían los civilistas más prominentes en la sala de la dirección de *La Crónica*. Un año después, en 1898, apareció el diario *El Autonomista*, órgano de la fracción partidaria de la guerra civil, dirigido por nadie menos que por el General Rafael Uribe Uribe. Como era natural, *La Crónica* y *El Autonomista* trabaron polémicas vibrantes y ardorosas. Alguna vez *La Crónica* publicó un suelto que el General Uribe Uribe consideró ofensivo a su persona y a su buen nombre, y envió cartel de desafío a cualquiera de los dos Directores del diario civilista. Pero resultó a la postre que el articulejo contra el General Uribe Uribe no había sido escrito ni por Camacho Carrizosa ni por Carlos Arturo Torres, quienes no lo vieron antes de ser publicado y que era, en suma, lo que en el argot del periodismo bogotano se llama «un embuchado». Con todo, el General Uribe Uribe insistía en una reparación en el campo del honor. Ardía en las venas de García Ortiz sangre juvenil, y comprendiendo probablemente que el General Uribe Uribe deseaba dejar en desairado predicamento a sus adversarios Torres y Camacho Carrizosa, resolvió, en un arranque de nobleza y de lealtad con sus amigos, asumir la responsabilidad del «embuchado» y aceptar el reto del General Uribe Uribe. Si llegó a realizarse el duelo es algo que ignoramos. En cambio, de lo que sí podemos dar fe y testimonio es de que terminada la guerra de los mil días y desaparecidas las circunstancias que convirtieron en adversarios accidentales a Uribe Uribe y García Ortiz, ellos se reconciliaron, y fue Uribe Uribe uno de los más celosos y elocuentes defensores de García Ortiz, atacado en su honra por sus actuaciones como Gerente del Sindicato de Muzo. Y tras del vil asesinato de Uribe Uribe y en un breve interregno, *El Liberal*, diario fundado por el heroico e indomable caudillo, pasó a ser dirigido por Laureano García Ortiz.

Lo que se llamó el Sindicato de Muzo, integrado por caballeros de la más elevada representación social, de fama bien sentada de probidad, celebró un contrato con la Junta de Amortización para explotar las minas de esmeraldas de Muzo y la venta de las piedras en los mercados extranjeros. El Sindicato eligió Gerente a Laureano García Ortiz, y él tomó con tanto empeño, tanta actividad y tanta energía el ejercicio de sus delicadas funciones, que forzosa-

mente hubo de chocar con los intereses que se habían formado en torno del tráfico clandestino de las preciosas piedras. Por el cumplimiento de sus deberes comenzó el calvario de García Ortiz hasta cuando la luz se hizo y quedó probado suficientemente que de la Gerencia del Sindicato de Muzo no obtuvo él nada que no fuese lícito, y que a su haber personal no llevó ni la más mínima parte del haber nacional.

Empero, fue tal la turbia atmósfera de calumnias, de suspicacias, de chismografía, que logró formarse en torno del Sindicato de Muzo y de su Gerente, que hasta los hombres más serios e imparciales se inclinaron a juzgar torcidamente la conducta de Laureano García Ortiz. Y qué tan pesada sería esa atmósfera, que acaso no haya memoria en nuestros anales parlamentarios del caso de un ciudadano sin empleo oficial que fuera llamado a responder de cargos en la Cámara de Representantes. Y lo fue García Ortiz en 1909, siendo sus explicaciones tan claras, tan categóricas, tan varoniles y sinceras, que desde entonces comenzó a disiparse la atmósfera cargada de electricidad que pesaba sobre García Ortiz.

Caído el General Reyes, la chismografía inventó que una de las más valiosas esmeraldas extraídas de las minas de Muzo, y a la que se dio el remoquete del Ultimo Felibre, había sido regalada por el Sindicato de Muzo al ex-Presidente en exilio voluntario. Y un Ministro de Hacienda que prestó oídos al chisme preguntó en nota oficial y conminatoria a García Ortiz, cuál había sido el paradero del Ultimo Felibre. Este contestó seguidamente al Ministro en breve síntesis, así:

«Su Señoría tiene en sus manos una de las llaves de la caja fuerte del banco tal, en donde está bajo custodia la esmeralda por cuyo paradero me interroga, y cuando lo desee Su Señoría podemos ir a comprobar allí la existencia del Ultimo Felibre».

Por todo lo narrado sencillamente, el aspecto que más nos cautiva e interesa en la múltiple personalidad de Laureano García Ortiz es su carácter, su varonía, su entereza, su probidad intelectual, con ser y todo tan hermosa, tan apasionante, la vida del hombre de letras, del historiador, del bibliófilo, del hombre de hogar que buscó tres veces en el seno de mujeres cristianas y clarísimas, blanco regazo para reposar de las luchas de la vida.

Conocimos y contrajimos amistad con Laureano García Ortiz en 1905 en la Librería de Camacho Roldán y Tamayo. Y lo vimos por última vez en la Librería Central de Pablo Wolf, en donde departimos larga y amenamente sobre política y literatura. Nunca nuestra amistad sufrió desmedro ni quebranto y nos complacíamos con su conversación instructiva, algunas tardes en la casa de su habitación, otras en la calle, dondequiera que nos encontráramos y pudiéramos charlar cómodamente. La noticia de su muerte nos sorprendió en la imposibilidad física de acompañarlo hasta la última morada, y en la imposibilidad intelectual por haber recibido nosotros otra que nos hirió en lo más profundo de nuestra alma, de consagrarle unas líneas de recuerdo y admiración. Son las presentes tardías, el tributo que rendimos a la memoria del amigo que se ha ido.

La biblioteca de García Ortiz

Por LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO

Podían pasar las horas sin sentirlo oyéndole cantar al doctor Laureano García Ortiz sus hallazgos y sus fortunas, lo mismo que sus búsquedas y sus afanes en la consecución de libros para su biblioteca. Era bibliófilo. Gustaba de los libros en sí mismos, como si fueran joyas, con sus viejas pastas españolas de pergamino o de cuero, las ornamentadas y las repujadas, el papel fino, antiguo, inalterable, la impresión en caracteres góticos o en grandes letras negras como la pez, o en libros ornamentados, con hermosas mayúsculas rojas o azules sobre fondo de oro, que hacían pensar en el incienso como las de los misales.

Pero también un conocedor, un erudito, un hombre enterado del valor y de la rareza de las obras originales, que había estudiado en catálogos, como los filatelistas, las circunstancias especiales de cada edición, que sabía cuántos ejemplares de determinadas obras se encontraban en el mundo, cuando prácticamente habían desaparecido todos y no quedaban sino las muestras, a veces una en el Museo Británico o en la Biblioteca del Congreso de Wáshington o en alguna capital europea o americana, y el otro, porque ya no había sino dos en el planeta, en su casa. ¡Cuántos libros raros, inencontrables, causaron el pasmo de visitantes ilustres! Fui testigo de la sorpresa, una vez de Mediz Bolio, otra de Belaúnde, ante determinados libros que los obligaron a la misma exclamación, con un cambio de nombre de ciudad: «Yo creía que no existía otro ejemplar que el que se encuentra en la Biblioteca de México». «Yo creía que no había otro ejemplar que el que conserva la Biblioteca de Lima». García Ortiz sonreía. «Pues este es otro».

Los había perseguido como curiosidades, algo más, como a tesoros de cuentos de hadas, como a princesas en novelas de capa y

espada, que habrían de darle el goce infinito de ellas mismas. Tenía una memoria prodigiosa para lo que le faltaba, para lo que por algún aspecto le interesaba conseguir, ediciones agotadas, más importante aún, recogidas por los gobiernos, que en diversos países habían considerado imprudente la publicación de algún dato o documento que en ellas se encontrara. Y tenía un estupendo olfato para ir rápidamente a lo fundamental, en la biblioteca de algún ciudadano desaparecido, detallada en la venta por sus deudos, en una librería de viejo, en ese maremágnum de libros buenos y malos que hacía las delicias de Anatole France en los pequeños comercios de las orillas del Sena.

Un día me pidió que lo acompañara a un cuchitril donde un vejete tenía para la venta, al lado de heterogéneos artículos, como bombillas eléctricas, chapas, candados, estampas de santos, camándulas, floreros, etc., un estante que ocultaba completamente uno de los muros, atestado de libros. Entró como un sabueso que ha descubierto las huellas del venado, y levantando los anteojos, que le quedaban sobre la frente, porque sobre las narices no le servían sino para ver de lejos, se puso a leer velozmente los títulos. Mientras tanto yo, en la puerta, me ocupaba en leer un periódico. De pronto me llamó. «¿Conoce esta letra?», me dijo, mostrándome unas anotaciones al margen en un libro de táctica militar. «Trato de reconocerla, la he visto muchas veces, pero no acierto a decirle un nombre». «Mire, mire», exclamó mostrándome otras líneas autógrafas en páginas adelante. «No doy», repetí. Con un acento de entusiasmo, de religiosidad, de algo inefable, me dijo: «De puño y letra del General Santander». Volviéndose al vendedor preguntó: «¿Cuánto vale este librito?», porque era un librito, es decir, algo muy poco voluminoso. «Vale cincuenta centavos». Se los entregó, y tomándome del brazo me dijo: «Hoy no busco más. Con este libro ya hice mi tarde».

Por el estilo le ocurrieron varias sorpresas magníficas, aquí y en Lima y en Santiago, en Río de Janeiro y en Montevideo, en México y en Washington, en Londres y en París, por todas partes. En él había mucho de arte, de ciencia, de instinto, de goce, pero también de manía. Era bibliófilo por la pericia y por el gusto, pero también era bibliómano. Acumulaba libros. Los días de llegada del correo, primero en la Librería Nueva de Jorge Roa, luego en la Colombiana

de Camacho Roldán, en la Americana de Concha y por último en la Santa Fe de Gustavo Santos, se le veía asistir glotonamente a la apertura de los paquetes. Iba apartando, apartando. Su delicia era regresar al hogar, seguido de un mozo de cordel que llevaba a la espalda un cajón con cuarenta o cincuenta libros.

El mismo hizo exquisitamente la distinción entre bibliófilo y bibliómano, en un largo artículo de fantasía encantadora, donde cuenta que una noche vio descender de los estantes los libros maestros del mundo, que se cambiaron en las figuras de sus autores o en las de los personajes de sus ficciones, para protestar contra la invasión de malos autores, que parecían atentar contra su dignidad y les quitaban el sosiego. En nombre de todos, como más audaz y valiente, habló Don Quijote, quien abundó en razones de tal pujanza que hubieran convencido de lo que pretendía al más reacio y al más romo. Ofreció que en cada una de las secciones en que se hallaban divididos los libros presentarían los ilustres una lista de sujetos de buena compañía, es decir, de autores cuya vecindad les sería placentera. Al ir a entregar la suya Don Quijote, despertó el soñador, que se había quedado dormido con un cigarrillo entre los dedos, cuyo fuego ya había alcanzado a quemarlo. Pero le dejó la voluntad de proceder a una ordenación que evitara esa camaradería de grandes y pequeños, por los primeros no deseada.

Todo eso, que lo pone en cabeza y labios de un amigo, era exclusivamente de su meditación y del propósito, que realizó cumplidamente, de ordenar su biblioteca en tal forma, que entre veinte, treinta o cuarenta mil volúmenes, revistas, folletos, podía ir con los ojos cerrados al que necesitaba. El orden allí, en un hombre que daba la engañosa sensación del desorden, era perfecto. Por eso pudo deslumbrar a todos los extranjeros ilustres que le visitaron. El Vicepresidente Wallace de los Estados Unidos pasó una tarde seis horas asombrado de la cantidad y de la calidad de obras de su patria o a ella relativas que se encontraban en esa lejana biblioteca de los Andes. Al regresar a Washington le dirigió un cable al Embajador Bliss Lane, pidiéndole que le ofreciera sesenta mil dólares al doctor García Ortiz por esas obras. De parecida manera se fascinaron Doble Urrutia y Pedro Prado con las obras chilenas, Belaúnde con las peruanas, Mediz Bolio con las mexicanas, Abelardo Roccas con las brasileñas, el Marqués de Fontenay con las francesas,

don Bernardo de Almeida con las españolas. Y los colombianos, centenares de colombianos, desde Martínez Silva, Antonio José Restrepo, Guillermo Valencia, Sanín Cano, Gómez Restrepo, Eduardo Santos, hasta el autor de estas líneas, vivíamos encantados con las colombianas.

En aquella biblioteca, el hombre antimetódico, descuidado, olvidadizo, había establecido un método, un orden, que iban siguiendo la línea de la vida y taladrando la roca del recuerdo. Allí estaba todo lo capital del mundo, desde Grecia y Roma, y muestras de la India y de la China, las literaturas de Europa, sus obras en derecho, en filosofía, en economía, en ciencias naturales, al lado de las novelas, los poemas, la crítica, los ensayos, y cuanto en los mismos senderos se había asomado desde todos los campos y latitudes de la joven América. No dejaba pasar nada que sobresaliera. Y de todo lo que le llegara o consiguiera iba hablando con fruición, con delectación, en una de las conversaciones más abundantes, animadas, amenas y jugosas que me haya sido dado admirar en hombre alguno. De Colombia se hubiera podido decir que allí se hallaba todo. Continuó la insigne labor del Coronel Pineda y se hizo a ejemplares de obras que acaso ni en nuestra misma Biblioteca Nacional se encuentren.

Muchos libros le llegaron, enviados por sus autores. Otros los adquirió fácilmente. El simple trabajo de pedirlos a la librería o de escogerlos y pagarlos. Pero había muchos otros con historia, con historia en que pasaba, como en la de las mujeres, la ilusión de la conquista, el coqueteo, la entrega voluntaria, el rapto. En los libros había encontrado él los estimuladores de su acción, los consoladores de sus penas, los afiladores de su espíritu, sus amigos de todas las horas, sus compañeros de siempre. Se había nutrido de ellos, se había embriagado con ellos, en ellos había celebrado sus mayores o sus exclusivas orgías. Los quería con ardor, con constancia, con celos. Los quería intelectualmente, moralmente, físicamente. Bebía o devoraba su contenido y los acariciaba. Era el hombre de la fina cultura que apreciaba su enseñanza y el artista que admiraba su forma. Ese bibliómano era el perfecto bibliófilo. A esa pasión le debió sus goces y sus triunfos supremos.

Entre las muchas historias que le oí acerca de la adquisición de algunas obras, me impresionó especialmente la relativa a un caba-

llero rico, pero quizá misántropo, que tenía una biblioteca, según decían quienes se habían acercado a ella, de verdaderas maravillas. «Es el único hombre, me decía el doctor García Ortiz, a quien yo le he deseado la muerte». Y las cosas de Dios! Murió el señor sin que la sociedad, salvo sus contados amigos, se enterara. Pero un día, y ahí está la fortuna, recibió el doctor García Ortiz una carta. Una distinguida dama le decía que, acabando de perder a su marido y deseando salir del país, porque si mal no recuerdo era extranjera, de Venezuela, del Ecuador o de Bolivia, le pedía el servicio, como a conocedor de dilatada fama, de que le avaluara la biblioteca, que deseaba vender en conjunto o por partes. Era la viuda del caballero a quien con la intención de conocerle los libros, le había deseado García Ortiz el tránsito de esta vida a la eterna.

«No quiero ser evaluador, le contestó en síntesis, porque aspiro a ser comprador de varias obras. Pero le recomiendo para esa tarea a dos hombres muy competentes y honorables, el doctor Eduardo Restrepo Sáenz, jurista e historiador de sólida cultura, y don Juan Uricoechea, alto empleado de la Librería Colombiana». Así lo hizo la dama. Cuando el doctor García Ortiz supo los precios, se presentó en casa de ella, acompañado por otro ilustre apasionado de los libros: don Roberto Suárez. ¡Cuánta emoción y cuánta ventura en lo que ambos fueron encontrando! Había allí verdaderos tesoros. Todo lo detallaba en forma apasionante el doctor García Ortiz, para llegar a esta conclusión que me dejó estremecido:

«Roberto Suárez, me dijo más o menos, era hombre de grandes entusiasmos y de grandes depresiones. Aquel día llegó con avidez. A medida que recorría los estantes iba soltando exclamaciones que expresaban el placer de haber hallado algo que había buscado o que había deseado sin conseguirlo antes. Pasé yo a otro salón, donde seguí encontrando obras que me hacían falta. Cuando regresé al primero, encontré a Roberto Suárez sentado en un sofá, frente a los libros, con la cabeza entre las manos. «¿Qué te pasa?, le pregunté. ¿Te sientes mal?» «Es, contestó, que me ha visitado la más extraña impresión de que una biblioteca cuyo dueño muere es como un animal que cae en un camino. Los gallinazos acuden de todas partes y se precipitan sobre la presa para devorarla. Tú y yo somos hoy los gallinazos. Cuando muramos, nuestros libros se esparcirán

por todos los ámbitos, como les está ocurriendo a éstos. Y tú y yo sentiremos desde el otro mundo que sobre nuestros cuerpos está cayendo una lluvia de gallinazos. ¿Qué quieres tú? Ese pensamiento inoportuno me ha puesto un poco triste....»

La visita de mister Wallace y su oferta o la de su Gobierno por las obras americanas de la biblioteca de García Ortiz, salvaron a este gran exponente de la cultura de Colombia, a este queridísimo amigo a quien debo las dedicatorias más honrosas y efusivas que alguien me haya puesto en sus libros, de que la lúgubre visión de don Roberto Suárez se hubiera cumplido en su caso. El Banco de la República, que en ese momento más que de la República fue el Banco de la Patria, pensó en la conveniencia de conservar para Colombia esa valiosa colección, reunida con tan luminoso espíritu y, previo avalúo realizado por tres grandes exponentes de nuestra cultura, compró la biblioteca. La salvó para el país y salvó de la descomposición lo que tantos esfuerzos, sacrificios a veces, talento siempre, y siempre patriotismo, le habían costado a uno de los más inquietos buscadores de la verdad y uno de los más constantes admiradores de la belleza.

El nombre de García Ortiz queda en la biblioteca como una señal de excelencia, de buen gusto, y como un símbolo de la cultura. Y él quedará en ella con su aticismo, con su sagacidad, con su buen humor, con su gracia, así como con su devoción por la Patria y por todas las cosas del espíritu. Así como él vio, en su encantadora «Fantasía de un Bibliófilo», descender a los autores de los estantes donde estaban en ordenada fila sus libros, yo me hago la ilusión de verlo descender a él cualquier día en una evocación de inalterable afecto, para que me diga cómo lo mejor del universo es lo que dejó, mientras llega la hora de que continuemos sobre una nube el diálogo.

Un maestro de la vida y de los libros

Por DARÍO ACHURY VALENZUELA

*Nemo me lacrimis decoret neque funera fletu Faxit.
Cur? Volito vivus per ora virum.—ENNIUS.*

Nadie en mi muerte me honre con su llanto, que andará
vivo en boca de los hombres.

*
* *

El doctor Laureano García Ortiz fue para mí un maestro: un maestro vehemente y paternal, docto y justo, humano y comprensivo. El «seguro azar» que ordena, preside y dispone los sucesos de la vida del hombre, me deparó, un día, la ocasión de conocerle en una pintoresca librería de lance. De esto hace algunos años. Desde entonces me unió a él un profundo afecto y una sincera admiración, sentimientos éstos que fueron acrecentándose con el correr de los tiempos.

Su alma, fraguada en el dolor, tenía el recio temple de los nobles metales y su espíritu clarovidente recataba la ternura de un niño. Al caer la tarde, el eco de las voces filiales llegaba a la penumbra de su biblioteca, y entonces él interrumpía su tácito coloquio con los libros amados, se deshacía de las invisibles ataduras que le unían a otros tiempos, a otras vidas, a otras sombras, y descendía de la suave colina de sus sueños para acudir con silenciosos y atentos pasos, al tibio y acogedor sosiego del hogar. Allí le esperaba su sillón vacío, la cátedra desde donde dictaba sus lecciones de vida, de amor y de esperanza. Allí inicié con él un diálogo que la muerte dejó trunco.

Tuve el singular privilegio de haber sido el interlocutor de algunos de sus últimos diálogos. Oírle hablar era para quien le escuchaba una fiesta de la inteligencia. Sus blancas manos de hidalgo, finas

y nerviosas, al accionar, despejaban el aire de invisibles obstáculos como para que por allí discurrieran, sin tropiezo, las cláusulas impresionantes por su exactitud, los juicios de original certidumbre, la anécdota oportuna, henchida de zumba, de gala y de donaire; las circunstancias precisas de tiempo y lugar, el rasgo o detalle que puntualizaba a un hombre o a un suceso, el intencionado desdibujo de quienes protagonizaban su coloquio o la siempre complicada ascendencia genealógica de los mismos, sin olvidar el paisaje de fondo sobre el cual se perfilaba el tema de su conversación cautivadora.

Al hablar, sus ojos vivaces y zahoríes se entrecerraban, y una línea sutil, que se dibujaba en el pliegue de los párpados, insinuaba el inicio de una sonrisa maliciosa o bondadosa, según las incidencias del tema coloquial. Su voz era vehemente, estremecida por un ligero temblor que, a veces, se acentuaba con la emoción o cobraba cálidos acentos de ternura, como cuando evocaba las amadas sombras de quienes en vida compartieron con él el pan candeal de la alegría o el acedo vino del dolor; o como cuando, centrando el círculo familiar y cediendo al suave acoso de sus hijas, recordaba el cielo diáfano de la villa de Nuestra Señora de Santiago de Arma, las traslúcidas aguas de sus ríos, la media luna de sus colinas, la paz virgiliana de sus eras y el milagro vegetal de la flor de mayo y de los helechos, del marabollo y de las orquídeas de los jardines ríonegreros.

A los ojos del interlocutor ocasional desplegaba el doctor García Ortiz los espléndidos dones del difícil arte de dialogar. Su plática era una pauta incomparable de la discusión sutil y ordenada a la par que docta escuela de refinamiento, de sutileza espiritual, de sugerencias y de noble contienda de ideas. A diferencia de quienes hacen del coloquio un extenso monólogo, el doctor García Ortiz poseía el carisma de saber escuchar. No era el narcisista que se recrea y embriaga con la música rumorosa de sus propias palabras. Mientras hablaba su interlocutor, le escudriñaba con una mirada casi lacerante, y, de acuerdo con sus palabras, iba sopesando en la balanza de la estimativa lo corto, mediocre o ambicioso de su vuelo intelectual.

Para el doctor García Ortiz la conversación era, además, una disciplina dialéctica, una viva lección de gracia, de fina ironía, de mesura y seducción. Su vocabulario era copioso y sus giros idiomá-

ticos tenían discretas resonancias de los autores de la dorada edad de la lengua de Castilla. Con gentil desembarazo su inteligencia abordaba los más diversos temas y transitaba con despejo por las más variadas rutas de la humana sabiduría.

Cuando analizaba los hechos del presente, su prodigiosa memoria hallaba y aducía sorprendentes analogías con los sucesos del pasado. Era innata en él esta propensión a hallar conexiones formales entre las distintas etapas de una cultura, método histórico que preconiza en su famosa obra Spengler, al establecer afinidades morfológicas entre el cálculo diferencial y el principio dinástico del Estado en la época de Luis XIV, por ejemplo, o entre la antigua forma política de la polis y la geometría euclidiana, o entre la música instrumental contrapuntística y el sistema económico del crédito.

Al juzgar a los hombres, el doctor García Ortiz no fue indulgente ni apasionado: fue justo. Jamás pronunció ni consintió palabra que entrañara duda o menoscabo de la honra ajena. Amigo leal, entendía la amistad como un código de preceptos caballerescos, aún más, como una religión de mandamientos estrictos. «Amigo como pocos» le llamó el señor Suárez en uno de sus *Sueños*. Dadvivo sin ostentación, y en la medida que se lo permitía su desmedrado caudal. Vilipendiado y calumniado, se acogía al sagrado de su hogar y se retraía en el sosegado ambiente de su biblioteca, bajo la mirada serena del Cristo de Flatters, divino testigo, un día, de su atribulada vida estudiantil. Abandonado, en los tiempos de tormenta, por algunos de sus sedicentes amigos, jamás se le escuchó un reproche o una queja.

Dios, la Patria y la familia fueron sus amores entrañables. Cristiano a la rancia e hidalga manera de los abuelos castellanos, sentía y practicaba la religión del Crucificado como un generoso mandato de amor. Sirvió a Colombia con tesón, con fe, con ardimiento, sin ostentosos alardes, sin enrostrarle sacrificios. Para los de su sangre y espíritu fue coraza y escudo, abnegada ternura y solícita comprensión.

Como diplomático, el doctor García Ortiz prestó a la Patria invaluables servicios, no calificados aún con la justicia que ellos demandan, ya que parece ser privilegio de nuestras democracias olvidar al día siguiente el beneficio recibido la víspera. En el ejercicio

de esta honrosa servidumbre contó con la envidia de unos y la ingratitude de otros, pero con el asentimiento de los mejores.

Polemista ardiente, libró en la prensa y en el Parlamento afortunadas batallas en ocasiones memorables. Conocía y ponía en práctica los decisivos recursos de este difícil arte de la controversia. Seguro en la dialéctica, rápido en la réplica, oportuno en la interpelación, diestro en el manejo de la ironía, el doctor García Ortiz era temible y temido como adversario en las lides oratorias. Nada supo de la saña ni del rencor. A los agravios oponía la indiferencia o el perdón. No fue un ñgreído o un resentido: dos graves dolencias que aquejan, por igual, a nuestros políticos e intelectuales.

Consciente de su misión de escritor, el doctor García Ortiz no se prodigó vanamente. Su obra fue el maduro fruto de la reflexión, de la concienzuda y paciente confrontación de textos y documentos, de prolijas lecturas, de valerosas rectificaciones, de callados sacrificios. Desdeñaba, como el personaje de Valery, lo convencional en la literatura y, como él, sentía deseo de infinita claridad y renuencia por lo fácil, porque «padecía del agudo mal de la precisión». No perteneció al linaje de aquellos que, al decir de Cervantes, «así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos».

Fue un humanista en la más generosa acepción de la palabra. Prefería el hombre al estilo. «En todo escritor —decía él— busco primero el hombre, porque es ahí donde se encuentra la clave del problema. Definido el hombre, todo viene por añadidura». Cervantes, Quevedo, Macaulay, Taine, Shakespeare, Pascal y Kempis fueron los autores de su predilección.

La historia fue para él un arte, una ciencia, un método riguroso de investigación y no un género de ficción literaria o una sucursal de la novela, tal como la conciben algunos maesecorales de la cultura, que un día pretendieron hacer mofa y sosaño de su obra, fruto ella sí de la voluntad de perdurar y no de una ensordecedora propaganda, socializada a los echacuervos de los suplementos literarios.

Santander fue su ídolo y él su revalorador: empresa de justicia que no le han podido perdonar sus adversarios políticos. Al exaltar la figura del Hombre de las Leyes, su inteligencia y su corazón —guiados por un criterio y un sentimiento de arraigada equidad—

jamás toleraron que para alcanzar aquella exaltación se pensara siquiera en menoscabar o rebajar la figura excelsa del Libertador.

Ríonegro, la villa natal, vivió siempre en su recuerdo. Su avidez de lectura se sació allí, por los remotos días de la infancia, en las bibliotecas de sus ilustres paisanos don José María Montoya y don Pedro Sáenz, y en las de sus abuelos, don Sinforoso García y don Estanislao Ortiz. Son proverbiales la hospitalidad, los ademanes caballerescos y los distinguidos modales de los habitantes de aquella ciudad antioqueña, donde Boussingault encontró diarios franceses e ingleses, vinos de Burdeos y gentiles vinos de España. ■

*
* *

El doctor García Ortiz presentía que su fin estaba próximo. Su cansado corazón se resistía y la vida se le iba extinguiendo como la luz moribunda de una lámpara de alabastro. Esperó el supremo tránsito de este mundo de tinieblas al reino donde brilla la luz increada, con la valerosa serenidad de un espartano. Sin acongojarse, sintió el redoble cercano de los tambores enlutados de la muerte, hasta que un día entre los días, a la hora del crepúsculo, como Jacob, libró su postrer combate con el ángel del dolor, y su alma, libre de la cárcel de este mundo caduco y fallecedero, voló a la morada del Dios de vivos y muertos, al reino de la Justicia inmortal.

Descanse en paz el maestro vehemente y justo, y que la luz perpetua alumbré su peregrinación por los caminos de la Eternidad.

Algo sobre Laureano García Ortiz

Por DOMINGO ESGUERRA

Con el fallecimiento del doctor Laureano García Ortiz, ocurrido en Bogotá el día 5 de noviembre último, Colombia ha perdido un ciudadano de excepcional valía. Me unió a él, para fortuna mía, una cordialísima amistad de más de nueve lustros, y por tanto tuve oportunidad de conocer sus extraordinarias capacidades y sus grandes prendas morales, circunstancia que me induce a consagrarle estos recuerdos.

Pocas vidas han estado tan vinculadas al engrandecimiento de Colombia como la del doctor García Ortiz. Sus actividades se desarrollaron en diversos campos, y en todos ha quedado el fruto, o por lo menos la huella, de su esfuerzo, de su previsión y de su patriotismo.

Fue vástago de una ilustre familia de Ríonegro, en Antioquia, de donde vino a Bogotá, apenas adolescente, a seguir sus estudios profesionales en la Escuela de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional; estudios que terminó con especial brillo y que le hicieron ver la importancia que para el desarrollo de nuestro país habrían de tener las industrias agrícolas.

Por eso, al finalizar sus estudios, apoyado por su gran amigo y pariente el distinguidísimo caballero don Roberto Herrera Restrepo, a quien García Ortiz recordaba siempre con vivo cariño y el más profundo respeto, se dedicó a trabajar con él en negocios de ganadería y de frutos de exportación.

Más tarde, contribuyó a la fundación del Banco de Exportadores de Colombia, institución cuyo objeto era financiar el cultivo y la exportación del café colombiano. El primer gerente de esa institución fue el eminente naturalista y agricultor doctor Nicolás Sáenz, quien, en compañía de sus hermanos don Francisco y don José María, fundó varias de las más importantes haciendas de café en Cun-

dinamarca. Sucedió a don Nicolás Sáenz en la gerencia de dicho Banco el doctor García Ortiz, y en ese cargo desplegó sus mejores capacidades, abriendo agencias en diversos puntos del país y en el Exterior, buscando excelentes conexiones para el transporte de nuestro café y para su realización en los grandes mercados mundiales y, finalmente, facilitando a los cultivadores y exportadores del precioso grano los recursos que necesitaban para desarrollar sus empresas. La industria cafetera se iniciaba apenas en Colombia en esa época y, por tanto, puede decirse que las labores de los Sáenz y de García Ortiz fueron el principio de la defensa de esa industria nacional; defensa que, continuada después por inteligentes funcionarios, así como por hábiles financistas, ha sido para Colombia la fuente más importante de su riqueza económica, como aquéllos previeron que llegaría a serlo.

Al terminarse la última guerra civil en Colombia, que duró tres años —de 1899 a 1902—, el Congreso creó la Junta Nacional de Amortización, entidad que, como lo indicaba su nombre, debía allegar recursos para procurar la amortización paulatina de las emisiones de billetes que el Gobierno había hecho durante la guerra. Se asignó a esa Junta, para cumplir su objeto, el manejo de varias rentas nacionales, entre otras la que pudiera obtenerse como rendimiento de las minas de esmeraldas situadas en Muzo; y deseando el Gobierno confiar el desarrollo de tan importante plan a personas de la más alta posición y honorabilidad en el país, designó como miembros de la indicada Junta a los señores don José Manuel Restrepo Sáenz, doctor Rafael Rocha Castilla, doctor Luis Martínez Silva, doctor Nicolás Esguerra y doctor José Camacho Carrizosa, verdaderos patriotas que no vacilaron en prestar su colaboración en lo que juzgaron que podía contribuir a restablecer el equilibrio y bienestar de la Nación, tan quebrantados en aquellos momentos.

La Junta de Amortización abrió una licitación pública para el arrendamiento y explotación de las minas de esmeraldas, y a esa licitación se presentó un respetable grupo de hombres de negocios que organizó entonces el doctor Laureano García Ortiz, quien a la sazón desempeñaba la Gerencia del Banco de Exportadores. Ese grupo, que se llamó *Sindicato de Muzo*, celebró con la citada Junta de Amortización un contrato sobre explotación de las minas de esmeraldas, contrato que dio a la Nación tan benéficos resultados como

jamás se habían obtenido. Fueron miembros de ese Sindicato, entre otros, los siguientes caballeros, cuya honorabilidad y competencia era por todos reconocida: Manuel Antonio Angel, Nicolás y Francisco Sáenz, Francisco A. Gutiérrez, Silvestre Samper Uribe, Aurelio Uribe Buenaventura, Miguel S. Uribe Holguín, Julio y Enrique Silva, Nicolás Camargo Guerrero, Enrique J. Escobar, Wenceslao Paredes, Andrés Vargas Lorenzana, etc. En épocas anteriores el mayor rendimiento que de las minas de Muzo alcanzó la Nación fue la suma de \$ 40.000.00 anuales, que pagó, durante varios años, una compañía arrendataria; y el Sindicato de Muzo, durante los cinco años que administró las mismas minas, entregó primero a la Junta de Amortización y después directamente al Gobierno, por la participación que correspondía a la Nación, un promedio anual de £ 130.000, lo que equivalía entonces a la no despreciable suma de 650.000 dólares anuales. Para obtener tan asombroso resultado, tuvo el Sindicato que herir muchos intereses creados alrededor del negocio clandestino de esmeraldas, que venía haciéndose en Colombia desde tiempo inmemorial, y ello desarrolló, como era de esperarse, una serie de los más bajos ataques a los respetables caballeros que formaban el Sindicato de Muzo, y principalmente a su Gerente, el doctor García Ortiz, quien con gran paciencia recibió esos ataques y con excepcional energía continuó en su labor de proteger esa riqueza de la Nación.

Al finalizar el contrato celebrado con el Sindicato de Muzo, nuestro Gobierno pidió al doctor García Ortiz que tratara de interesar a algún grupo minero de importancia, en Europa, con el fin de hacer una explotación de las minas de esmeraldas en escala todavía mayor de la que había desarrollado el Sindicato, para lo cual servirían muchísimo los estudios y los resultados que dicho Sindicato podía mostrar. García Ortiz aceptó la insinuación del Gobierno, y con ese objeto se trasladó a Europa, en donde, mediante grandes esfuerzos, logró interesar a un fuerte grupo inglés, formado por personas que habían obtenido grandes ganancias como accionistas de las principales minas de diamantes de Sud-Africa, a quienes halagaba el proyecto de poner de moda, en el mundo elegante europeo, la esmeralda colombiana, como habían logrado hacerlo con el diamante sud-africano. Se organizó por dicho grupo, en Londres, una sociedad con el nombre de *Colombian Emerald Company*, la cual negoció con

el Ministro de Hacienda de Colombia, doctor Camilo Torres Elicechea, que en esos momentos se hallaba en Londres en misión oficial, un contrato para la explotación de las minas de Muzo por un término de 20 años; contrato mediante el cual la indicada Compañía debía suministrar el capital necesario para la explotación de las minas en grande escala, y al venderse las piedras extraídas, solamente tenía participación la Compañía en las ventas que excedieran de la suma de £ 250.000 anuales, es decir, que durante cada año las primeras £ 250.000 que se obtuvieran por ventas de esmeraldas pertenecían exclusivamente a la Nación; y el exceso de esas ventas, cualquiera que fuere, debía dividirse, anualmente, entre aquélla y la Compañía. Fácilmente se comprende que sólo un grupo de muy cuantiosos recursos financieros y de grandes influencias en el mercado mundial de piedras preciosas, podía asumir las responsabilidades indicadas. Pero sucedió, infortunadamente para Colombia, que ese contrato coincidió con la caída del Gobierno que había autorizado la negociación —que lo fue el presidido por el señor General don Rafael Reyes—, y, al regresar el doctor García Ortiz a Colombia y presentar el indicado contrato, se halló con que el nuevo Gobierno lo improbaba, con apoyo de parte considerable del Cuerpo Legislativo y de la mayoría de la prensa del país, en momentos de inusitada agitación política. Se desató entonces una campaña extremadamente violenta e injusta contra García Ortiz, que tuvo que hacer frente a toda clase de denuestos e improperios, los cuales, si bien le causaron grandes mortificaciones a él y a su familia, no alcanzaron, sin embargo, a hacerle perder la ecuanimidad para apreciar y sostener con energía las grandes ventajas que para el país tenía el convenio celebrado con la Colombian Emerald Company.

Improbado definitivamente como fue ese contrato, el asunto terminó, varios años más tarde, por una transacción entre el Gobierno de Colombia y la Compañía, que costó al país la suma de £ 250.000, y al ponerse en liquidación la Compañía, se exigió al doctor García Ortiz que enviara al liquidador su cuenta por los honorarios que le correspondían como representante legal de aquélla en el tiempo en que tuvo esa representación a su cargo —honorarios que pasaban de la suma de £ 25.00—, y el doctor García Ortiz no quiso enviar dicha cuenta ni aceptó por sus servicios suma alguna, no obstante la difícil situación financiera en que se encontraba, pues ya para en-

tonces el Banco de Exportadores había entrado también en liquidación. Tampoco recibió el doctor García Ortiz auxilio, ni sueldo alguno del Gobierno del General Reyes, por las gestiones explicadas. Por residir yo en Londres en esa época, fui testigo presencial de los hechos que dejo relatados, y he creído conveniente rememorarlos hoy, porque muestran claramente el carácter, la energía y el patriotismo con que García Ortiz trató de organizar esa fuente de recursos nacionales; debiendo ahora agregar que, como es bien sabido, desde que terminó el contrato de administración con el Sindicato de Muzo, hasta hoy, las minas de esmeraldas no han vuelto a dar rendimiento alguno a la Nación, en más de 30 años transcurridos.

En el campo de nuestra política internacional fueron también muy destacados los servicios que al país prestó el doctor García Ortiz. Había estudiado, con la más escrupulosa atención, nuestros problemas de límites territoriales, así como toda la historia diplomática de Colombia, y habiendo sido llamado por el muy ilustre Presidente Suárez al Ministerio de Relaciones Exteriores, llevó a ese despacho el cúmulo de datos y conocimientos que había adquirido, los cuales le permitieron desarrollar una muy benéfica labor para los intereses colombianos. En efecto, le correspondió, como Ministro de Relaciones Exteriores, presentar al Congreso el Tratado que arregló con los Estados Unidos nuestros reclamos relacionados con la separación de Panamá, intervenir en la celebración del importante Tratado Lozano-Salomón, sobre límites entre Colombia y el Perú, y solucionar varios otros asuntos complicados que entonces cursaban en la Cancillería colombiana. Y, posteriormente, desempeñó con especial brillo las muy delicadas misiones diplomáticas que se le encomendaron en varios países americanos como Brasil, Chile, Perú, México y Centro América, algunas de ellas llevadas a cabo en circunstancias muy difíciles. Como Plenipotenciario en el Brasil, negoció el pacto sobre límites y navegación conocido con el nombre de Tratado García Ortiz-Mangabeira, que tan útil ha sido para el desarrollo de las relaciones comerciales entre Colombia y el Brasil. En los países americanos nombrados, su labor es recordada con la mayor simpatía, habiendo dejado muy altos, en todas partes, el decoro y el prestigio de Colombia.

Amante devoto de la literatura y de la historia, García Ortiz logró formar una biblioteca de estudio como muy pocas existen en la

América del Sur, y sus numerosas publicaciones, en folletos, en artículos de periódico, y en obras de la mayor seriedad, dan fe de su refinada erudición y de la independencia de sus juicios. Sus actividades en ese campo le sirvieron para ser invitado a formar parte de las Academias de la Lengua y Nacional de Historia de Colombia, y en ellas sus disertaciones fueron siempre oídas con el mayor interés por sus doctos e ilustres compañeros.

En la política interna de Colombia intervino García Ortiz con igual lucimiento que en los demás campos de sus múltiples actividades. Fue miembro muy destacado del partido liberal y contó en él con la más absoluta confianza y la amistad personal de sus más altos directores, cuando ellos eran Aquileo Parra, Sergio Camargo, Salvador Camacho Roldán, Nicolás Esguerra y Luis A. Robies; e igual cosa sucedió cuando el liberalismo fue dirigido después por sus eximios jefes Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera. Durante la última guerra civil —la llamada guerra de los mil días—, un grupo del partido conservador que ejercía entonces el Poder depuso al anciano Presidente Sanclemente y asumió el Gobierno con el Vicepresidente Marroquín, con el propósito, según se dijo entonces, de ofrecer condiciones honorables de paz al partido liberal, que se había lanzado a la guerra contra el régimen conservador; y en esa ocasión el doctor García Ortiz fue autorizado por don Aquileo Parra, ex-Presidente de la República y director supremo del liberalismo, para entenderse con el grupo conservador que había depuesto a Sanclemente y discutir las condiciones de paz que serían propuestas por el nuevo Gobierno y que el señor Parra estaba dispuesto a recomendar a los liberales en armas para poner fin a la guerra. Esa misión política, de grandísima responsabilidad, confiada a García Ortiz, infortunadamente no tuvo resultado favorable, porque el Gobierno del Vicepresidente Marroquín se ocupó, preferentemente, en continuar la lucha con el mismo o mayor encarnecimiento que su antecesor, pero los esfuerzos del doctor García Ortiz fueron de la mayor trascendencia patriótica, y así lo reconocieron expresamente tanto el director supremo del liberalismo como los distinguidos jefes conservadores con quienes aquél se entendió.

En diversas ocasiones concurrió el doctor García Ortiz al Congreso colombiano, unas veces como Senador y otras como miembro de la Cámara, elegido por el partido liberal, y en los discursos que

pronunció, así como en los proyectos que presentó a la consideración del Cuerpo Legislativo, se encuentra siempre visible su constante preocupación por el desarrollo industrial y cultural del país y por la concordia entre los colombianos, como elementos indispensables para el engrandecimiento nacional.

Entre las grandes condiciones que distinguían al doctor García Ortiz, sobresalían sin duda la franqueza y la lealtad con que trataba siempre a las personas que se le acercaban, condiciones que rara vez se encuentran reunidas en los hombres públicos y que en una ocasión hicieron expresar al ilustre Presidente Suárez, en publicación conocida, éstas o parecidas palabras: «El señor Laureano García Ortiz es no solamente un patriota docto sino un leal amigo, como muy pocos he encontrado en mi larga vida».

Mucho, muchísimo más, puede y debe decirse sobre el doctor García Ortiz, y seguramente sus biógrafos lo harán, porque su vida fue extraordinariamente meritoria y destinada a dejar las más saludables enseñanzas.

Para sus hijos, esa vida ha sido una escuela inmejorable, y por eso los doctores Roberto y Alvaro García, siguiendo las huellas de su padre, están ya sirviendo a la República en altos cargos de sus respectivas profesiones. Ellos y la distinguidísima señora doña Carmen Herrera viuda de García Ortiz, así como toda su familia, conocen los lazos de afectuosa amistad y admiración que me unieron a ese gran ciudadano desaparecido, y, por tanto, espero que me acordarán la participación que yo reclamo en su duelo, que es también duelo de esta Patria colombiana.

El hombre y los libros

El hombre es libre, cabalmente libre, y se enaltece, a medida que va orientando el discurso de su espíritu, hacia los predios delectosos de la lectura, de la curiosidad, de la investigación. Cuanto nos rodea, cuanto conforma el milagro extraordinario de la vida, contiene una suma admirable de perfecciones, a cuyo conocimiento y goce sólo se puede llegar de la mano de los libros.

Para entender al amor (que es lo más dificultoso de entender), vayamos de la mano de Don Quijote de la Mancha hasta la aldea del Toboso. Pasemos en su compañía, una fea noche, en vela. Con él, sintamos el pecho habitado por la angustia y la mente poblada por la ansiedad, y con él, démosle propiedad a los ojos para ver, en la persona de una labradora sandia y maloliente, los más excelsos atributos que, de gracia y de corazón, puedan adornar a la mujer....

Don Laureano García Ortiz, hombre prominente e ilustre por muchos títulos, ha empleado su vida meritoria, ya larga, en el culto a los libros. No hay predio que este hidalgo de sana prosapia española no haya conocido, visto, estudiado y examinado, de la mano de algún libro que lo conduzca a dondequiera, por los caminos de la imaginación. El doctor García Ortiz ha guardado en su hogar, como cosa íntima suya, ligada a él por lazos irrompibles y eternos, una cuantiosa y preciosísima biblioteca, que en sólo lo que trata de un tema (la política internacional americana), consta de treinta mil volúmenes, evaluados en cien mil pesos.

Esa biblioteca, según se pensaba, hubiera ido a dar a Norteamérica, mediante negociación que estuvo bien adelantada y que fue iniciada por el Vicepresidente Wallace durante su visita a Bogotá, si el Banco de la República, en un gesto que enaltece a su Director, hijo y nieto de eximios letrados, no hubiera dispuesto comprarla para sí, y entregarla al uso y al beneficio del público, en una ade-

cuada dependencia que se le hará en el propio edificio del Banco, en Bogotá.

Quienes dentro de un futuro evidentemente cercano utilicen la biblioteca del doctor García Ortiz y se beneficien con ella (centenares, millares de estudiantes, de historiadores, de investigadores), al extraer de esos treinta mil volúmenes la sabiduría que persiguen y buscan, pensarán en el hombre probo y justo que le dedicó lo mejor de su vida y de su propio corazón a formarla; y darán gracias a la entidad que, cumpliendo una función de patriotismo que muy pocas instituciones de su género se atreven a cumplir, la adquirió; empleando en adquirirla una suma de pesos que, en otro caso, se hubiera destinado a la compra de bonos o a la adquisición de acciones, con un tanto por ciento de interés anual.

(El Tiempo, 16 de mayo de 1944).

Laureano García Ortiz

Acaba de fallecer en esta capital este ilustre colombiano, que prestó eminentes servicios al país, especialmente en el ramo de Relaciones Exteriores, cuya Cartera ministerial desempeñó con brillo y singular acierto, lo mismo que importantes misiones diplomáticas, habiéndole tocado intervenir, en una u otra forma, en casi todos los pactos internacionales que celebró la República para establecer y fijar definitivamente sus fronteras con las naciones vecinas.

Experto igualmente en cuestiones económicas, ocupó el doctor García Ortiz durante algunos años, con autoridad y competencia indiscutibles, un puesto en la Junta Directiva del Banco de la República como digno representante de la agricultura y el comercio nacionales en dicha corporación. Los funcionarios del Banco, que le profesaban hondo afecto, guardarán su recuerdo con viva gratitud.

Pero existe otro vínculo que unirá para siempre el nombre del prestante ciudadano con el de esta institución. El Banco adquirió hace algunos meses la biblioteca formada por él, con incansable celo, en el curso de su vida, y que se considera hoy como una de las más importantes del país. Ella será instalada, al lado de la biblioteca del Banco, en locales apropiados que se están construyendo para este efecto, y allí podrá seguir prestando invaluable servicio a la cultura nacional.

Reproducimos en seguida la proposición aprobada unánimemente por la Junta Directiva de este instituto con motivo de tan luctuoso acontecimiento:

«La Junta Directiva del Banco de la República rinde homenaje a la memoria del señor doctor Laureano García Ortiz, antiguo miembro de la corporación, prestigiosa figura de la intelectualidad colombiana y eminente hombre de Estado, que prestó al país grandes servicios en el desempeño de delicadas misiones diplomáticas y en otros ramos de la Administración Pública.

«La Junta presenta a la señora viuda y a los hijos del extinto, especialmente al doctor Roberto García Paredes, su sentida manifestación de condolencia».

(Revista del Banco de la República, noviembre de 1945).

Doctor Laureano García Ortiz

A los 78 años de vida fecunda, se dormía en la paz del Señor uno de los colombianos más representativos de estos últimos tiempos, el 4 de noviembre próximo pasado, en las horas de la tarde.

Varón de amplia cultura, mereció que muchísimas Academias del país y del extranjero le abrieran su seno y lo llamaran a ocupar sitio de honor.

Historiador profundo, trabajó tesoneramente por su héroe máximo, Santander, por el cual libró recias batallas y escribió artículos y libros.

Ameno y saleroso a fuer de buen antioqueño —ríonegreco— su fuerte estribaba en la anécdota, y de sus labios fluía la conversación que encantaba, fascinaba, atraía.

Fue patriota, y gran patriota. A Colombia supo representarla con orgullo y decoro en diversas naciones, y defendió sus fueros en ambas Cámaras como representante del pueblo.

Con don Marco Fidel Suárez colaboró en calidad de Ministro de Relaciones Exteriores, y sus actividades no conocieron reposo sino poco antes de expirar.

Vecino de nuestro colegio, vivió nuestra vida y se enteraba de las obras salesianas, y cultivó amistad sincera con todos los superiores, desde don Evasio Rabagliati hasta el Padre Bertola, que lo visitó pocas horas antes de morir.

Fue creyente siempre, e invocó al Dios de sus mayores como buen antioqueño, y quiso morir después de arreglar las cosas de su alma, con un salesiano, con un hijo de San Juan Bosco, asido al crucifijo y llevando al pecho el escapulario carmelitano.

La muerte de este gran señor puede considerarse de luto nacional dados los servicios que prestó al país, la prestancia de su persona y los cargos elevados que desempeñó en su mejor aprovechada existencia.

Deja, a más de sus ejemplos de civismo, honorable familia, a la cual nos unimos en este duelo para ofrecerles sufragios por el alma de quien fue amigo sincero de nuestra comunidad. La paz de Cristo luzca sobre su tumba perpetuamente.

Laureano García Ortíz

ANIVERSARIO

Por LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO

Un año se cumple hoy de la muerte de ese hombre genial que no ha debido morir. Su vida de acción, su vida de combate, beligerante desde la juventud, temperamento explosivo, hombre de empresas y hombre de polémicas, hombre de estudio y hombre de realizaciones, naturalista, internacionalista, banquero, agricultor, historiador, político, hombre de gobierno, gran servidor público, fue una vida combatida y fecunda como pocas, que conservaba en el atardecer la agudeza y el brío que en el mediodía de la faena fueron sus características.

Pocos hombres han tenido entre nosotros, como el doctor García Ortíz, el dón de la conversación. A su lado pasaba el tiempo sin sentirse. Muchas veces no había tal conversación. Era un monólogo. La imaginación salía a volar con el recuerdo y se detenían en las ramas de todos los tiempos y de todos los países. Como poseía la biblioteca más rica que ciudadano alguno haya formado entre nosotros, su información era un caudal sereno, dilatado, profundo, que parecía adquirido para la propia satisfacción, pero que de pronto, para servicio de los demás, estimulado por la compañía, se despeñaba en una cascada majestuosa como el Tequendama.

«Mil olas, cual pensamientos rápidas pasando, chocan y se enfurecen, y otras mil y otras mil ya las alcanzan, y entre espuma y fragor desaparecen», dijo Heredia del Niágara. En García Ortíz conversando, había esa sucesión, esa multiplicidad y esa espuma. Cuando era necesario, había el fragor. No les tenía miedo a nada ni a nadie. Seguro de sus convicciones, las ostentaba con vehemencia, si hallaba oposición. Seguro de sus conocimientos, se paseaba como un conquistador por la historia antigua y por la his-

toria moderna, por la ciencia, por el derecho, por la política, lo mismo de Grecia y Roma que de Francia y de España, de Alemania y de Italia, del Imperio Británico y de los Estados Unidos, de la Argentina, de Chile, del Brasil y de Méjico.

Pero nada tan ameno, tan completo, tan excitante, como su paseo por la historia de Colombia, de la Gran Colombia, de las naciones bolivarianas, que desde el alba, desde la Conquista, hasta los días contemporáneos, parecía como si para él no tuviera secretos. Sus exposiciones no eran de fechas, ni siquiera principalmente de hechos. Eran de ideas, porque filosóficamente buscaba determinado triunfo, y críticamente se lanzaba en persecución de la verdad, sin el miedo de encontrarla, que decía Gourmont, y listo a defenderla, una vez en su poder, contra todas las desfiguraciones y todas las acometidas. Así se hizo antes que persona alguna, el campeón del Hombre de las Leyes.

Después de muerto el doctor García Ortiz, he releído los estudios enjundiosos de su pluma que la Biblioteca de Cultura Popular reunió en un volumen insigne. ¡Qué análisis tan riguroso, tan justo y a la larga tan ardiente el suyo, sobre la persona y la obra del General Santander! ¡Cómo se le siente guiado en el análisis por el amor a la Patria y por el amor al derecho! Cómo son de penetrantes sus conceptos y cómo son de elevados, cómo aspiran en el mismo elogio a la imparcialidad, en discusión con todos los que no lleguen a sus conclusiones ni acepten sus puntos de vista, entre otras personas conmigo, que disenti de su apreciación acerca de la frialdad de corazón del prócer, y que probablemente fui derrotado, o que, desgraciadamente, no tuve razón, pero dicho todo en el lenguaje de la cortesía más exquisita. No obstante la diferencia de edades, una estrechísima amistad nos unió, con un pequeño paréntesis que abrió la malhadada política, y que cerró justamente el comentario que hice a su estupenda conferencia sobre el carácter del General Santander, agradecido por él en términos efusivos. De ese lejano día hasta su muerte, no hubo sino manifestaciones de recíproco afecto. Tengo cartas tuyas que me honran desmesuradamente, y las dedicatorias con que me obsequió algunos libros son para mantenerme en vela ante su sombra.

Tenía un delicado, severo, armonioso sentido de la amistad. Sabía lo que se le debía a ese sentimiento, que es la hermandad del

espíritu, y gustaba, como don Marco Fidel Suárez solía decir, de ser amigo hasta las aras. Lo grande de ese dón no estaba en las manifestaciones ante la persona, sino en la manera como sabía guardarle la espalda, y en la arrogancia y hasta el valor de la actitud, como cuando supo defender al señor Suárez del furor de las Euménides, y hacer ante la hostilidad de las Cámaras el elogio elocuente del hombre caído. Era un señor, un varón de coraje, que acreditaba en su fidelidad y en su resolución desafiadora, la claridad de su estirpe, la limpidez de su sangre castellana.

Esa fidelidad y esa resolución las tuvo en grado eximio en servicio de Colombia, lo mismo para darle un recio golpe de timón a su política internacional, a fin de pasar la nave indemne por entre los arrecifes, que para comprometerse, quijotesicamente, en controversias rudas con diplomáticos de fuera, encargados de oscurecer o desfigurar nuestro derecho. Conocía las artes sutiles de ganarse la opinión y de aprovechar el acervo inmedible o incalculable de su erudición, para citar, de toda la historia política o de toda la historia del derecho, lo que fuera pertinente para el triunfo de su causa.

Gustaba de convertir la pluma en un florete. Ya en la liza, imaginariamente frente al adversario, la mente se le convertía en un imán, para atraer todos los datos, comparaciones, imágenes, recuerdos, que pudieran serle propicios. A medida que le iban llegando, los iba recogiendo donde estuviera, en su casa, en una visita, en la calle, y donde pudiera, en un sobre, en el revés de una carta, al margen de un periódico, porque no era para que se perdiera o se desaprovechara la visita de la inspiración, de la cita, del recuerdo, del símil. Luégo reconstruía, o simplemente leía, porque le había quedado redactado pulcramente, todo lo que llevaba escrito en un montón de papeles diminutos.

Fue un liberal de principios, de doctrina, devoto de quienes fueron llamados los hombres del Olimpo, que hoy serían denominados los oligarcas, recios varones de invencible carácter, de espléndido idealismo. Alcanzó a ser el hombre de confianza de uno de los más puros, del doctor Aquileo Parra. Por cierto que se fue para lo eterno, como se fue el doctor Diego Mendoza, sin haber continuado, sobre los documentos que los dos guardaban, la historia de esa vida integérrima, cosida a la historia del liberalismo y a la de la República.

Muchas otras cosas se llevó en el cerebro el doctor García Ortiz, que hubieran sido útiles para el país, reparadoras para algunos hombres, para otros exaltadoras, jugosas y amenas para la historia. No ha debido morir, pero ya que se murió, porque ante los designios de lo Alto no sirven los reclamos, ni las lágrimas, ni las súplicas de Sancho ante Don Quijote en el momento supremo de extinguirse, que soplemos el rescoldo del recuerdo, para que en él vuelva a alumbrar la llama de esa vida y entremos en comunión con ella, mientras nos llega la hora, para mí ni temida y acaso ni lejana, de ser también simple recuerdo!

Ese soplo, en este aniversario de tristeza, es el que ha hecho reincorporar al amigo, que aquí estoy viendo, rozagante, risueño, nervioso, cordial, levantando la mano, como lo hacía Sardou, para que no se le interrumpa, mientras se toma un vaso de agua, quitándose los lentes para mirar mejor en los ojos del interlocutor si es irónico lo que acaba de decirle, o soltando una de aquellas carcajadas inoportunas con que hacía un comentario de júbilo a algún cuento de color subido. ¡Aquí está para mi deleite, el doctor García Ortiz! Con su permiso, lector, yo sigo conversándole.

(*El Tiempo*, Bogotá, 4 de noviembre de 1946).

Antecedentes de la ley de honores

EXPOSICION DE MOTIVOS DEL REPRESENTANTE DIEGO TOBON ARBELAEZ

Honorables Representantes:

La Constitución Nacional ordena al Congreso honrar la memoria de los ciudadanos ilustres. Entre éstos ocupó lugar destacado el doctor Laureano García Ortiz, cuyo desaparecimiento es motivo de profundo duelo nacional.

García Ortiz es un ejemplar para todos los colombianos. Nacido en Rionegro de Antioquia, quiso a su ciudad con tan profundo afecto y con conocimiento tan exacto de sus glorias y significados, que su vida, aun alejado de ella, fue un constante alarde de afecto a su ilustre terruño.

Sirvió a la República cuandoquiera que le pidió la contribución de su inteligencia y su experiencia. Como miembro del Parlamento, como Ministro de Relaciones Exteriores y como Diplomático en variadas y múltiples misiones, García Ortiz fue siempre el hombre en función de la Gran Patria.

Amó los hechos y los hombres del pasado colombiano. Vinculado por la sangre a varones que contribuyeron a hacernos libres, de ellos le venía una corriente emocional con la que prolongó los méritos de sus mayores, haciendo el relato de las glorias y las vidas del pretérito. Fiel siempre a la verdad, en su defensa se enardecía, sin perderla de vista y sin dejar de ser el caballero que era por sangre y educación.

Escritor castizo y elegante, puso su pluma al servicio de las campañas patrióticas y del relato de las glorias de nuestro pasado.

Las academias lo hicieron su miembro, y en ellas su espíritu irradiaba sapiencia.

En todos los momentos, en las horas de adversidad como en las de triunfo, fue la más pura expresión de su raza, de su sangre. Como lo dijera él mismo en ocasión memorable, con sangre que le había dado Ríonegro, que él siempre honró, y que es sangre pura de Colombia.

Político, fue siempre el hombre de temperamento civilista, que ya en los últimos años de su vida escribiera el magnífico evangelio del liberalismo ríonegrero, del que siempre fue purísimo exponente. Nunca en las luchas políticas dejó de recordar que nada valen, si al adelantarlas hay olvido de la Patria, y de que en ésta se encuentra comprendido todo el pueblo del país.

Es así la vida de García Ortiz una de aquellas que en cumplimiento de la Constitución deben recibir el homenaje nacional. Nada mejor para hacerlo que vincular su nombre a una obra educativa y ordenar que su retrato se encuentre presente en la Cancillería, a la cual honró como su jefe y su representante, y en el Concejo de Río-negro entre los de muchos ciudadanos que desde allí dan testimonio a las generaciones sucesivas, de que la vida ha de ser permanente des-velo por los intereses generales, por el bienestar colectivo y por la permanencia de los valores tutelares de la República.

Son tan notorios los motivos de este homenaje, que extendernos en demostrarlo, sobraría. El Congreso, bien lo sabemos, dictará la ley que os proponemos, porque por justa es un deber de la Nación.

PONENCIA DEL REPRESENTANTE RAFAEL MAYA

Honorables miembros de la Comisión Segunda:

El proyecto de ley «por la cual se honra la memoria del doctor Laureano García Ortiz», es la figura justicia. Muy poco hay que agregar a la excelente exposición de motivos que lo precede.

Consignaré, pues, aquí, sólo algunas breves consideraciones.

Hay un aspecto muy noble y muy interesante en la persona del doctor Laureano García Ortiz, y es su colombianismo sin reservas. Fue un auténtico patricio a quien adornaron las mejores virtudes de nuestra raza, virtudes que él reflejó, a su vez, sobre el

medio social en que vivió, verificando aquella doble acción que es exclusiva de los grandes hombres: absorber los jugos vitales de la Nación, y devolverlos después en frutos espirituales. El doctor García Ortiz se nutrió de las más grandes tradiciones patrias, e hizo de ellas un verdadero santuario en su portentosa biblioteca, y aquella sabia asimilación en largos años de meditación y de estudio, vino a prestar después extraordinaria vitalidad a las páginas históricas que salieron de su pluma.

Porque el doctor García Ortiz es, por excelencia, el historiador. Tuvo de esta disciplina una conciencia sacerdotal y augusta. El enorme depósito de sus libros le dio la materia prima para esta clase de estudios; pero su rica sensibilidad de escritor, la amabilidad de su criterio, le suministraron el arte exquisito para fundir los materiales históricos, encontrar la conexión recóndita de los sucesos, pulir la aspereza de la documentación, disimular el ajetreo erudito, y hacer de la historia una creación viva y armónica, independiente como las propias obras de la naturaleza.

De allí una de las cualidades más sobresalientes del doctor García Ortiz como historiador, y es que siempre parece haber sido contemporáneo de los sucesos que narra: tanta es la frescura, naturalidad y realismo de sus relatos.

Tuvo preferencia el doctor Laureano García Ortiz por la figura del General Santander, y acerca del carácter de este ilustre prócer granadino escribió uno de sus más sustanciosos y fundamentales ensayos. Hoy es prácticamente imposible referirse al fundador de la República civil, sin acudir a las páginas del doctor García Ortiz en busca de orientación certera y de luces que hagan resaltar la fisonomía de aquel prócer.

Discípulo de Lord Macaulay, de Taine y de otros historiadores que supieron juntar el rigor positivista de la investigación con los primores de la creación artística, las páginas históricas del doctor García Ortiz impresionan fuertemente la imaginación, a causa de su colorido y movimiento, satisfacen a la inteligencia por la exactitud del análisis y hacen vibrar la sensibilidad por el calor patriótico que las anima y aun por ese timbre seco y resonante de polémica que muchas de ellas revisten, pues no hay que olvidar que el doctor García Ortiz fue también un hábil controvertista, y de su habi-

lidad dialéctica dieron cuenta el periodismo y la tribuna parlamentaria.

Pero no sólo en el campo histórico lució la inteligencia del doctor García Ortiz. La literatura colombiana le debe páginas intensas de interpretación literaria, crónicas sabrosas que recuerdan a los costumbristas de *El Mosaico*, gratisimas reminiscencias de tiempos viejos y de sitios abolidos, relatos anecdóticos llenos de gracia y de sabor local, en fin, una abundante y variada producción intelectual de diverso linaje, pero siempre de calidad excelente.

Para completar la efigie espiritual del doctor Laureano García Ortiz habría que hacer referencia a sus exquisitas cualidades de *causeur*, a sus modales de hombre educado en la diplomacia, a su aire físico imperioso y distinguido, y a sus casi legendarias aficiones de bibliógrafo.

Desempeñó el doctor García Ortiz altos y delicados cargos diplomáticos, y en algunos de ellos su gestión fue decisiva para las buenas relaciones del país con las demás repúblicas hispanoamericanas. En el desempeño de estas misiones puso el doctor García Ortiz sus talentos de internacionalista y su delicado tacto personal. Fue también miembro del Congreso Nacional en diferentes ocasiones, Ministro del Interior y publicista incansable en la prensa diaria. En todas estas actividades dejó la huella de su talento y de su probidad.

La larga vida del doctor García Ortiz nos permitió considerarle siempre como lazo de unión entre las épocas más grandes de nuestra historia y los tiempos presentes. Era un anillo de oro que sujetaba dos siglos de historia patria. Roto materialmente el anillo, formulemos los más sinceros votos porque la memoria del doctor García Ortiz siga manteniendo intacta la unidad nacional.

Por las anteriores consideraciones, os propongo:

«Dése primer debate al proyecto de ley "por la cual se honra la memoria del doctor Laureano García Ortiz"».

PONENCIA DEL SENADOR ENRIQUE CABALLERO ESCOVAR

Tenia Laureano García Ortiz una insaciable curiosidad intelectual. Doctorado en Ciencias Naturales y Agronómicas por el ilustre y fugaz instituto que dirigieran don Liborio Zerda y don Paco Montoya, fue banquero, aguerrido polemista en el periodismo, internacionalista de vasta ilustración, familiarizado con la intrincada maraña de litigios que crecía sobre nuestras fronteras y que él contribuyó decisivamente a resolver con amplio espíritu americano. Pero por encima de todo, fue un intérprete sagaz, documentado, vívido de la historia colombiana. En este campo inició la revisión de valores humanos y episodios pretéritos con tal penetración, con consagración tan ejemplar, con tan encendido fervor, que pudo darnos una visión singular y emocionante de la Patria, y especialmente una interpretación original de quien la modeló en su nacimiento, infundiéndole su sensatez civil, su obediencia a la ley, su severidad republicana: el General Santander.

Bastarían estos títulos para que el Congreso de Colombia honrara su memoria. Pero su personalidad excepcionalmente múltiple, cultivada en todos sus sectores, ofrece a la admiración muchos otros atractivos aspectos. Bibliófilo apasionado, su biblioteca, extensa como ninguna biblioteca particular en el país, era un inmenso arsenal de documentos, el coro silencioso de distintas culturas, el depósito de los más disímiles conocimientos. Su inteligencia paseaba señorialmente por ese universo sin fronteras con cierto despreocupado diletantismo que lo hubiera convertido en un turista de las letras si no tuviera un corazón inflamable y un sentido polémico que le movían a deducir sus propias tesis y a defenderlas con peculiar denuedo, y, sobre todo, si su amor a Colombia no le hubiera convertido en un estudiante desvelado de su trayectoria. Como el personaje de Goethe, sin embargo, prefería la vida a la confidencia de los pergaminos, y fue hombre de acción, agricultor, negociador diplomático, fundador de periódicos, presidente de bancos y gestor de ambiciosas empresas. Acaso el contraste de sus actividades, que lo salvaba del dogmatismo insaboro de los especialistas, su fresca y jovial intuición, la variedad de sus lecturas y una innata vocación antioqueña al relato movido y pintoresco, hicieron de don Laureano García un verdadero maestro de la conversación. Los hombres del

pasado despertaban y se movían en torno suyo cuando él los evocaba, y sus contemporáneos temían sus alusiones mordaces, que quedaban acuñadas de una vez y en circulación popular.

Este proyecto, concebido, según entiendo, por el doctor Diego Tobón Arbeláez y presentado a la Cámara por toda la Representación Antioqueña, créa, como homenaje a tan alto exponente de la cultura colombiana, una concentración escolar modelo en la ciudad de Rionegro, cuna del doctor García Ortiz, en cuyo Cabildo se ordena colocar un retrato del ilustre escritor y diplomático. No se trata, pues, de una de aquellas dádivas póstumas y vergonzantes, que en tantas leyes de honores, humillan más que exaltan la memoria de alguno de los grandes de la nacionalidad, cuando no de varones secundarios con parentela intrigante. Es una atinada iniciativa de orden cultural, para recordación de uno de los más cultos colombianos de los últimos tiempos.

Por ello me permito proponer a la Comisión Segunda del Senado:

«Dése primer debate al proyecto de ley “por la cual se honra la memoria del doctor Laureano García Ortiz”».

Algunos escritos del doctor García Ortíz

TEMAS COLOMBIANOS ⁽¹⁾

No me es desconocida vuestra benevolencia, y a ella me habéis acostumbrado, pues no es esta la primera ocasión de habérmela hecho patente con abundosa generosidad; no obstante, debo deciros que hubiera preferido no abusar de vuestra gentileza, pero el Gimnasio Moderno necesita hoy del concurso de sus favorecidos, y siendo yo uno de ellos, el más obligado y el más favorecido quizá, le traigo mi ofrenda en la única forma en que me es permitido.

Sería más eficaz y provechoso para el Gimnasio, más cómodo y expedito para mí y mucho más agradable para vosotros, que esa mi ofrenda no consistiera en una conferencia, es decir, en una charla, sino en un buen cheque, robusto y efectivo; pero nadie está obligado a dar sino de lo que tiene: unos traerán su dinero, ennoblecido por su limpio origen y dignificado por el fin a que se consagra; otros traeremos palabras, tan sólo palabras, huecas y vacías en mi caso, pero que una altísima Providencia, mirando sólo su buena y humilde intención, milagrosamente puede tornar en sustanciosas y fecundas.

Al considerar la dudosa calidad de esta mi ofrenda, viene a las mientes aquel exquisito cuento de todos conocido, y con el cual se ha hecho hasta el libreto de una ópera. Os daré de este tema una variante mía, un extracto, «un comprimido» como ahora se dice, naturalmente despojado, sobrado será decirlo, de la gracia inimitable e incoercible del cuento original:

(1) Conferencia a beneficio del Gimnasio Moderno, el 24 de septiembre de 1923.

En un monasterio de la Edad Media, de sabios benedictinos, en el cual se veneraba con ciencia, con piedad y con fervor a la Reina de los Cielos, se preparaban los religiosos con esmero y diligencia a celebrar la fiesta de la excelsa Patrona. Cada uno de ellos, según sus facultades, venía preparando su homenaje individual. El benedictino arquitecto había concluido, en encaje maravilloso de piedra, el gótico campanario, cuya aguja sublime subía a las nubes como queriendo llevar hasta las mismas plantas de María las plegarias de sus monjes. El benedictino escultor, del mármol más puro, más blanco, más inmaculado, había hecho surgir la más esbelta, la más aérea, la más inmaterial de las estatuas, destinada a ocupar la eminente hornacina que estaba esperándola en el ábside del santuario. El benedictino pintor, un precursor de Fray Angélico, otro «pintor de almas», había trasladado al lienzo, ayunando y pintando de rodillas en su celda durante ocho meses, la imagen celestial de la Hermana de los Angeles, y se decía en el convento que éstos bajaban a esa celda, por grupos y de noche, a admirar reverentes la exactitud del parecido. El benedictino miniaturista y calígrafo, con nítidas hojas de pergamino, formaba admirables devocionarios, cada una de cuyas páginas era obra maestra por el buen gusto y la limpieza del texto, por la delicadeza del dibujo y ornamento, por la riqueza y originalidad de las letras capitales, historiadas y floridas. El benedictino organista ensayaba ya en el órgano sonoro y profundo un *Stabat Mater*, que llenando de armonías inefables las altas naves de la iglesia y desbordando de ellas por las ventanas ojivales, hacían caer de rodillas y en éxtasis a los viajeros y peregrinos que por las cercanías transitaban. El gran teólogo del convento, lumbrera de la cristiandad, preparaba la magnífica oración, que a la luz de la más excelsa Teología, haría resaltar las excelencias y virtudes de la Madre del Redentor y que vendría a servir más tarde de texto, de tema y de modelo a oradores sagrados de las Edades venideras.

Es el caso que en tales días, un pobre saltimbanqui de la comarca, que en plazas y calles, en ferias y mercados, trataba de ganarse una vida que no era vida, por lo miserable, dura y trabajosa; que en las esquinas y encrucijadas extendía un pobre tapete raído, y sobre él, con pelotas, cuchillos y otras zarandajas, hacía pruebas, suertes y payasadas, para obtener por ello una que otra moneda de

cobre, ese infeliz, digo, muriendo de hambre y de frío acudió a las puertas del monasterio en solicitud de una plaza de lego, destinado a los oficios más bajos, pero no por ello menos necesarios. Al percatar el buen natural y la fe sencilla del solicitante, que se transparentaban en su humilde apostura, sus paternidades lo acogieron por caridad. Cuando Bernabé, que así se llamaba el juglar, se vio de lego, y advirtió todo lo que se preparaba en homenaje de la Patrona del convento, siendo él especialmente devoto de Ella, por no haberlo dejado morir de hambre hasta entonces y por haberlo librado por su gracia de caer en los latrocinios, bellaquerías y deshonestidades propias de la mayor parte de los titiriteros y farsantes, se entristeció mucho al considerar que nada podía él preparar en honra y gloria de su Protectora que fuese digno de Ella. Y su pena y desmedro se acrecentaban cada día, hasta que una noche, al servirles la cena en el refectorio a sus paternidades, les oyó contar cómo en tiempos pasados y en el mismo monasterio, se burlaban de un lego tan ignorante y pobre de espíritu, que tan sólo sabía rezar el Ave María, pero de cuya boca al morir, brotaron cinco rosas maravillosas y fragantes, lo cual reveló que tras de esa simpleza y esa ignorancia, existían una pureza y una santidad.

Ello pareció tranquilizar y consolar a Bernabé. Lo cierto fue que la noche víspera del gran día, el juglar desapareció del refectorio, y al llamarle y buscarle, alguien dijo que lo había visto deslizarse en la iglesia cerrada y solitaria. El Prior quiso ver lo que acontecía, y por una rendija pudo mirar que a la luz de la lámpara del santuario, Bernabé, en su viejo vestido verde de saltimbanqui, extendía al pie del altar el raído tapete de antaño, y con sus pelotas, cuchillos y zarandajas, parado en la cabeza y en actitudes y contorsiones inverosímiles, le ofrecía a la Virgen sus mejores pruebas. Y cuando cayó rendido y sudoroso en las gradas del altar, y cuando el Prior se aprestaba a llamar gentes contra el sacrílego, alcanzó a ver estupefacto que María Santísima descendía de su trono y enjugaba con su manto azul la frente del pobre Bernabé.

Sacrílego sería el asimilar en cualquier caso y para cualquiera cosa las personas o entidades que en ese cuento y en el presente caso reciben la ofrenda; pero entre la que rindió Bernabé y la que rinde vuestro conferenciante en este momento, sí es posible y fácil

encontrar no pocas similitudes: cada cual da de lo que tiene. Ex-
tiendo, pues, mi tapete ante vosotros y empiezo mi ofrenda o la
serie de mis ofrendas.

Principio por daros las razones que me han determinado a ele-
gir para estas conferencias algunos temas colombianos.

Hace muchos años, aún podía considerarme yo como muchacho,
y eso excusa mi pecado, ¡a Universidad Republicana se hallaba
bajo la dirección del eminente doctor Luis A. Robles, que preten-
dió hacer de tal establecimiento no sólo un semillero de hombres
instruídos, sino un crisol de elevados caracteres. Yo no pertenecía
a esa Universidad, pues en ese entonces yo había terminado ya mis
mediocres estudios escolares; pero había sido llamado a ella a dic-
tar una cátedra de Derecho y Práctica Mercantil, en reemplazo, por
poco tiempo, de un distinguido profesor. En esos días quiso el doc-
tor Diego Mendoza, ilustrado colaborador del doctor Robles, y su
reemplazo mientras éste estuvo en el extranjero, establecer una se-
rie de conferencias semanales, sobre temas varios, que condujeran
las preocupaciones intelectuales de los alumnos a campos de la
humana ilustración, cuyo conocimiento puede considerarse indis-
pensable para la completa formación de un hombre moderno, pero
que no figuran, y no pueden figurar, en los pénsumes ordinarios de
un colegio.

Fui invitado por el Rector a inaugurar una serie de tales confe-
rencias, y debo vanagloriarme que tuve por inmediatos sucesores
a José Camacho C., con una conferencia sobre el estudio de la His-
toria, y al doctor Aníbal Galindo, con otra sobre el Laudo español en
el litigio colombo-venezolano. Yo, al aceptar la invitación, elegí
como tema «El Renacimiento en Italia», y tuve la audacia de dic-
tarla. Su preparación me costó ingente trabajo, acudí a mis pocas
lecturas, agoté las pobrísimas fuentes que se encontraban a mi
alcance, exprimí mi escaso intelecto y salí del paso. Más tarde,
cuando tuve conocimiento de los trabajos especiales sobre ese tema
de Burckhardt y de Zeller, de Gregorovius y de Villari, de Clacsko,
de Gebhart y de otros tantos, me ruborizaba yo solo, en el silencio
de mi cuarto, al pensar a dónde me había conducido mi atrevida
ignorancia.

¿Por qué y para qué empeñarnos en labores ajenas y lejanas, ya hechas y coronadas por otros? ¿Por qué y para qué meternos en empresas que no nos tocan inmediata y directamente, cuando en su tierra natural y en su país propio ya las llevaron al cabo, pronto y bien? ¿Por qué y para qué gastar tiempo y esfuerzos en trabajos exóticos, para los cuales carecemos de las materias primas y de los instrumentos adecuados, y cuando nuestras propias cosas, aún no laboradas, solicitan nuestro interés y nuestra aplicación?

Es casi imposible el no sonreír compasivamente cuando llega a nuestro conocimiento que un estimable compatriota, no muy fuerte, que sepamos, en humanidades, y escaso en latines; extraño a los cánones y a las ciencias eclesiásticas; ajeno a la Teología y a la Filosofía también; poco ducho en las disciplinas históricas y en los conocimientos anexos hoy indispensables; reñido con las ciencias sociales y políticas o muy atrasado al menos; ayuno en las bellas artes y que no ha entrevisto un museo histórico europeo, que no ha asomado las narices a Roma y no ha visitado sino la Biblioteca Nacional de Bogotá, está empeñado y enfrascado hace largos años, con adorable y pueril ingenuidad, en escribir aquí la historia de los Papas.

De la extensísima bibliografía antigua y moderna de la Historia de la Iglesia y del Papado, que ella sola (la bibliografía, es decir, la simple enumeración de las obras relativas a eso) formaría muchos volúmenes, no citemos sino dos autores modernos: Leopoldo Ranke y Ludovico Pastor, ambos alemanes, el primero protestante y el segundo católico, que se educaron y recibieron el grado de madurez en las más ilustres universidades, verdaderos *scholars* y doctores (no de los que aquí se dan, silvestres y a granel), dueños y dominadores de las lenguas clásicas y de los idiomas vivos, juristas y diplomáticos en el verdadero sentido de la palabra, conocedores de los grandes centros de cultura y relacionados con las sociedades sabias, teniendo a su disposición y arbitrio las grandes bibliotecas europeas y los archivos nacionales; al primero, el Emperador de Austria le franqueó los riquísimos depósitos de los archivos venecianos; al segundo, el incomparable León XIII le abrió de par en par los archivos secretos del Vaticano.

Y con todos esos elementos, Pastor no ha osado entendiérselas sino con los Papas del Renacimiento, y Ranke no se atrevió sino con los Pontífices de los siglos XVI y XVII. Nuestro adorable paisano la ha emprendido desde San Pedro hasta Pío XI, y uno de los documentos de que dispone, según me lo han dicho, es un almanaque editado en Bogotá, hace algunos años, en la Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, en el cual, a modo de marco, se encuentra la lista o nómina de todos los Papas y anti-Papas y sus correspondientes retratos, naturalmente pequeñines y grabados en madera; pero todos muy auténticos y de exacto parecido, sobre todo el de San Pedro.

Estos retratos le han servido a nuestro historiador del Pontificado para establecer la psicología y el carácter de los Santos Padres por sus rasgos fisionómicos, y así le han resultado un Alejandro VI muy asceta, un Julio II muy manso y un León X pobre de espíritu.

Os parecerá tal vez que yo retíño el caso hasta lo grotesco, pero ya el solo intento de tamaña empresa es de un ridículo soberano.

Y ello cuando no se ha escrito la historia de las relaciones de la Iglesia y el Estado en Colombia, digo la historia verdadera, imparcial, no tendenciosa y partidarista; cuando no se le ha hecho ver al país lo que era en realidad el Patronato español y cuando no se le ha explicado la significación y consecuencias de que el General Santander, como Jefe efectivo del Estado en la Gran Colombia, pusiérase a ejercer tal Patronato como si fuera la Majestad Católica de España; cuando no se le ha revelado con qué arte de hábil diplomacia subterránea se condujo mansamente a los candorosos gólgotas de 1853, a renunciar a aquel Patronato y a proclamar la Iglesia libre en el Estado libre; cuando no se le han descubierto las verdaderas razones que movieron a la mayoría nuñista del Senado de 1880 a improbar el Concordato Camargo-Nina, por servir las miras y los intereses domésticos del señor Núñez, a pesar de lo cual se ha llamado a éste, con alguna impropiedad, restaurador de la paz de las conciencias en Colombia.

* * *

Veamos otro caso: un jovencito de muy buena familia, inteligente y estudioso, preparaba su grado de bachiller en filosofía y letras en uno de nuestros colegios oficiales. Para ese entonces figuraba él como miembro de una sociedad o Academia literaria cuyo personal lo constituían los alumnos aprovechados del mismo plantel. En una sesión solemne de tal Academia, ante un público benévolo y simpático, leyó una larga exposición de su cosecha contra la teoría darwiniana, en la cual exposición resultaban muy mal paradas la inteligencia y la competencia científica de Darwin. Entre las consideraciones de historia natural aducidas por el expositor contra la pretendida transformación de las especies, eran de oírse los salerosos sarcasmos con que desmoronaba al principio y derrumbó al fin la discutida personalidad del naturalista inglés, y era de verse la orgullosa satisfacción que revelaban los semblantes de sus parientes y amigos. Al día siguiente, un periódico piadoso y de buena fe decía en un suelto editorial: «Anoche, en la sesión solemne de la Academia Aristotélica, el ilustre jovencito don Fulano de Tal, en una luminosísima oración desbarató completamente ese torpe engendro llamado teoría de Darwin y lo enterró para siempre».

En esos tiempos, Darwin reposaba ya en la Abadía de Westminster, al lado de Newton y de Herschell, e Inglaterra había levantado en su honor el mayor monumento conocido a la gloria de las ciencias naturales, o sea el museo de South Kensington.

En realidad la teoría de Darwin no es una verdad científica, adquirida y demostrada; no es una explicación definitiva, lejos de ello, del desarrollo de la actividad vital organizada en este planeta. El mismo Darwin, creyente en Dios y a quien no hay que confundir con los materialistas alemanes, sus discípulos y sucesores, presentó su teoría modestamente, señalando sus fallas y deficiencias, apenas como un ensayo de interpretación del plan orgánico de la tierra y un método de estudio. Fue fecunda para la ciencia, no sólo por el cúmulo y calidad de las observaciones que adujo en su apoyo, y por las repercusiones que alcanzó en otros ramos de los conocimientos humanos, sino también por los admirables trabajos que en su contra provocó, entre los cuales

descollaron, primero los de M. de Quatrefages y los del Duque de Argyll, formidables adversarios de Darwin, y luego las originalísimas investigaciones de René Quinton sobre el origen marino de la vida y las leyes de constancia original, que quizá constituyen el golpe más rudo que haya recibido la doctrina de la variación de las especies. Pero la teoría de Darwin llegó a seducir y a atraer a altos espíritus en las ciencias y en la filosofía, y no faltaron eminentes escritores cristianos que buscaban ya los puntos de armonía y coordinación del concepto darwiniano con la historia bíblica y con la Teología.

Pero cuando los grandes sabios antidarwinistas no sabían cómo componérselas para rebatir aquel poderoso cuerpo de doctrina —donde menos se piensa salta la liebre—, apareció de improviso el bachiller bogotano, para dar en tierra con Darwin y todos sus secuaces, lo cual le hizo decir a nuestro inolvidable maestro Paco Montoya: «Darwin no sospechó jamás con quién se había metido»; y agregaba: «Ello me recuerda que en uno de nuestros pueblos, en tiempo de gran sequía, el señor cura hizo una rogativa impetrando del Cielo unos buenos aguaceros, y como no llovió en el tiempo y en la cantidad que en la comarca se deseaba, subió al púlpito y con extraordinaria energía lanzó este reto: “Desde hoy en esta parroquia nadie vuelve a oír misa, ni a confesarse, porque Dios no ha querido oírnos”. A lo cual un feligrés observó: «Me gusta este cura, porque así sabe Dios con quién se mete”».

Por lo demás, el joven bachiller a poco se dejó de Darwin, y más tarde encontró mejor para él, para su familia y para su patria, el estudio de la contabilidad y de la tintorería.

En serio, si a nuestros jóvenes bachilleres les gustan las ciencias naturales, deben dejar a Quatrefages, a Argyll y a Quinton el cuidado de refutar a Darwin, que quizá sepan hacerlo, y ellos obrar lo conducente para que no se repita el caso de que sea un alemán, el señor Schumacher, quien venga en un grueso volumen a hacernos ver la importancia de los trabajos en Colombia, de Mutis, de Caldas y de Codazzi.

En otro orden de materias, pero en caso semejante y curioso de la desorientación y de la falsa ruta a que somos propensos, debo recordaros que con los últimos tiros de la guerra ruso-japonesa de 1904 a 1905, cuando aún resonaba el estampido de los cañonazos de Mukden y el estrépito del hundimiento de Puerto Arturo, apareció impresa, aquí en Bogotá, por autor colombiano, la primera historia general que se publicaba en el mundo, de la tal guerra. Pareció cosa de brujerías u obra de los espíritus malignos, y no fue sino de un sabio General del Estado Mayor de nuestro Ejército. El tratado de paz que puso fin a esa guerra en el Extremo Oriente fue firmado el 6 de septiembre de 1905, y en los primeros meses de 1906 aparecía en la capital de Colombia esa primera y milagrosa historia de aquel complicado y largo conflicto. Para ese entonces los dos Estados Mayores de los ejércitos beligerantes no habían hecho conocer todavía sus informes respectivos. Las comisiones técnicas militares de las potencias europeas que habían seguido paso a paso, *in situ*, como testigos oculares, las operaciones bélicas, desde su iniciación hasta su fin, no habían publicado aún sus trabajos. Y cuando eso era así, ya los colombianos gozábamos de la *Primera historia general de la guerra ruso-japonesa* —así dice la portada— Bogotá—Imprenta Eléctrica, 1906—312 páginas y 3 mapas.

A pesar de que los métodos históricos modernos imponen la puntualización exacta de las fuentes y documentos que se explotan y las citaciones minuciosas y precisas, sobre todo en las obras de historia militar (véanse Houssaye, Hanotaux, Madelin, etc.), es piramidalmente interesante que esa nuestra admirable historia de una guerra no mencione sus fuentes ni puntualice una sola cita.

Todo nos hace creer que las historias completas, documentadas y autorizadas que hayan aparecido con posteridad en el Japón, en Rusia, en Francia y en Alemania, no confirmen ni concuerden con la de nuestro sabio y diligente compatriota, de otra suerte estaríamos en presencia de uno de los fenómenos más estupendos y misteriosos con que haya tropezado el hombre. Pero aun en el caso de que el General colombiano resultara favorecido con un dón sobrenatural de clarividencia y adivinación, Colombia le habría agra-

decido más, y su nombre perduraría con mejores títulos, si ese maravilloso esfuerzo, explotando nuestros inéditos archivos y nuestras conocidas fuentes, lo hubiese aplicado a mostrarle a la América y al mundo, en forma científica y moderna, cómo condujeron Bolívar y Sucre la increíble campaña militar que llevó los Ejércitos colombianos a sellar en Ayacucho la independencia de un Continente.

Casos como éste, muestras de la intemperancia enciclopédica de nuestra tierra, fueron los que inspiraron al espiritual Alejandro Vega, el recordado Tuerto Vega, este famosísimo soneto, digno de la Antología:

*Cifra y compendio del saber humano,
De artes y ciencias perennal derroche,
Tú serás de los sabios el reproche
Y sólo de Reclus la diestra mano.*

*Spencer ante ti fuera un gusano,
Laplace un Endimión de medianoche,
Rufino José Cuervo un gran fantoche,
Y hasta Leroy-Beaulieu saliera enano.*

*¡Quién pudiera por arte portentoso
Tornarte en epitome sencillo,
Portátil, consultable, sentencioso,*

*Para saber las ciencias al dedillo,
Y en vez de un Pierre Larousse voluminoso,
Llévarte encuadernado en el bolsillo!*

Y no vaya a creerse que yo pretenda y quiera que nos encerremos dentro de nuestros muros, tapiando los ventanales sobre el mundo exterior, bastándonos a nosotros mismos, buscando únicamente en nuestras propias cosas alimento para nuestros espíritus y soñando con una cultura magra e insípida, aderezada por nuestras solas manos y condimentada con nuestros solos cerebros.

Todo lo contrario, debemos abrir de par en par las puertas de nuestras murallas, debemos asomarnos de día y de noche a nuestras almenas, debemos mantener vigías permanentes y echarnos fuera a verlo y escucharlo todo, a recoger y espigar cuanto

necesitemos y nos haga falta, para elaborarlo y adaptarlo a nuestro propio bien. Pero no nos conviene ni nos corresponde salir a fabricarles mal a los otros sus propios artefactos, ni a trabajar como concertados por cuenta y en provecho ajeno, cuando nuestra casa y solar carecen de jornales.

Si salimos fuera, en cuerpo o en alma, a estudiar el Renacimiento italiano, que sea para poner en contacto nuestro espíritu con los espíritus superiores que entonces florecieron y ennoblecieron la especie; que sea para refinar nuestra cultura; que sea para desarrollar en nuestra sensibilidad el instinto de lo bello; que sea para fijar en nuestra retina y en nuestro recuerdo visiones indelebles de arte sublime; pero no para rehacerles a los florentinos la biografía de Leonardo de Vinci, ni para plagiarles a los romanos sus descripciones de la Catedral de San Pedro.

Si nos ponemos a estudiar la formidable historia religiosa, política y diplomática del Pontificado romano, que sea para darnos cuenta de las causas, accidentes y episodios del muchas veces secular conflicto entre güelfos y gibelinos, entre el Emperador y el Pontífice, entre la Iglesia y el Estado; que sea para que nuestros hombres de gobierno, civiles o eclesiásticos, puedan apreciar a la luz de la doctrina y de la historia la respectiva situación de ambas entidades en la evolución de nuestra propia historia; que sea para que nuestros expositores y escritores públicos puedan mostrar con acierto y equidad los límites de la esfera de acción de ambas potestades, y decir hasta dónde van los derechos inmanentes del Estado y hasta dónde llegan las prerrogativas espirituales de la Iglesia; que sea para que nuestros juristas en los ordinarios conflictos de jurisdicción, puedan ver con claridad por dónde va la línea divisoria entre la Constitución y leyes de la República y las disposiciones canónicas; que sea para que nuestros diplomáticos sepan definir el campo y colocarse en el plano donde sea posible el acuerdo práctico que resguarde al propio tiempo la soberanía intangible de la nación y la paz inviolable de la conciencia individual, sin el regalismo de Carlos V, sin el galicalismo de Luis XIV, sin los artículos orgánicos de Napoleón, pero sin la anacrónica teocracia de García Moreno, de se-

guro nunca solicitada espontáneamente por la Iglesia, pero siempre ofrecida por los ambiciosos o los hipócritas que de ella quieren servirse, y, por último, sin la maliciosa e interesada condescendencia del doctor Núñez. Pero no para ponernos nosotros mismos a escribir sin elementos la historia de la Iglesia, para hacer infinitamente mal lo que ya está hecho infinitamente mejor por hijos o por adversarios de la misma Iglesia.

Si queremos profundizar el estudio de las ciencias de la naturaleza y de las artes que nos enseñan a dominarla, que ello sea para conocer la contextura de nuestro suelo, el carácter de nuestros climas, el aporte de nuestros tres reinos, las fuentes de nuestra producción y las posibilidades de aprovecharlas; que ello sea para saber, por nosotros mismos, dónde se hallan nuestros carbones y petróleos, nuestro oro y nuestro fierro; por dónde y cómo se hacen nuestros caminos, y de qué manera se combate el flagelo de nuestras enfermedades. En una palabra, cómo se trabaja y aprovecha la tierra colombiana y cómo se fortifica y multiplica el hombre colombiano. Pero no para acrecentar la pretensión y la vanidad de nuestros muchachos, haciéndoles creer que ya pueden refutar a Darwin y revelarnos el plan del Universo.

Ahora más, en el caso de guerra entre naciones, sigamos paso a paso el desenvolvimiento del conflicto, estudiémoslo en sus orígenes y en sus consecuencias, démonos cuenta de la solidaridad del mundo en sus intereses políticos y económicos, calculemos cómo el triunfo de uno de los beligerantes, por vinculaciones ya conocidas o imprevistas, puede acrecentar la fuerza relativa de uno de nuestros adversarios o émulos; cómo el triunfo del otro beligerante puede afectar los mercados de nuestros productos o acrecentar en ellos el poder adquisitivo de nuestra moneda; cómo por el resultado de la lucha puede dislocarse el eje de nuestra política internacional o cambiarse el centro de gravedad de nuestros intereses económicos. Todas estas cosas y muchas otras nos deben encontrar listos para preverlas, y ágiles para tomar ante ellas la postura que nos convenga; pero no para ponernos a narrar puerilmente, antes que los Estados Mayores beligerantes, las peripecias de una lucha dirigida por ellos y para nosotros ignorada.

* * *

Y de que nos conviene para nuestras cosas el preocuparnos de las ajenas, pero no como fin sino como medio, en primer término, de servirle a Colombia, quiero ensayar un ejemplo.

En presencia de las grandes conmociones políticas internas que hoy cambian la fisonomía de las repúblicas y de los imperios, no debemos perderlas de vista un solo instante; pero cuidando celosamente de no situarnos en punto de vista que nos disimule o nos deforme el espectáculo. Aunque se afecte cruelmente nuestra sensibilidad, por lo que ha pasado y pasa en la Rusia roja de hoy, guardémonos de creer que tamaña hecatombe pueda ser el efecto de la perversidad de unas docenas de malvados. La acción para el mal es necesariamente limitada, más limitada que la acción para el bien. Cualquier cosa que digan ciertos pesimistas o ciertos miedosos, es lo cierto que el bien es mucho más fecundo que el mal; porque el bien es una afirmación, y el mal es una negación; porque el bien es el verdadero destino de las cosas y de los hombres, y el mal es la dirección contraria a ese destino. Todos los Thugs o estranguladores de la India, adoradores de Kaly, la diosa de la destrucción, no alcanzaron a hacer tanto mal como bien han podido hacer unas dos docenas de Hermanas de la Caridad.

Un criminal puede ponerle fuego a un potrero, y con ello hacer arder un hogar y perecer una familia; pero unos miles de malvados no podrán nunca ser causantes de una catástrofe equivalente al terremoto que asoló al Japón en estos días. Asimismo, un extraviado, un fanático, puede asesinar a Enrique IV o a Lincoln; pero un millar de perversos no puede causar la revolución rusa. No los hechos individuales, sino la revolución misma, es un enorme fenómeno sociológico, que obedece a causas profundas y lejanas, no sólo rusas sino universales.

Asimismo, el fascismo italiano no es la obra de Mussolini, por capaz y enérgico que se le suponga, ni un movimiento significativo de que el mundo político retroceda a formas de gobierno arbitrarias y discrecionales, ya desechadas por la civilización. Es el movimiento de reacción inevitable y fatal, contra los métodos anarquistas, contra la propaganda por el hecho de las escuelas bolcheviques. El le-

galismo de los gobiernos impedía que al hecho se contestara con el hecho; y como los anarquistas estaban en pie de guerra, y ejecutaban actos de guerra, y habían declarado la guerra, y los gobiernos, dentro de la legalidad, no tenían medios semejantes y equivalentes para defender el Estado social que representaban, este Estado, bueno o malo, movido por el instinto de conservación y por el derecho de defensa, acudió al fascismo, para hacer cesar o para resolver una situación anómala y absurda.

Pocos países como Colombia están en la posibilidad de contemplar esos fenómenos con más imparcialidad y provecho, pues nada lo obliga todavía a inclinarse en uno u otro sentido, a optar entre esos dos conceptos tan antagónicos. El error consistiría en buscar remotas e imposibles similitudes entre esos conceptos y nuestros informes partidos políticos, en tratar de adivinar qué dirán don Mariano Ospina Rodríguez de la revolución rusa, o don Manuel Murillo Toro de la reacción italiana. Yo no creo que digan nada; pero a juzgar por las ideas y los principios que profesaron, se encontrarían ellos dos en singular acuerdo: el doctor Ospina, como fue un economista de la más pura escuela clásica, abominaría del comunismo ruso; y como fue un republicano legalista, que jamás se arrepintió de su actitud contra la dictadura del Libertador, repudiaría también a Mussolini. El doctor Murillo, como fue uno de los más puros e irreductibles liberales individualistas de mediados del siglo XIX, no aceptaría ni muerto la absorción total del individuo por el Estado practicada ahora por el colectivismo de Lenine y de Trozky, y como fue un célebre demócrata anticesarista, sería igualmente enemigo del Jefe del fascismo.

Y como el doctor Ospina y el doctor Murillo fueron ambos exponentes representativos y auténticos de los dos partidos históricos colombianos, y ellos dos estarían de acuerdo para juzgar inaceptables los dos conceptos antagónicos de Lenine y de Mussolini, los liberales y conservadores colombianos que todavía comulguen en las ideas de aquellos próceres deben encontrarse en una plena libertad de espíritu para juzgar y apreciar esas dos fórmulas que, hoy por hoy, se combaten en el mundo.

Y estas consideraciones nos llevan a una conclusión lógica pero inesperada. Si los dos partidos políticos colombianos resultan de acuerdo para no aceptar ninguna de las dos fórmulas opuestas, entre

las cuales se divide hoy la opinión del mundo: la bolchevique y la fascista, es porque entre esos dos partidos colombianos no hay, o no debe haber, diferencia sustantiva y esencial para el gobierno y dirección de Colombia.

Y ello es así: Colombia es hoy un conglomerado de republicanos, divididos tan sólo por métodos administrativos, por un falso prejuicio religioso o irreligioso y por algunos malos recuerdos pasionales. En mi sentir, yo creo saber dónde reside la causa de aquel falso prejuicio, que es lo principal; pero no es el momento ni la ocasión de dilucidarlo.

De todos modos, debemos reconocer que en política, hoy por hoy, no dividen a los colombianos conceptos francamente divergentes. ¿Esto es un bien o un mal? No podría yo decirlo. Yo no puedo desear que haya causas de desunión y discordia ente los colombianos; pero en toda colectividad humana, donde desaparezcan las diversas tendencias ideológicas, surgen las tendencias personalistas, más intensas, más odiosas y más implacables. Para que ello no sea así se necesita que la colectividad sea muy grande, muy próspera y muy ilustrada, como los Estados Unidos, donde las personas, por altas que sean, desaparecen en la masa. El día que nuestros partidos tradicionales hayan desaparecido, podemos seguir llamándonos liberales y conservadores, pero en el hecho no seremos, como en un país vecino, sino castristas o gomistas, y entonces la antigua y noble Nueva Granada, país de ideas, habrá desaparecido.

Pero si esto fuere así, si nuestra evolución sociológica nos conduce a la esfumación de nuestras divergencias tradicionales, no cerremos los ojos y busquemos la manera de acomodar ello al mejor servicio de Colombia, ya que los partidos políticos no son fines, sino medios de servirle a la Patria.

En tal caso, es preciso aclarar y resolver el problema religioso, que no versa sino sobre un prejuicio, y los prejuicios son malas inteligencias, y las malas inteligencias son peligrosas, porque dan nacimiento a situaciones anómalas que no corresponden a la realidad y que por ello buscan su solución violentamente.

La observación del presente, unida al estudio del pasado, son las dos muletas que los países necesitan para llenar sus destinos armoniosamente; por ello os invito respetuoso a una serie de con-

versaciones históricas sobre asuntos colombianos, que sólo con vuestro concurso pueden redundar, al menos, en beneficio del Gimnasio Moderno.

Ese Gimnasio Moderno, ensueño realizado de espíritus selectos y desinteresados, en el cual encarnó el más puro ideal humanitario y patriótico, hogar de alta y noble cultura, laboratorio de almas finas y fuertes, semillero de verdaderos colombianos, tales como los necesita y requiere el orgullo nacional, ese Gimnasio Moderno, cuando ya ha dado frutos, cuando ya su símbolo, conocido y simpático, ondea en los aires y pone regocijo en los corazones, está a punto de desaparecer por falta de medios materiales de subsistencia. Con él desaparecerán grandes esperanzas, grandes certidumbres y grandes realidades. Espanta el pensar que se volatilice así el enorme cúmulo de esfuerzos materiales, morales e intelectuales que el Gimnasio representa. Al hacerse trascendental esa noticia, la alarma cundió entre los buenos corazones y entre los espíritus reflexivos. Unos decían: «¿Cómo puedo yo convenir en que mis niños menores no se formen y eduquen como los mayores, que son la tranquilidad de mi vida y en quienes reposan todas mis complacencias?» Otros decían: «Yo no tengo hijos en el Gimnasio, pero tengo hijas en mi hogar, y yo deseo que ellas mañana encuentren en el mundo jóvenes como éstos, que respeten su recato, cuiden de la delicadeza de sus almas, cultiven sus espíritus, sean sus amigos leales, sus camaradas alegres o sus fieles y sólidos compañeros». Y otros, aún más desinteresados y más lejanos, movidos tan sólo por el interés colectivo, han dicho: «Es imposible que dejemos acabar esa fábrica de renovación social y moral, ese almacigo de juventud modesta, sin odios y sin vicios».

A las primeras llamadas todo el mundo acudió; parecía conjurado el peligro en presencia de tan buenas voluntades. Se puso entonces el problema en manos expertas y activas, las cuales estimaron que si todos esos buenos ofrecimientos se convertían en hechos tangibles, el Gimnasio no moriría; y contando con ello, se combinó el plan práctico de su existencia. Ha llegado, pues, el momento de realizar todas las promesas, de traducir en actos las generosas intenciones.

Así os lo pido con la emoción que me embarga, la cual no podéis extrañar: estoy vinculado al Gimnasio Moderno por una inmensa gratitud, por dos sonrosadas esperanzas, por una evidente realidad y por una tumba....

LAS VIEJAS LIBRERIAS DE BOGOTA

LECTURA HECHA CON OCASIÓN DE LA PRIMERA FERIA DEL LIBRO EN BOGOTÁ

Al ser amablemente invitado a prestar mi opaco concurso a la Feria del Libro, he creído que tal podría ser la ocasión oportuna de fijar mis recuerdos sobre los establecimientos de librería de la capital de Colombia, que empecé a frecuentar desde temprano en mi vida de estudiante, la que, por lo demás, no se ha cerrado todavía y que perdurará, mediante Dios, hasta mi último aliento, pues nunca he sido otra cosa, al través de las muy diversas experiencias de mi vida, que un mediano estudiante en cuanto a aprovechamiento, y bastante bueno en cuanto a constancia.

Desde muy niño fui lector curioso y asiduo. La atracción de los libros era la más fuerte y constante que experimentaba mi espíritu. Mi vida infantil se imponía sacrificios de apetitos y diversiones, por conseguir un libro. En ocasiones me abstenía de fiestas, de regocijadas empresas de amigos y camaradas, por quedarme con aquellos fieles y silenciosos compañeros de mis horas estudiosas. Mi guardarrropa podía hallarse escaso y maltratado, pero mi pequeña biblioteca se acrecentaba con una nueva docena de volúmenes o con un nuevo y ordinario estantillo de pino pintado de negro. Nada de eso era por severa virtud ni por austeridad de costumbres. Ni una ni otra cosa pude pretender jamás: ello no hubiera correspondido a mi temperamento. Era tan sólo por satisfacer una curiosidad espiritual desahogada. Pero debo reconocer que a ello presidía cierto plan o cierto método. Mi biblioteca no se acrecentaba por aluvión fortuito, por casuales aportes: crecía por selección, por «afinidades electivas», lo cual me libró de ser un bibliómano. Puedo haber sido un bibliófilo, un aficionado, lo que es cosa muy distinta.

* * *

Cuando yo empecé mis estudios, existían en Bogotá apenas cuatro librerías: la de don Fidel Pombo, en los Portales o antiguas Galerías de la Plaza de Bolívar, devoradas como veinte años después por un espantable incendio. Esta librería era pequeña, muy pulcra y arreglada. Como muy digno hijo de don Lino de Pombo, don Fidel sólo introducía obras de ciencias exactas —teóricas y aplicadas— y de ciencias físicas y naturales. Ella fue, al principio, la de mi predilección, por afinidad con mis estudios de entonces, y en la que hice mis primeras adquisiciones. El modesto dependiente del señor Pombo era entonces Roberto Mares, a quien la suerte tornó mucho más tarde en el afortunado dueño de la Concesión Mares, primera reveladora de nuestra riqueza petrolífera. ¿Sólo por haber trasegado, sin siquiera leerlos, aquellos libros de mineralogía, de geología y de paleontología, Mares pudo agarrar al paso el único cabello de esa calva ocasión? Misterios del Destino.

La librería de don Fidel Pombo, muchos años más tarde, pasó a ser propiedad de don Tadeo y don José de Dios Castro, asociados a don José Joaquín Guerra, quienes la trasladaron a la esquina de la calle 10 con carrera 8.^a, bajos de la casa antiguamente de don Sixto Durán, y quienes ampliaron el negocio modernizándolo con buen gusto y buen criterio; pero se retiraron del negocio al poco tiempo, en un local de la calle 12.

* * *

Situada en los mismos legendarios Portales se encontraba la Librería Barcelonesa, de Soldevilla y Curriols, sucesores de una más antigua, quizá de Capdevila. Era la de comercio más activo en ese tiempo y atiborrada de ediciones de aparente lujo (tela roja ornamentada y cortes dorados) o francamente económicas (para el editor barcelonés, no para el consumidor bogotano). En tales ediciones mediocres y bastante incorrectas, ponía al alcance de nuestros lectores poco exigentes, algunos de los libros consagrados por la cultura humana, pero al lado de ellos inundaba el mercado con producciones de una literatura barata, propagadora del peor gusto, capaz de inficionar toda una generación. Novelas francesas folletinescas de Paul Feval, de Ponson du Terrail, de Xavier de Montepin, de Gaboriau. Novelones españoles de Manuel Fernández y González (el menos malo), de un Enrique Pérez Escriche, de un

Antonio de Padua, y de otros aún más desconocidos, y todos detestables.

En la Barcelonesa se abría el apetito de las pobres imaginaciones con toda clase de *misterios*: *Los misterios de Romo*, *Los misterios de la Inquisición*, *Los misterios del Escorial*, *Los misterios del lechó conyugal*, *Los misterios del arte culinario*. Si prescindían de tantos misterios y sólo dejan los de la cocina, los lectores colombianos habrían resultado gananciosos, no sólo en sus intelectos sino también en sus estómagos.

Aún más: el catalán Curriols, sin criterio científico, ni moral, ni artístico, no era un verdadero librero profesional, profesión calificada desde tiempos antiguos entre las nobles, sino un mero comerciante de libros, que sin escrúpulos ni tapadijos satisfacía los gustos pervertidos de los muchachos con las más apestosas pornografías. Así convertía la noble función social de fomentador e intermediario de las relaciones espirituales entre los hombres, en oficio rufianesco.

Una especialidad de la Barcelonesa eran sus pésimas traducciones. Libros originales de otras lenguas, resultaban poco menos que desconocidos en las versiones españolas que propinaba a sus clientes la industria editorial peninsular. De seguro que eran traductores a destajo, a peseta el pliego, los míseros fautores de tanto estrago. Hasta los títulos de los libros los vertían con extravagancia grotesca. Se les ocurrió que la *Madame Bovary*, de Flaubert, se llamara en español: *Adúltera!*, y que la artística fantasía de Theophile Gautier, *Mademoiselle de Maupin*, se titulara *¿Hombre o hembra?*, tan sólo para hacerlos perversamente llamativos. Si esto era tan sólo en el título, puede colegirse cuál sería la adulteración, la mutilación, el estropeo del texto. Y así dizque traducían a Lamartine, a Victor Hugo, a Renán, a Taine. Algunos letrados bogotanos creían cándorosamente conocer estos autores al través de esas traidoras traducciones, aunque Lamartine les resultara inferior a Forero Salazar, Victor Hugo a don Peregrino Sanmiguel, Renán escasamente equivalente al doctor Ledezma, y Taine a Constancio Franco. Por ello, sin duda, en aquellos tiempos, un amigo mío, convaleciente de una fiebre tifoidea, hablándome de sus obligadas lecturas en la cama, se mostró muy fastidiado con un libro, según me dijo, «de un tal Flaubert», sin pecatar que el tal Flaubert es uno de los príncipes de la

literatura francesa, y su *Madame Bovary* una de las obras maestras de la literatura universal.

No recuerdo haber adquirido en la Barcelonesa sino las obras de Julio Verne, en la popular e ilustrada edición de Gaspar y Roig, que los niños devorábamos con tanto gozo y provecho; y algunos de los pequeños tomos de la Biblioteca Universal, útil, simpática y bien dirigida selección de las obras maestras mundiales.

Hago memoria de un caso divertido que pude presenciar en la Librería Barcelonesa. En tal ocasión se presentó allí un caballero muy conocido en Bogotá, muy acaudalado, muy satisfecho y engreído de su fortuna, de poco meollo y que mucho ignoraba su propia ignorancia. Se distinguía mucho del resto de los humanos por sus chalecos muy vistosos, sus riquísimos alfileres de corbata y una cadena de reloj, la más pesada, gruesa y cargada de sellos, dijes y cachivaches que jamás se viera. Era pues hombre muy distinguido...! Gustaba de hablar recio, para que todos le oyeran, y así le dijo al catalán:

—En la casa que estoy acabando y que para Bogotá es un verdadero palacio, mandé hacer para mi despacho una biblioteca muy grande, de nogal tallado, que me costó seiscientos pesos. Tengo que llenarla de libros, y para eso necesito seis hileras cada una de este largo (y mostró un hiladillo rosado como de cuatro o cinco metros), y de esas seis hileras de libros, una hilera debe ser de los más grandes que usted tenga, tres hileras de medianos, comunes y corrientes, y dos hileras de pequeñitos. Prefiero de estos hermosos, de pastas rojas y doradas....

Al catalán le brillaron los ojos, y fue de verse la actividad que desplegó en el inmediato arreglo del enorme lote, en que pudo colocar todo aquello que hasta ese venturoso día no había hallado cliente tan fácil, fastuoso y desinteresado por lo que los libros tuvieran por dentro.

Para mí ese establecimiento carecía de interés, y en su última época no puse allá los pies.

El día menos pensado el activo catalán se marchó del país, habiéndose dicho por las malas lenguas, que con los libros importaba de Barcelona ciertos productos litográficos cuya fabricación y expendio los tenía exclusivamente reservados el Banco Nacional. Más tarde las existencias de libros que quedaron aquí de la Barce-

lonesa, ennoblecieron de sitio y de dueño, pues sin duda revisadas, desinfectadas y esterilizadas, pasaron a un local en el atrio de la Catedral y a poder de los señores Caros Castro, que con esa base abrieron una nueva librería que duró poco.

La librería de Curriols tenía en su puerta, como enseña, un enorme libro de lata pintada, que una noche de gran juerga un grupo de bohemios, presidido por el gracioso Paturro Suárez, descolgó de su sitio para ser enviado al gran bibliófilo doctor Juan Manuel Rudas, con una carta en la que se le ofrecía el único ejemplar del único libro que faltaba en su biblioteca.

De paso diré que el doctor Rudas fue hombre muy inteligente, muy ilustrado y de gran biblioteca. En ella fue encontrado muerto como Petrarca: sentado ante su mesa de trabajo, con la frente descansando sobre un volumen abierto.

Como hombre de estudio fue víctima de la mala calidad de las ediciones barcelonesas de ese tiempo. Por ello sufrió una tardía decepción, ya no reparable. Educado filosóficamente en Tracy, quiso rehacer o reevaluar tales doctrinas a la luz de Darwin, de Huxley, de Spencer. Pero leyó a éstos en las versiones fragmentarias e infieles de Barcelona, y tarde vino a saber que no se había puesto en contacto con el verdadero pensamiento de los directores de la teoría evolucionista. Yo no creo, por otra parte, que él hubiera alcanzado su intento, ya tan tarde, aun cuando hubiera podido leer tales obras en sus textos originales. Para iniciarse tanto en la filosofía escolástica de Santo Tomás y sus derivaciones como en la sensualista de Condillac y Tracy, bastaban los estudios serios de humanidades. Pero para iniciarse en la filosofía moderna, no del todo bien llamada positiva y experimental, la preparación indispensable es el estudio de las ciencias naturales y biológicas y la posesión de sus métodos y procedimientos. Sin ese cimiento, mal se entenderá no sólo a Spencer sino a Bergson, y esa deficiente preparación es la causa de algunas indigestiones intelectuales que aquí se han exhibido.

El doctor Rudas, de sólidos conocimientos jurídicos e históricos, no tenía los requeridos para rehacer en los últimos años de su vida, con la honradez que siempre caracterizó sus trabajos intelectuales, el sistema de sus opiniones filosóficas.

* * *

La Librería Americana, la del insigne don Miguel Antonio Caro, era otra de las que funcionaban en ese entonces, en un local que ya no existe, en la calle 12, amplio almacén en los bajos de la casa que fue de don Aurelio París, luego del Gun Club, más tarde de la Compañía Colombiana de Seguros y hoy magnífico edificio de almacenes y oficinas, uno de los que son propiedad de Camacho Roldán y Compañía. Más tarde se trasladó a la cuadra siguiente de la misma calle 12, hacia el oriente, la de la Rosa Blanca, en espacioso local de la casa del General Julio Barriga, hoy también transformada. Y más tarde todavía se mudó a la calle 14, en la proximidad del templo protestante, donde cambió de dueño.

Uno de los dependientes del señor Caro fue Gregorio Gutiérrez Isaza, mi condiscípulo de primeras letras en Medellín, que murió muy joven, amable y bueno como el pan, e hijo del gran poeta de la Montaña el glorioso Gregorio Gutiérrez González. El otro dependiente, que a la vez adelantaba sus estudios, era José Vicente Concha, dueño más tarde de la librería y al fin Presidente de Colombia. Bien se ve que iniciar las actividades de la vida, como empleado de librería, no es obstáculo para llegar a altos destinos: Mares llegó a millonario y Concha a Jefe del Estado.

Quien conoció a Caro puede colegir lo que significaba la Librería Americana mientras fue suya, y lo que allí se encontraba: los clásicos en general, en las mejores ediciones posibles en el comercio, en los textos originales o en las versiones más autorizadas, especialmente en la *Biblioteca Clásica*, utilísimo esfuerzo editorial de España. La gran *Biblioteca de autores españoles de Rivadeneira*, de la que el mismo Caro decía que había hecho más ciegos que sabios, a causa de sus innumerables y grandes volúmenes y de su tipo compacto y menudo. La preciosa y abundante *Colección de escritores castellanos*, en la que figuraban dos o tres colombianos. La simpática *Colección de autores españoles*, hecha en Leipzig por Brockhaus.

Por de contado, allí aparecían los afamados escritores contemporáneos de España: Trueba y Fernán Caballero, Selgas y Alarcón, Pereda y Pérez Galdós, Valera y la Pardo Bazán, Campoamor, Núñez de Arce y Bécquer, Balmeş y Menéndez Pelayo. Algunos libros

de polémica o controversia religiosa, algunas obras pedidas por encargo de la clientela académica y sacerdotal, y pare de contar.

La Librería Americana comenzó a editar aquí, sin duda con provecho para ella y muy positivo para el público, algunas producciones españolas, a lo que puso fin el deplorable tratado de propiedad literaria celebrado por el señor Quijano Wallis, quien murió creyendo que había hecho una gran cosa.

En esa Librería Americana fui comprando, a la medida de mis posibilidades, los diversos tomos (que se vendían sueltos) de los *Ensayos literarios, históricos, políticos y críticos* de Lord Macaulay, contentándome con la magnífica traducción al español de Juderías Bender, que hace parte de la biblioteca clásica, y deleitándome en su lectura, mientras más tarde pude conseguir la edición inglesa en la Librería de Jorge Roa. Desde muy niño, en Medellín, mi maestro de inglés, don Tomás Herrán (una de las personas que he querido más en la vida), ilustre hijo del General Herrán, nieto del General Mosquera y padre de excelsas y santas mujeres, verdadero *scholar*, a quien le tocó en suerte firmar el tratado Herrán-Hay entre Colombia y los Estados Unidos, y para quien, por ello, pidió la horca un energúmeno, obseso, profesional de «patriotismo», de cuyo nombre no quiero acordarme, aquel mi amado y cultísimo maestro, patriota verdadero por sangre, por cultura y por sentimiento, me hacía recitar el párrafo famoso de Lord Macaulay sobre el Pontificado romano, y me lo hacía escribir al derecho y al revés. Cuando pude leer uno a uno sus *Ensayos* completos, aquello fue una revelación, y un estímulo, y marcó una etapa en mi vida espiritual. En Inglaterra se dice que después de la Biblia el libro más leído en inglés ha sido la obra de Macaulay. Para los hispano-parlantes, la lectura de Macaulay en inglés es fácil, porque él y Gibbon son quizá los más latinos de los grandes escritores ingleses. No así el difícilísimo Carlyle, que es sajón hasta la entraña. Mi primera y muy viva simpatía por Taine despertó el estudio que consagró a Macaulay en su *Historia de la literatura inglesa*. Un muy inteligente escritor colombiano y muy amigo mío, el Maestro Sarin Cano, escribió hace largos años, en *El Telegrama* de Jerónimo Argáez, un artículo contra Macaulay, dejándose arrebatar del mismo apetito iconoclasta que arrastró a Emilio Faguet a atacar a Victor Hugo.

Aquel atentado me ofendió personalmente. Macaulay, con lazo de simpatía, me ligó a la Librería del señor Caro.

* * *

La Librería «Torres Caicedo», de propiedad del General conservador don Lázaro María Pérez, luego asociado a su activo y laborioso hijo don José Joaquín Pérez, se llamaba como queda dicho, en honra del escritor y diplomático don José María Torres Caicedo, a quien sin duda le General Pérez profesaba, hasta ese punto, un cariño y una admiración que merecían justificarse. Torres Caicedo fue personaje de vida accidentada y pintoresca, arrivista afortunado, que supo abrirse una carrera y administrar su gloriola, con imperturbable paciencia y hábil reclamo. Comenzó por ser criado y luego familiar del ilustre Arzobispo Mosquera; lo primero le enseñó a ser dúctil y maleable; lo segundo le enseñó el arte del ceremonial, las complicaciones del protocolo y las untuosas habilidades de los tratamientos. Con esas bases, paso a paso fue subiendo, hasta llegar a ser Ministro de las Repúblicas del Salvador, de Venezuela y de Colombia ante el Imperio de Napoleón III, y esos altos puestos, en lo que a Colombia se refiere, siendo él conservador, y conservador de intransigencia teórica, los obtuvo de gobiernos tan liberales como los de Santos Gutiérrez y Eustorgio Salgar.

Mas antes de irse fuera del país, desaparecido el Arzobispo y dejando el roquete, púsose a escribir en los periódicos como agresivo corifeo conservador, y vino a pagar su agresividad en manos de los *Alacranes* Posada y Gutiérrez de Piñeres, también conservadores. Herido en su cuerpo diminuto por una bala y en su amor propio gigantesco por el ridículo, fue a buscar la vida y con quien casarse en Europa. Llegado allá, todo fue fácil para su intriga y habilidad triunfantes. Se sentó a la mesa de los visibles personajes del Imperio, se hizo amigo de las grandes figuras de la literatura, y logró un matrimonio de conveniencia económica. De América llevó cargos y credenciales que le abrieron las puertas en Europa, y desde allí inundó a América con la fama de sus relaciones y condecoraciones. Pocos latinoamericanos han explotado la publicidad como Torres Caicedo. Escribió como una decena de volúmenes de estudios políticos, biográficos, miscelánicos, y de versos, algunos precedidos de cartas de abstracciones y vagos encomios de César Cantú, de Julio Janin, de Emilio Castelar y de Lamartine. Sólo le faltó Vic-

tor Hugo, mas el malicioso padre Hugo se había vuelto parco en la expedición de autógrafos. Los libros de Torres Caicedo, en ediciones costosas, carecen de originalidad en el pensamiento y de personalidad en el estilo. Se les podría aplicar aquella espiritual calificación de Rossini: «Tienen de bueno y de nuevo, pero lo bueno no es nuevo y lo nuevo no es bueno».

Después de tanto ruido y tanto bagaje, nada quedó de él digno de ser registrado en la historia del pensamiento y de la literatura colombianos.

Mas él se retrató a sí mismo y dio de su carácter una noción exacta, al anunciar en la falsa portada de una de sus obras, como hallándose en prensa o en preparación, el siguiente libro:

«*Galería infernal*: Los que no pudiendo *ser*, se desviven por *parecer*: intrigantes civiles y militares, hombres de Estado y diplomáticos de encrucijada, generales de carnaval, literatos y poetas de desecho, traficantes políticos, concusionarios y prevaricadores».

Ese libro, naturalmente, nunca apareció y nunca fue impreso. Tal parece su anuncio como un *chantage* dirigido a los hombres todos de la América Latina, para inspirar temor y recoger sufragios. Pero en caso de que así no fuera, el solo intento y la forma del anuncio pintan el carácter en un personaje de tan alta situación. Al propio tiempo revelan una inconsciente audacia al precisar ante las gentes algunos rasgos tan propios, tan característicos de su propia persona.

Mas dejemos dormir al señor Torres Caicedo. Caigo en la cuenta de que estoy desenterrando a Tutankamen. No se puede negar que en vida tuvo admiradores sinceros, entre otros el General Lázaro María Pérez, que lo honró bautizando con su nombre una librería interesante. Interesante porque era la única que en tal tiempo tenía relaciones con otras librerías de Hispanoamérica. Quien necesitara entonces un libro de México o de Cuba, del Perú, de Chile o de la Argentina, lo encontraba en aquella librería y sólo en ella. Sin ella habríamos estado incomunicados intelectualmente con los países hermanos.

El local durante largo tiempo de esa librería de Lázaro María Pérez e hijo fue en los bajos de la casa propia del General, en la tercera Calle de Florián con la calle del templo protestante. Mas en alguna ocasión estuvo en la primera Calle Real, quizá en los bajos

del actual Hotel Atlántico, y también estuvo en el atrio de la Catedral, en los bajos de la casa de don Juan Manuel Herrera.

* * *

Fuera de esas cuatro librerías importantes, se contarían otras, o más bien, almacenes de útiles de escritorio en los que subsidiariamente se vendían algunos pocos libros, especialmente textos y premios escolares. Tales eran la de don Manuel Pombo, la de don Manuel Gómez Calderón y la de Chaves. Las librerías de provincia, donde las había, no merecían tal nombre. Quizá la menos deficiente, y lo era mucho, sería la de don Abraham Moreno, en Medellín.

Preciso es añadir que el doctor Bernardo Herrera Restrepo, en ese entonces Rector del Seminario de Bogotá, en una librería que estableció en el propio Seminario, puso al alcance del Clero, por cuya altura mental propendía con empeño, un acervo considerable de libros. Pero inútil sería apuntar que éstos tan sólo se relacionaban con la Teología, la Filosofía Católica, la Historia Eclesiástica, el Derecho Canónico, la controversia religiosa y las prácticas de piedad. La clientela, pues, fuera del propio Clero, era muy reducida y especial.

El alimento intelectual requerido por Bogotá y por casi todo el país, lo suministraban, pues: una librería pequeña, especializada, estrictamente técnica, la de don Fidel Pombo; otra, la Barcelonesa, indiscriminada, fofa, sospechosa y cínicamente mercantil; otra, clásica, académica, hispanófila, especialmente literaria y estrictamente ortodoxa, la del señor Caro; y otra, la llamada *Torres Caicedo*, especializada en la producción hispanoamericana.

Bogotá y Colombia, para entonces, necesitaban algo más que eso, y mucho más que eso. Lo que necesitaban la capital y el país, vino a suministrárselo la Librería Colombiana de Camacho Roldán y Tamayo.

* * *

En el año de 1932 cumplió medio siglo de vida la Librería Colombiana. Para tal conmemoración fue mi deseo (y llegué a pensar que mi obligación) el de rendirle a la benemérita institución fundada por el doctor Salvador Camacho Roldán y don Joaquín Emilio Tamayo, el cariñoso homenaje de mis recuerdos personales.

En verdad, consuela y conforta que un foco irradiante de cultura logre alcanzar esa edad en nuestro país, y por ello hubo de parecerme entonces imperdonable que se pudiera dejar pasar inadvertida una fecha señalada en los anales, ricos o pobres, de la vida intelectual de Colombia.

Ciertamente que no pudo pasar inadvertida; pero yo no pude llenar mi deseo y satisfacer mi deuda personal en tal año. Labores parlamentarias primero y luego una premiosa misión diplomática en la América del Sur, no me lo permitieron.

No es en estos apuntes donde yo pueda pretender definir y calificar la sobresaliente mentalidad del doctor Salvador Camacho Roldán; pero es mi creencia que, para el caso, quizá sólo don Santiago Pérez, entre sus contemporáneos, por la naturaleza y extensión de sus conocimientos, podría igualarle en la idoneidad para apreciar el ambiente espiritual de Colombia en esa época, para determinar el alimento intelectual que tal ambiente y tal época demandaban, sin intransigencia, sin intolerancia de secta religiosa, de partido político o de escuela literaria, mas dentro de las normas de la sana moral y del buen gusto.

Caro era una inteligencia soberana y una grande ilustración, pero mantenida ésta dentro de ciertas zonas, y sus ideas religiosas y políticas, sostenidas por su fuerte temperamento y vigorosa personalidad, se manifestaban en la selección de las obras que exclusivamente vendía en su Librería Americana. El país, repito, necesitaba y quería otra cosa.

En materia filosófica, una valla abismosa separaba dos escuelas extremas e irreducibles. Los ultra-azules llegaban a encontrar sospechoso, al menos no suficientemente ortodoxo, al admirable Balmes, el mayor de los pensadores católicos españoles del siglo, y sólo depositaban plena confianza en el Padre Ginebra. Los ultra-rojos se encastillaban todavía en Condillac y Tracy, cuando ese crudo sensualismo no figuraba ya sino en la historia de los sistemas filosóficos y era tenido por desmonetizado en las grandes universidades europeas; éstos se consideraban muy al día con la lectura del libro *Fuerza y Materia* del alemán Büchner, materialista a pie, cuyo burdo concepto sobre la esencia de la materia no necesitó que

la radio-actividad viniera a aniquilarlo, pues ya había sido desdeñado por filósofos racionalistas de mayor enjundia.

Si los ultra-azules, bajo la bandera del Padre Ginebra, encontraban a Balme no digno de entera confianza, los ultra-rojos, bajo la bandera de Tracy, tenían a Spencer por muy sospechoso. A éstos les disgustó que el doctor Rafael Núñez, todavía «liberal irrevocable», aconsejara a la juventud, en un discurso universitario, el estudio de la filosofía positivista y evolucionista de Herbert Spencer, y miraban como reaccionario al señor Roethlisberger, profesor de Filosofía e Historia en la Universidad Nacional, contratado por el Gobierno en Suiza, librepensador, racionalista ecléctico, quien a la vez que recibía los tiros elocuentes de Rojas Garrido, fue blanco sobre el cual hizo sus primeras armas la pluma castiza y combativa de Marco Fidel Suárez.

El doctor Camacho Roldán, al fundar la Librería Colombiana, quiso que los estudiosos de su país pudieran beber en sus propias fuentes el pensamiento filosófico universal, que formaran su propio criterio leyendo a Bacon y Descartes, a Spinoza y Leibnitz, a Kant y Hegel, a Comte y Spencer, que se empaparan en los comentaristas y críticos de los varios sistemas. Se dice que ello es peligroso, que ello puede ser causa de extravío o de indigestión.

Pero en la mesa abundante y surtida, cada cual busca y elige el manjar apropiado a su apetito y a su digestión. Por cuidar de los débiles y enfermos no se puede condenar a los fuertes y sanos a la abstinencia y al ayuno. A los de fuerte estómago no se les puede sujetar al régimen alimenticio de los dispépticos.

A los que se extralimiten o abusen de sus capacidades, a los que se excedan en alimentos impropios, la propia naturaleza corrige y detiene en el exceso. Por lo demás, esos peligros son los que existen en la natación o en la aviación: quien quiera nadar o volar, necesariamente debe someterse a las contingencias. Y para que algunos naden o vuelen, es inevitable que otros se ahoguen en las aguas o perezcan en los aires. Para que esto no suceda no sería posible amarrarlos a todos con el rejo del Padre Ginebra o ponerles los tapajos del abate Condillac y del Conde de Tracy.

Por ello pareció que el doctor Camacho Roldán hubiera abierto las ventanas de par en par.

Lo que pasaba en materia filosófica, ocurría también en las ciencias políticas. Muchos personajes, no de los más atrasados, que eran conductores políticos en la nación o en las secciones y que venían anualmente a los congresos, no tenían otra instrucción política que la recibida — si en realidad la recibieron—, de los defectuosos y superficiales textos de las facultades oficiales o privadas y luego de los editoriales del doctor Mariano Ospina Rodríguez en *La Sociedad*, de Medellín; de don Miguel Antonio Caro, en *El Tradicionista*; del doctor Carlos Holguín, en *La Prensa*; de don José Joaquín Ortiz, en *La Caridad*; de José María Samper, en *El Deber*; de don Sergio Arboleda, en *El Conservador*, para quienes fueran conservadores; y de los editoriales de Rafael Núñez, en *El Porvenir*, de Cartagena; de Florentino Vezga y José Herrera Olarte, en el *Diario de Cundinamarca*; de Felipe Pérez, en *El Relator*; de Santiago Pérez y Felipe Zapata, en *La Defensa*, para quienes fueran liberales.

Sin duda que todos los citados, de uno y otro partido, eran muy buenos escritores, muy versados por estudio y experiencia en el arte de gobernar a los pueblos, pero la instrucción que propinaban a sus lectores era necesariamente fragmentaria y circunstancial, impregnada de las exigencias y de los vicios de la polémica periodística y del espíritu de partido, bastante extraña, pues, a la ciencia política sistematizada y desinteresada.

Fuera de ellos, muy contados serían quienes como los doctores Francisco Eustaquio Alvarez, Teodoro Valenzuela y Carlos Martínez Silva, tuvieran en sus bibliotecas privadas algún expositor político fuera de Montesquieu, Rousseau, De Tacqueville y Benjamín Constant; pero si alcanzaron a tenerlo, fue como el oro en paño y para su propio uso y delectación.

En ciencias económicas, fuera de los doctores Camacho Roldán, Miguel Samper, Santiago Pérez y Anibal Galindo, a duras penas se hallaba quien supiera algo más que lo enseñado por los compendios escolares y por J. B. Say y Bastiat. El muy corto cuaderno manuscrito del doctor Santiago Pérez, modelo de exposición clara y sintética de la escuela clásica, pasaba de las manos de los estudiantes a las de los periodistas aficionados, como el *summum*, como lo único que había que aprender en la ciencia económica. Cuando vino el profesor belga Eugenio Hambursin, contratado por

el Gobierno, quien hizo un curso moderno de Economía Política y otro de Economía Industrial y Agrícola, sólo cinco alumnos los seguimos y los terminamos, y a esos cursos, honrándolos mucho y lamentando que el concurso de los oyentes durante dos años fuera tan escaso, asistieron con frecuencia los doctores Camacho Roldán, Miguel Samper y Juan de Dios Carrasquilla.

El desconocimiento de lo que las cuestiones económicas significan en el gobierno de las naciones, era entonces tan común que un estadista conservador, que llegó a ser Presidente de Colombia, en una polémica política, quiso poner en solfa los apoyos estadísticos que el doctor Camacho Roldán procuraba con ahinco en la apreciación de nuestros problemas nacionales. Para tal ilustrado político conservador era asunto de risa que un hacendista, compatriota suyo, quisiera conocer o se apoyara en cifras más o menos exactas, relativas a la producción, consumo y comercio de artículos nacionales, o al costo de artículos de producción extranjera importados al país. Ese hombre de Estado conservador ignoraba, o pretendía que los demás ignorasen, que hoy no se puede gobernar al oído y que la estadística es el único índice seguro de que disponen los gobernantes para señalar rumbo, y el único termómetro que con precisión revela la marcha ascendente de la prosperidad colectiva, su estancamiento o el principio de oculto y peligroso descenso.

Pero un problema humano tan extenso, tan complejo, tan aleatorio como el problema económico, no se abarca en su conjunto ni se domina en sus múltiples fases y en sus complicados detalles, siguiendo puntualmente un curso o leyendo atentamente uno o más tratados, aun cuando éstos fueran el de Leroy-Beaulieu en cuatro grandes volúmenes, el de Cowés en otros tantos, el de Colson en seis, todos tres franceses y hoy un tanto retardados; fueran los ingleses, más llenos de hechos y de cifras que de aforismos; fueran los alemanes, pesados e ininteligibles; fueran los norteamericanos, novísimos y un tanto apresurados.

Cada uno de los innúmeros problemas de la producción, de la circulación y del consumo de la riqueza, cada uno de los conflictos de la tierra, del trabajo, del capital y del crédito, necesita una especialización, una afición, si se quiere una vocación particular, pues abarcar el conjunto no se compadece con las limitaciones de tiempo y de capacidad de un sólo individuo.

En la Librería de Camacho Roldán y Tamayo, cada una de esas aficiones encontró su aliciente en obras especiales. Así se formaron, si no verdaderos expertos, sí servidores útiles. Algunos dieron sus frutos directos, otros enseñaron y despertaron vocaciones que ya están sirviendo al país. Sin esa librería quizá no hubieran completado su excelente formación en ciencias políticas, Nicolás Pinzón W., Roberto Ancízar, José Camacho Carrizosa, Carlos Arturo Torres y Diego Mendoza, para no citar sino los que ya no viven. Cinco hombres semejantes, a ninguno de los cuales le alcanzó la vida para dar todo su rendimiento, encontraron en aquel benéfico arsenal, muchas de las piezas de su excelsa armadura intelectual.

Fuera de las ciencias filosóficas, morales y políticas, la Librería Colombiana puso al alcance de su clientela, con amplio pero sesudo discernimiento, los mejores frutos de la cultura moderna. Sin ella habríamos sabido tarde que las ciencias históricas habían comenzado a renovarse al influjo de la crítica documentada y con el auxilio de todas las disciplinas anexas: la etnografía, la filología, el folk-lore, la historia de las religiones y la historia de las artes. Sin ella no habríamos conocido, quizá nunca, las historias de Buckle, de Thierry, de Michelet, de Mignet, de Foustel de Coulanges. Sin ella habríamos carecido, quizá para siempre, en ediciones legibles y autorizadas, de las principales obras de la literatura moderna universal.

Una sección muy útil de la Librería Colombiana y a la cual ha prestado siempre una atención especial es la de obras nacionales, no sólo a las que aún se hallan en el mercado ordinario, sino a las agotadas, de difícil adquisición. Nadie sabe o se sabe muy bien cómo desaparecieron o desaparecen los libros colombianos, tanto los buenos como los medianos, hasta el punto de que la mayor parte llegan a convertirse en verdaderas curiosidades bibliográficas. Muchas de ellas, para un estudio o investigación, no sería posible procurarlas sin el auxilio de esa Librería.

El doctor Camacho Roldán carecía de la noción y de la afición mercantil. Era una inteligencia y una ilustración, en grado máximo, al servicio de la cultura colombiana.

En uno de sus viajes al Exterior inició relaciones muy provechosas, organizó conexiones útiles, adquirió informaciones precisas, ordenó despachos indispensables, todo para el conveniente desarro-

llo y provecho de su librería. Pero hizo algunas adquisiciones que ningún comerciante habría hecho, y que sólo un hombre de su refinado gusto podría ser tentado a realizar.

A Bogotá, a los almacenes de artículos de fantasía y regalo, han venido siempre esos broncees o apariencias de broncees, que pretenden ser artísticos y no son otra cosa que artefactos de comercio de *bric-à-brac*. Más que de bronce son de lata, fabricados en piezas y hechos en moldes de estampa y compresión, acomodadas las piezas y soldadas con disimulo bajo el barniz bronceado o dorado, luégo montados en pedestales ostentosos de mármol, de jaspe o de malaquita, también de apariencia. Así fabrican Venus de Milo, y Apolos de Belvedere y Mercurios de tamaño natural para los vestibulos, emprendiendo el vuelo, y Primaveraes cubiertas de flores, y Otoños cubiertos de pámpanos, y Bacantes de senos y muslos desabriganos, y Bayaderas Saltantes; y Faunos tocando flauta. En salones bogotanos, de gente rica y distinguida, se ven todavía esas atrocidades. En el Exterior también se ven, pero en casas de tenderos acomodados y candorosos, en cafés de tercer orden y hoteles de arrabal.

El doctor Camacho Roldán, para hacer ver aquí broncees de arte verdadero, y para tantear el gusto, trajo una docena de auténticas fundiciones de Barbedienne, naturalmente, por su alto costo, de los tamaños pequeños. Pero no hubo quien pudiese comprender que uno de esos pequeños broncees, sin pedestal ni accesorios, pudiese valer \$ 250 sin mayor utilidad para quien lo trajo, cuando en el almacén del Buchón Rodríguez podía comprarse uno muy grande, encaramado en una columna de jaspe, por \$ 35 (con enorme ganancia para el Buchón).

De la docena que trajo el doctor Camacho, sólo dos o tres pudieron venderse. Alguno sirvió para regalar a un amigo dilecto. El resto: un Moisés de Miguel Angel, un Penseroso de Benvenuto Cellini, un Jugador de disco, un Gladiador herido, etc., fueron a parar a las casas de la familia.

Y aquí entro yo. Entonces era estudiante y vi abrir la caja que traía esos broncees. Entre ellos salió un busto de Cristo, obra de Flatters. Para mí, de todas las representaciones artísticas de Cristo que conozco, aún más que las de Leonardo da Vinci y el Ticiano,

las que prefiero en pintura son las tres de Hoffmann: Cristo, niño entre los doctores, Cristo y el joven rico y Cristo orando en el Huerto, que es el mismo Cristo en diversas edades y situaciones; pero siempre el mismo. En escultura no hay rival posible para el busto de Flatters. Este no es el Cristo doliente sino el Maestro sereno, agosto, a la orilla del mar de Galilea; la nobleza y el equilibrio integrales; el dominio espiritual absoluto de la naturaleza humana, no por esfuerzo sino por gracia. Tal imagen se apoderó de mí instantáneamente. Me enamoré de ella súbitamente, y el impulso inmediato e imperativo fue el de hacerla mía. Debo declarar con franqueza que en ese entonces tal emoción no era de carácter místico, sino meramente estético. Pero cuando el hombre se enamora, la inevitable y fatal consecuencia es el deseo premioso de llevarse el objeto de su amor para su casa, sea una niña, sea una obra de arte. Pero, en uno u otro caso, se tropieza de ordinario con el obstáculo de la capacidad adquisitiva. Ese busto tan pequeño valía el equivalente de cien dólares. Es preciso meditar lo que tal suma representaba en esos tiempos y, sobre todo, para un estudiante. Mi presupuesto era muy exiguo, y mis fondos disponibles apenas alcanzarían a la quinta parte de aquello. La noción de la realidad y el buen sentido se impusieron al impulso pasional, y me abstuve de toda tentativa acaparadora; pero los días subsiguientes, sin faltar uno solo, entre clase y clase, acudí a la Librería Colombiana a contemplar el Cristo de Flatters, a embeberme en su visión, a recibir su apaciguadora, su equilibradora influencia, a soñar en lo que sería mi vida si tal impresión la recibiera perpetuamente en mi estancia, donde, con esa imagen, no podría reinar sino la paz y el sosiego. Ya se ve que estaba perdidamente enamorado, pues tales son los fenómenos que se presentan en ese estado específico de desarreglo de la imaginación. Continuaron mis visitas cotidianas, hasta un día en que hallé que el busto había desaparecido de su sitio. Con inquieta ansiedad inquirí la causa con Juan Uricoechea, el jefe de tal departamento, y éste me dijo que don Demetrio de La Torre (el gran richo bogotano de esos días) lo había hecho guardar, reservándole para sí. Mi protesta fue inmediata e irreflexiva, yo reclamé no sé qué derecho de prioridad, encendido de emoción. Mi alegación fue interrumpida por la entrada del doctor Camacho Roldán, quien advirtiéndolo algo revuelto, preguntó: «¿Qué ocurre con don Laureano?»

Aquel hombre ilustre que fue amigo de mi padre y de mi casa, que me conoció niño y fue luego mi profesor, me llamó siempre ceremoniosamente «Don Laureano». Explicado brevemente el caso, el doctor Camacho le dijo a Juan: «Don Laureano tiene derecho a ser preferido». Pero tal sentencia me hizo despertar, vi con inmediata claridad la imposibilidad práctica de aprovecharla; y bastante corrido, por cierto, me declaré incapacitado para sostener mi pretensión. Entonces, ese varón admirable dispuso así: «Don Juan, hágame usted el favor de abrir en los libros una cuenta con el nombre de Don Laureano y de enviarle el busto a su casa». Ese día quedó abierta una cuenta que se ha movido durante medio siglo, y mi luna de miel con el divino Cristo perdura desde entonces.

Otro caso que me atañe. Entre los efectos invendibles en este mercado que trajo el doctor Camacho Roldán, del Exterior, figura una obra monumental, en grande ínfolio 53,36, y en dos volúmenes regiamente empastados en tafilete rojo de grano. Era el estudio de sabios viajeros, por cuenta y costo de testas coronadas, de las antigüedades mejicanas, y uno de los libros monumentales de la arqueología de América.

Un volumen contenía el texto y el otro el atlas hecho a todo lujo, con magníficos grabados de los monumentos hasta entonces conocidos de los aztecas y mayas.

Esos dos enormes volúmenes venian envueltos en franela, para evitar cualquier desperfecto y asegurar su incólume conservación. No encontrando nunca cliente para tal obra, Uricoechea la mantenía cuidadosamente guardada, y yo alimentaba una secreta pero persistente ambición por penetrar, mediante ella, en uno de los grandes misterios americanos, o sea el de la civilización maya. En el curso del tiempo se habían acumulado en mi casa un gran acopio de novelas inglesas, francesas e italianas, obras apreciables, favorecidas por la crítica y de reputación universal; pero que una vez leídas, no encontraba yo necesidad ni conveniencia en mantenerlas en mi biblioteca dado el carácter y la índole de ésta. Como se hallasen en perfecto estado y fuesen libros de extensa demanda, le ofrecí todo el lote a Juan Uricoechea en cambio de las antigüedades mejicanas, y a pesar del costo de esta obra, muy rara por cierto, se me aceptó la propuesta. Más tarde, siendo yo Ministro de Relaciones Exteriores, me tocó recibir a uno de los diplomáticos de mayor cultura y sim-

patía que me ha sido dable conocer, don Antonio Mediz-Bolio, representante de Méjico. Durante su estancia en Bogotá, en el salón del Cinerama, le ofreció a un concurso muy distinguido dos o tres conferencias, con proyecciones muy interesantes, sobre la civilización maya. Al terminar la última le invité a cenar en mi casa, y allí, al felicitarle por el extraordinario interés de su conferencia, advirtió que yo tenía ligeras nociones sobre el tema que él había desarrollado. Le hice ver la obra en que yo había adquirido tales nociones, y se mostró muy sorprendido de hallar ese libro en Bogotá, manifestándome que teniendo noticia de él, jamás había logrado verle; que él sabía que en el Palacio Presidencial de Méjico existía un ejemplar que había pertenecido al Emperador Maximiliano. Más tarde, el señor Mediz-Bolio fue promovido por su Gobierno, de Bogotá a Buenos Aires. Uno de los grandes diarios argentinos solicitó de él una entrevista para tomarle sus impresiones sobre Colombia y Bogotá, y las dio con extraordinaria simpatía y benevolencia. Hablando de la capital de Colombia, dijo que (en 1921) no sería una gran ciudad moderna, pero que tenía características muy interesantes, fuera de su aspecto colonial y de sus tradiciones históricas; pero que lo más interesante era Bogotá visto por dentro, en sus modalidades sociales, en lo cual el extranjero encontraba agradables sorpresas nunca experimentadas en otras partes. Que allí había dictado alguna conferencia sobre asunto que él creía dominar, y que, contra su expectativa, había sido escuchado, sobre un tema al parecer muy extraño para el público colombiano, con sorprendente atención, y que al salir del salón de conferencias había ido a cenar a la casa del Ministro de Relaciones Exteriores, donde había visto libros sobre etnología y arqueología americanas que él conocía apenas de oídas.

Bien se echa de ver que el doctor Camacho Roldán, el competentísimo Ministro de Hacienda de la Administración Salgar, podía cometer yerros mercantiles que cualquier comerciante evita, pero esos mismos yerros, como acaba de verse, contribuían a la reputación de cultura de su patria, que era uno de los propósitos cardinales de su ilustrada actividad.

Quedan definidos los servicios que Camacho Roldán y Tamayo le prestaron a la comunidad colombiana; pero si el doctor Camacho Roldán era el pensamiento y el espíritu de la empresa, Joaquín Emi-

lio Tamayo y los hijos de aquél fueron quienes, en la primera época, aseguraron la vida y el éxito del empeño en su desarrollo práctico.

Nada más noble que el propósito del doctor Camacho: muy bien que viniera el éxito económico, pero sin sacrificar a éste el concepto espiritual. El podía cometer yerros mercantiles, que sus asociados sabían reparar; pero se mantendría incólume el prospecto ideal de la institución; ideal de alta moralidad y de difusión de verdadera cultura.

La pulcritud de su alma y la virilidad de su temperamento no hubieran permitido nunca que el establecimiento que llevaba su nombre, trajera a sus anaqueles y vitrinas aquellos libros inspirados en especulaciones rufianescas, en desbordes y extravíos de la sensualidad, en la porquería literaria que hoy anda en manos de mozos y mozas para ludibrio de una civilización, que muestra con ello su fatal decadencia. «A algo podrido huele en Dinamarca», decía Shakespeare. Desde los tiempos de Pentápolis, ha venido la catástrofe cuando la «Naturaleza equivoca sus caminos», según la honda y discreta expresión bíblica.

Fuera de sus dos fundadores y de sus hijos, la Librería Colombiana tuvo el concurso competente y eficaz de dos meritorios colaboradores: don Juan Uricoechea y don Roberto MacDouall. El primero, de extensa y exacta información, de activa puntualidad y asidua consagración. El segundo, de gran preparación literaria, poeta popular e ingenioso, de extraordinario atractivo para la clientela.

La Librería Colombiana abrió sus ventas en el gran salón alto que formaba todo el frente del antiguo Bazar Veracruz, en la segunda Calle Real. Luégo se trasladó a la calle 12, entre las carreras 7.^a y 8.^a, en la mitad de la cuadra, acera norte, en un pequeño local, de una sola puerta; exactamente enfrente de un local similar que ocupaba don Manuel Pombo (íntimo amigo del doctor Camacho Rodríguez) también con libros y útiles de escritorio. Luégo se trasladó al local inmediato al oriente, de dos pisos, con una puerta sobre la calle, de todo el ancho del local; en el piso bajo la Librería, en el alto los escritorios. La comunicación entre los dos pisos se hacía por una escalera de tirabuzón, situada en el ángulo izquierdo del fondo. Más tarde, y al parecer, de modo definitivo, se instaló en el nuevo, hermoso y adecuado edificio que construyó ella misma, inmediato

al costado oriental del anterior, y el cual, hace pocos años, se partió en dos locales casi iguales en la parte baja, al efectuarse la liquidación entre la sucesión Camacho Roldán y la sucesión Tamayo, que corresponden a la Librería Santa Fe, respectivamente.

En la única casa antigua que resta en la calle 12, entre carreras 7.ª y 8.ª, en la acera sur y en la mitad de la cuadra, en local de una sola puerta, ocupado anteriormente por don Manuel Pombo, contiguo al que hoy ocupa la misma Librería Nueva, la fundó Jorge Roa, quizá por los años de 1891, en el mismo frente de la Librería Colombiana.

Esa Librería Colombiana, de que me he ocupado con tanto interés y cariño, parecía haber llegado a su pleno y natural desarrollo, de acuerdo con su propia virtualidad y con la capacidad del mercado que debía servir; pero parecía también haber entrado a un período estático: no traía ya sino lo consagrado, lo garantizado por la crítica. Los mismos apetitos que ella había despertado y alimentado, querían penetrar en algo más dinámico, más aventurado, más en la fiebre de la actualidad. Jorge Roa era más audaz, más confiado en el movimiento intelectual que se iniciaba; pero su talento y su magnífica información lo ponían a cubierto del aluvión de paja impresa que la modernísima industria editorial desató sobre estas incipientes culturas americanas. Con olfato e instinto crítico, en verdad extraordinario, escapó él y libró a sus clientes del diluvio de tontería preciosa, que ahora, más que nunca, se exhibe en las vitrinas.

Roa nos trajo por primera vez, en su integridad, en su idioma original, en sus mejores ediciones críticas, las obras de los directores del pensamiento que aún predominaban en el ambiente espiritual y que habían contribuido determinadamente a formarlo: Shelley y Keats, Macaulay y Carlyle, Dickens, y Thackeray, Poe y Quincy, Walter Pater y Oscar Wilde, Turguenev y Tolstoi, Ibsen y Dostoiewsky, Sainte-Beuve, Taine y Renán, Guyau y Feuillée, Gustave Flaubert y Guy de Maupassant, Emile Zola y Alphonse Daudet, Paul Bourget y Pierre Loti, Amiel y María Bashkircheff, Lecomte de Liste y Sully-Prudhomme, François Coppé: y Paul Verlaine, por no citar sino los más conocidos.

Hay y parece que tales nombres figuran en remotas constelaciones ya clásicas; pero algunas de esas producciones nos llegaron al mes de aparecidas. Aún más, recuerdo haber leído durante un veraneo,

en un potrero de Usaquén, en el mes de diciembre de 1893, el libro, después famoso, de Jules Payot, *L'éducation de la Volonté*, que sólo se puso a la venta en París en enero de 1894, ello debido a un arreglo de Roa con el editor Félix Alcan, quien le despachaba los libros acabados de imprimir en noviembre, pero que allá no se le ofrecían al público sino como *étrennes*, el 1.º de enero siguiente y con la fecha del nuevo año.

El elegante editor Alphonse Lemerre le hizo saber en París a Paul Bourget, que en Bogotá, en la Librería Nueva, se habían vendido cerca de un millar de sus volúmenes, lo que dio lugar a una expresiva carta de Bourget para Roa.

Roa fue editor a su turno, y especialmente, de la benemérita colección de la *Biblioteca Popular*, 250 entregas, en 25 volúmenes, repertorio precioso de producciones colombianas y extranjeras, seleccionadas con singular talento, editadas muy económica y modestamente, pero con cuidado y corrección excepcionales. Fue y sigue siendo uno de nuestros mejores instrumentos de cultura. La idea de ella surgió en José Camacho Carrizosa, inspirada por una publicación similar francesa, y él preparó algunas de las entregas iniciales. El le propuso la empresa a Roa, quien la asimiló en seguida, supo realizarla y continuarla con sentido práctico, gusto literario y acuciosidad constante. A un laborioso bibliógrafo le oímos no há mucho don Antonio Gómez Restrepo y quien esto escribe, que la inspiradora y realizadora de la *Biblioteca Popular*, según se le dijo a él, había sido una señora de aficiones literarias, autora de versos y articulitos románticos, bastante tocada de sensiblería y bastante bachillera, que jamás tuvo participación directa ni indirecta en la confección de la *Biblioteca Popular*. Tanto Gómez Restrepo como yo, que conocíamos muy de cerca este caso, protestamos perentoriamente contra esa leyenda que empieza a crearse y que es una fantasía gratuita.

Inolvidable memoria de la Librería de Roa fue su ilustre y trascendental tertulia. En algún escrito mío sobre Carlos Martínez Silva, hablé ya de esa tertulia. Podría decirse que éste y el dueño de la Librería constituían el centro de ella. Los contertulios habituales eran Luis Martínez Silva, Francisco A. Gutiérrez, Bernardo Escobar, Jaime Córdoba, Juan Bautista Pombo, Cecilio Cárdenas, Enrique Restrepo García, Carlos Eduardo Coronado, Santiago Samper,

Emilio Fergusson, José Camacho Carrizosa, Carlos Arturo Torres, José Asunción Silva. Los ocasionales eran Rafael Pombo, Jorge Holguín, Roberto Suárez, Luis G. Rivas, Diego Mendoza, Antonio Gómez Restrepo, Guillermo Camacho, Evaristo Rivas Groot, José Joaquín Pérez y otros. Por ella pasaron Jorge Isaacs, Santiago Pérez Triana, Fidel Caño, Guillermo Valencia, Tomás Carrasquilla.

Emilio Bobadilla, o sea Fray Candil, el áspero y procaz crítico cubano, en su estancia de meses en Bogotá se aficionó a esa tertulia. A pesar de su petulancia, allí se producía poco, y más bien escuchaba silencioso. Una noche, al salir de brazo con el Oso Rivas, le dijo: «Cuando llegué a Bogotá figuréme que iba a *descrestar* a todos ustedes; oyéndoles he llegado a persuadirme que soy un ignorante y un majadero».

Entre aquellos *otros* con que atrás terminé alguna enumeración, se hallaba un caballero muy severo, muy estricto y muy intransigente, conservador histórico que no gustaba de los conservadores nacionalistas por no hallarles suficientemente ortodoxos y suficientemente virtuosos. Mas a pesar de su inquina contra los nacionalistas, alguna vez que se habló de aproximación de los históricos a los liberales, protestó con violencia contra toda aproximación de *los buenos a los malos*. Llegué a creer que él asistía con repugnancia a la tertulia consabida, por hallarse allí en contacto obligado con liberales, pues, al verle, uno evocaba a San Cirilo de Alejandría en los concilios a que asistían los heréticos nestorianos. Alguna vez encontrábame yo sentado a su lado, cuando Martínez Silva hablaba de doña Emilia Pardo Bazán y de su libro sobre San Francisco de Asís. Al terminar aquél, en voz baja le pregunté a mi vecino si él había leído el estudio sobre San Francisco, de Ernesto Renán. «¿Cómo puede suponer usted —me respondió con acritud— que yo me haya ensuciado el alma leyendo una página de ese hombre?» Dime cuenta de que yo había alcanzado mi merecido, y permanecí mudo. Poco después comenzó la prensa europea a ocuparse de un libro aparecido en esos días sobre San Francisco, por un gran cristiano: Paul Sabatier. Eran casi unánimes los elogios: *Le Correspondant*, o sea la revista católica ortodoxa; *La Revue des Deux-Mondes*, o sea la ecléctica; el crítico de *Le Temps* y el de *Le Figaro*, todos acordes encontraron admirable y muy cristiano el libro; pero,

sobre todo, el abate Félix Klein lo proclamaba el libro mejor inspirado sobre San Francisco. Pasaba yo por la Librería Americana, en momento en que José Vicente Concha hacía abrir unos paquetes de libros sobre el mostrador. Entré por curiosidad, y el primer desempacado fue el libro de Sabatier. Todo fue verle y ponérmelo bajo el brazo.

Al analizar las fuentes de su libro, dice más o menos Sabatier: «Debemos reconocer que hasta ahora nadie ha escrito sobre San Francisco como Renán; nadie ha comprendido tan bien su espíritu y su significación; nadie ha penetrado tan hondo en la entraña de esa naturaleza maravillosa que se aproximó como ninguna a Jesucristo, y Renán, siempre que habla de San Francisco, en cualquiera de sus escritos, lo hace con emoción».

Llevé el libro a la librería de Roa, lo escondí en un cajón que me servía de apartado y aguardé la ocasión. Esta se presentó luego. Casi el mismo persona, y, entre éste, mi regañón de inexpugnable virtud. Pronto pude llevar con cautela la conversación al tema requerido, y preparado el golpe, le dije con dulzura: «Doctor, ha oído hablar usted de un libro sobre San Francisco de Asís, por un autor para mí desconocido, un tal Paul Sabatier?» Sonriéndome con desdén, me respondió: «Ya lo creo; Rafael Carrasquilla y yo lo estamos esperando con mucho anhelo. Ha de saber que ese autor, a quien usted considera desconocido, ha merecido el sufragio universal de los cristianos». «Pues doctor —le repuse—, aquí está el libro tan deseado; verá usted en él, ahora mismo, lo que dice respecto a Renán». Una vez impuesto, le agregué: «Ya ve usted que Sabatier no se ensució el alma leyendo esas páginas de Renán, y ya ve usted que en Colombia se encuentran ciertos católicos más católicos que el Papa». Y me dirigí en seguida al doctor Martínez Silva para hablar de otra cosa.

Pasado algún tiempo, el General Rafael Reyes nombró al sujeto de virtud tan acrisolada para un cargo diplomático secundario en Europa, y por primera vez salió al Exterior. Al llegar a París experimentó un deslumbramiento y una especie de embriaguez, y aquel hombre que no quiso nunca juntarse con *los malos*, comenzó a unirse con delicia y con cariño a *las malas*, hasta el punto de olvidarse de todo lo que dejó en Colombia.

Y con ello doy término a relato tan fatigante para quien lo ha hecho y, sobre todo, para quien lo escuche o lo lea.

MIS REMINISCENCIAS DE LA DIPLOMACIA

LA POLÍTICA INTERNACIONAL DE COLOMBIA

Mi respeto y cariño por *El Espectador* son cosas viejas, pues vienen desde remotos años —que la arrogante y olvidadiza juventud liberal de ahora no conoció, para su ventura—, cuando aquél no debió su milagrosa persistente vida, al través de interrupciones forzadas, multas y prisiones, sino a la serenidad heroica de Fidel Cano. Su virtud y su talento conquistaban sin quererlo el respeto y la admiración; pero él sí sabía que arrebatava el cariño de las gentes con la abierta y sencilla hospitalidad de su espíritu. Para mi pluma primeriza e inhábil de entonces, y que así se quedó para siempre, era motivo de orgullosa gratitud que Fidel Cano acogiera y reprodujera en *El Espectador*, de Medellín, los incontenibles e intermitentes brotes —que no eran otra cosa— de mi impaciencia espiritual.

Que su digno hijo me ordene hoy, fijándome tema, una contribución para el ya viejo decano (así estaré yo) de la prensa colombiana, equivale al «*surge et ambula*» de Cristo a Lázaro. Será preciso obedecer. Lo poco que yo he hecho en la vida ha sido obra de obediencia. Quizá yo he sido inconforme en el pensamiento; pero siempre fui sumiso a la obligación. Ciertamente que hubiera preferido otro tema, porque éste me obligará a citarme a mí mismo, a hablar de mi persona, cosa que a los periodistas liberales les consta que siempre he detestado, pero no me toca discutirlo ni estorbar el propósito o el plan de la dirección del diario.

La situación internacional de Colombia, como quien dice poca cosa. En los días del mundo que alcanzamos, el prospecto internacional de las naciones encubre siempre un enigma, entraña siempre una incógnita. La verdad es que siempre ha sucedido así; pero con alguna diferencia sustancial. Tal diferencia es determinada por el factor tiempo. En otras épocas, los grandes acontecimientos de la vida internacional se preparaban en larga gestación, maduraban lentamente, acomodaban la escena y preparaban el ambiente. En la época actual, hasta históricamente se vive muy aprisa, el tiempo y el espacio han modificado sus índices, han quemado sus itinerarios.

Repentinamente se corre un telón y aparece, definido y neto, un problema vital para los países no previsto e insospechado, que requiere y exige solución urgente e inmediata. En otro siglo, y no quiere ir a los muy lejanos, sino apenas al siglo XIX, fatigó a las cancillerías la *cuestión de Oriente*, así llamado el complicadísimo problema de los dominios turcos en Europa, de la equilibrada influencia de las grandes potencias en Constantinopla, de la neutralidad efectiva del Bósforo y de los Dardanelos y de la seguridad de los cristianos en los dominios otomanos. La evolución diplomática de esa *cuestión de Oriente* fue tan lenta como la evolución de una especie zoológica, y sobre ella se agotó la actividad y la vida de varias generaciones de diplomáticos octogenarios. Durante ella pudo prevenirse y prepararse la separación de Egipto de los dominios del Sultán; la autonomía de Grecia, el apareamiento e independencia de los países balcánicos, la transformación del Imperio y del califato musulmán en la joven Turquía, la traslación de Europa a Asia de la capital política, para evitar que en un golpe de mano se la pudieran cortar a la nación de un solo tajo, como la cabeza de un pavo.

Otro caso: la política llamada de las nacionalidades, malamente atribuida en su concepción a Napoleón III, quien sólo la aplicó para su desgracia, y que más bien fomentó Mazzini y aprovecharon Cavour y Bismarck. Esa política, digo, lentamente fue preparando la unidad italiana y la unidad alemana, y su desarrollo pudo permitir a los no miopes, ver venir desde lejos la guerra entre Francia y Austria de 1859, la guerra entre Austria y Prusia de 1867, y la guerra entre Prusia y Francia de 1871.

Hoy las cosas no dan lugar ni tiempo a tales previsiones: el conflicto surge fulminante y el Japón madruga a poner la mano sobre la porción del Imperio Celeste que juzga necesaria para su expansión económica o para su seguridad política, antes que puedan concertarse las voluntades o los intereses adversos, los que tropezarán de improviso con el hecho ya cumplido.

Hoy Italia, a raíz de acuerdos en Roma con Francia e Inglaterra, que parecían sólidos y definitivos, que aseguraban y sellaban al parecer la paz mundial, de la noche a la mañana resuelve acrecentar sus dominios coloniales con un país descuidado, que hace parte también de la Liga de las Naciones, determinación a que nadie se hubiera opuesto si con ella no se intranquilizaran las posesiones,

protectorados y rutas que el Imperio Británico tiene por ahí en las cercanías de la amenazada Etiopía. La inquietud repentina de Inglaterra le hizo, sin perder un segundo, cambiar su frente político y reforzar sus fortalezas y flotas del Mediterráneo con su propia flota doméstica, guardia sagrada e intocable de la Metrópoli.

Todo esto demuestra que en la vida internacional de la hora presente no hay lugar a despaciosas previsiones, a confiadas lucubraciones y a sabias dudas, sino a un desvelado «quién vive», a saltos ágiles, a contragolpes listos, pero segura y fríamente calculados y decididos.

Ya no es el tiempo en que para decidir una actitud internacional de Colombia era preciso esperar un lustro o dos, a que un don Pedro Fernández Madrid meditara y escribiera sus eruditos trabajos sobre *Nuestras costas incultas*; a que don José María Quijano Otero buscara y encontrara en el Archivo de Indias los documentos sobre nuestros títulos amazónicos; a que el doctor Francisco de Paula Borda escribiera e imprimiera un grueso volumen sobre nuestros límites con Costa Rica. Hoy por hoy en nuestra Cancillería deben encontrarse al día, completos, organizados y listos, todos los expedientes de nuestros derechos territoriales, de nuestros intereses económicos, de nuestros antecedentes de doctrina internacional e historia diplomática, como las pistolas en las pistoleras, prontas a la defensa siempre, al ataque si es preciso. Pero es preciso que allí también se encuentren los factores humanos, conocedores, experimentados y hábiles en el manejo de esos instrumentos o de esos expedientes. Hoy, más que nunca, son peligrosos los inexpertos y los improvisados, porque los yerros por comisión o por omisión, en cuestiones internacionales, son irreparables, entre otras cosas porque, no siendo cosas de entre casa, son apuntados como *scores* y no hay tiempo ni ocasión de repararlos. Que vengan los jóvenes, sí: de ellos es el campo; pero los verdaderamente inteligentes, los preparados por temperamento, por antecedentes y por estudio, los que a todo ello unan un buen carácter, que los lleve a resolver las dificultades en vez de crearlas, los que sepan atraer y no repeler, por excesiva pretensión y por carencia del dón de gentes. La verdad es que en ninguna parte del mundo los hombres que reúnen en sí las

condiciones indispensables y adecuadas para las gestiones internacionales son comunes y encuéntrase a la vuelta de una esquina. Por ello, cuando llegan a encontrarlos en los países organizados, los cuidan y atienden como oro en paño. En nuestro país, en materia de preparación y selección del personal idóneo para el servicio internacional, estamos en pañales. Aquí retiran del servicio a un joven que da buenas esperanzas o que ya ha dado pruebas de competencia, para reemplazarlo con mozos ya fracasados escolar y socialmente, de sonoros apellidos y mala conducta, capaces por ignorancia o indiscreción de causarle al país graves quebrantos, todo ello porque sus familias influyentes ya no saben qué hacer con ellos, y en combinación y complicidad con elementos oficiales los despachan a un dorado destierro, para descrédito del nombre colombiano. No sólo en las viejas naciones del antiguo mundo, sino en dos o tres países de la América Latina, un Secretario de Legación, *verbi gratia*, ha llegado a ello por condiciones naturales y adquiridas visibles y notorias, que se recomienda por la solidez de su preparación, la seriedad de su carácter y la corrección de su conducta; es un plenipotenciario en ciernes, ya indicado. Aquí son muy contados los verdaderos Secretarios de Legación, excepciones muy destacadas, a los cuales de ordinario se les interrumpe y corta la carrera, perdiéndose así un verdadero capital nacional. No han sido pocos los meros vividores, casi analfabetos, que hoy son y mañana no parecen. La conveniente, moderna y equitativa organización de los servicios diplomático y consular es una clamorosa urgencia nacional. Por las razones atrás expuestas, no se puede seguir como hasta aquí, a riesgo de colocar al país, de un momento a otro, en una desairada o peligrosa postura.

Toco incidentalmente este tema, a reserva de tratarlo a fondo y concretamente en otra ocasión, porque no es posible contemplar la vida internacional de un país sin tener cuenta de los órganos de esa vida, de los instrumentos humanos que la realizan.

La situación internacional de Colombia se ha aclarado por uno de sus aspectos, y se ha complicado por otros. Las cuestiones de límites, que preocuparon la vida nacional durante un siglo, están virtualmente terminadas. No me hallo actualmente en las intimida-

des de nuestra Cancillería, pero todo me hace creer que las últimas operaciones de demarcación de nuestra frontera con Venezuela, se sellarán en acuerdo definitivo y cordial. Tal litigio, tan largo y complicado, que dio lugar a dos arbitramentos y a dos sentencias arbitrales: la del Monarca español y la del Consejo Federal Suizo, por la cordura y la buena fe de que dimos muestra, ha sido un ejemplo y una enseñanza para otros países, especialmente para los de la América española.

Los límites con Panamá, definidos en el Tratado, se estarán amojonando en la hora presente, operación que no podrá dar pie para divergencias sustanciales. En tal asunto, hasta ahora, no se ha recordado con gratitud respetuosa la memoria de don Enrique Cortés, que fue quien en momentos de suma gravedad obtuvo del Secretario Root, en carta memorable, la declaración del Gobierno americano, que puso fin a pretensiosas y apoyadas aspiraciones a que tal límite viniera hasta las riberas del golfo del Darién y del río Atrato.

Con el Ecuador, definida como quedó en el derecho y en el hecho nuestra frontera común, cada día que pasa se afirma y se estrecha nuestra fraternidad original y la notoria e indiscutible comunidad de intereses. Cuando los arreglos colombo-peruanos que cristalizaron en el Tratado Lozano-Salomón dieron pie a cizañeros no desinteresados, a interpretar torcidamente la actitud de Colombia con respecto al Ecuador, algún sector de la opinión ecuatoriana se dejó impresionar con sobra de candor. El tiempo y los hechos se han encargado de desvanecer tan infundados aspectos. Y durante la misión especial que adelanté en Lima, tuve la grata ocasión de darle al benemérito diplomático ecuatoriano señor doctor Aguirre Aparicio, prueba palmaria y fehaciente de la buena amistad, de la lealtad tradicional de Colombia, de la que, sin duda, daré noticia en las publicaciones que hoy inicio.

Nuestra cuestión territorial más importante, más trascendental y más complicada, fue sin duda la disputa histórica de nuestros límites con el Perú. La Administración Suárez merecerá siempre la gratitud del país, por haberla resuelto. En el derecho y en el papel la resolvió definitivamente; pero en el dominio de los hechos, la frontera amazónica colombiana no ha venido a ser real y efectiva sino

a causa del conflicto de Leticia y del Protocolo de Río-Janeiro. Muy caro nos ha costado; pero resultados y adquisiciones menos importantes las han pagado otros países a precio mucho mayor en dinero y en sangre. El Tratado Lozano-Salomón y las comisiones técnicas delimitadoras consagraron definitivamente nuestro derecho, pero sólo el Protocolo de Río-Janeiro, lo hizo efectivo. Con alguna autoridad puedo decirlo, puesto que alguna parte tuve yo en la realización de aquel Tratado. ¿Cuál parte? Ya me está llegando el turno de contestar a esa pregunta. Yo también haré mi libro, que casi está en prensa, no para contradecir a nadie, sino para decir lo que otros sin quererlo han callado y para dar publicidad a documentos que sin duda involuntariamente se han quedado en la penumbra.

Pero donde suspicacias sutiles han supuesto o creído ver que el Protocolo de Río-Janeiro aventura y desvirtúa nuestro derecho, yo, oscura unidad confundida entre la mayoría de los colombianos, no puedo ver otra cosa en ese instrumento que la definitiva resonante efectividad de nuestros títulos y la transcripción del derecho pleno, pero abstracto, a la fórmula concreta y viva de la realidad. Que eso estaban buscando y eso encontraron nuestros delegados en Río-Janeiro, fue lo que me hizo formular en la Academia Colombiana de la Lengua, el 3 de octubre de 1933, en un campo tan extraño en apariencia a estos asuntos, estos votos: «Principiemos esa cristiana empresa de unirnos todos en el seno de la madre común, enviando desde esta vieja casa, parte integrante del corazón del país, en la cual fraternizan todas las opiniones y todas las doctrinas, una voz de confianza a los ilustres compatriotas que en la mirífica capital del Brasil representan hoy el alma colectiva de Colombia». La obra en Río-Janeiro, con la obra precedente y coadyuvante en Ginebra, de trascendencia mundial, dieron fin para Colombia a la pesadilla secular que principió en 1823.

Pero una consideración que debe tenerse en cuenta y que consolida nuestra confianza a tal respecto, es como sigue: El Tratado García Ortiz-Mangabeira, entre Colombia y el Brasil, como consecuencia y desarrollo del acta tripartita de Wáshington, no se firmó y ratificó sino sobre la implícita e indispensable condición de la entera efectividad del Tratado Lozano-Salomón, de manera que ambos Tratados, García Ortiz-Mangabeira y Lozano-Salomón, son correlativos, coexistentes y solidarios. El Brasil, como firmante de aquella

acta tripartita de Wáshington y de ese Tratado García Ortiz-Mangabeira, está íntimamente vinculado por su interés nacional y por su honra y prestigio internacional a la intangibilidad del Tratado Lozano-Salomón.

Yo ignoro si el Ministro de Colombia en Río-Janeiro, a raíz del conflicto colombo-peruano, tuvo la oportunidad de contemplar y exponer ese aspecto del problema en el Palacio de Itamaraty; pero yo sí lo expuse neto ante el Ministro brasileño Ipanema Moreira en Lima, ante el ilustre Embajador del Brasil Rodrigues Alves, en Santiago de Chile, y ante la Cancillería del Palacio de la Moneda, sin que se me hiciera la menor observación adversa, al contrario, con el natural y lógico asentimiento.

Este y otros aspectos del problema, con detalles y documentos, estaba yo listo para exponerlos ante la Cámara de Representantes de 1934, cuando espontáneamente me hizo el honor de invitarme a intervenir en el debate del Protocolo de Río-Janeiro. Pero cuando concurrí a su llamado, la oposición conservadora ocasionalmente se había retirado por algún incidente político. Al concederme la palabra el Presidente de la Cámara, hube de declinar tamaña honra, manifestando que con el retiro de los honorables miembros conservadores de la corporación, se había retirado también en realidad la masa de los opositores a la aprobación del Protocolo; que no restaban en el salón sino representantes convencidos en favor de ese instrumento diplomático; que, por consiguiente, yo consideraba inútil predicar a convertidos, inútil mi esfuerzo de una larga exposición, e inútil en los presentes el sacrificio de oírmela, y me retiré en seguida, porque jamás he buscado ocasión de echar discursos. Un grupo de Senadores quiso que el Senado me invitara a su turno; pero, según me dijo el General Vásquez Cobo, ello tropezó con la oposición de Senadores influyentes, enemigos del Protocolo, que no tenían deseo ni interés en escucharme. Soy el primero en adherirme a esa desgana.

Yo soy deudor al país de la relación de lo que fueron mis actuaciones en la honrosa y delicada misión extraordinaria en Lima y Santiago, que me confió el Presidente Olaya Herrera, a raíz del conflicto de Leticia. A mi regreso a Colombia, en manos de ese eminente Jefe de Estado, pude ver empastados, en dos gruesos volúmenes, el conjunto de los despachos que dirigí al Gobierno, en el curso de

esa dura gestión diplomática. Estando todavía en marcha el conflicto, consideró el Presidente, en un todo de acuerdo conmigo, que para evitar incidentes y discusiones, que podrían entorpecer las negociaciones y los arreglos, era conveniente no dar a conocer esos documentos hasta que no finalizara ese tremendo capítulo de nuestra historia. No sólo en esa ocasión, sino en varias otras, he acostumbrado posponer mi interés personal y hasta mi buena fama, ante el interés y el decoro del país. Con sobra de ignorancia y de injusticia, se me había atacado aquí, en las Cámaras y en la prensa, al propio tiempo que la prensa del dictador Sánchez Cerro me insultaba en Lima. Si yo defendía mal, y en provecho del Perú, la causa y la actitud de Colombia, no se comprenden los ataques de la prensa peruana; y, en caso contrario, mucho menos se comprenden los insultos que en mangas de camisa y con tufo alcohólico me escupía desde aquí, a distancia material y moral inconmensurable, un miembro de la Cámara de Representantes de apellido Noriega, sin que yo sepa que allí alguien le respondiera en defensa del amigo y del servidor público ausente; y tampoco se comprende la negación de Pedro y tampoco las lamentaciones patrióticas, en presencia de mis *debilidades peruanas*, de algunos diarios colombianos, a quienes llamó al buen sentido la palabra siempre honrada y siempre clara de Luis Eduardo Nieto Caballero.

Ciertamente, yo soy deudor al país de esa relación, y me la debo a mí mismo, y se la debo a mis hijos. Uno de éstos que me acompañó y me ayudó, de día y de noche, durante diez meses, asistiéndome con el alma y con el corazón, en cada instante de afán e incertidumbre, de cólera reprimida, expectativa angustiosa o responsabilidad abrumante; que vino a ser mi segunda conciencia y mi segunda memoria; que hacía ese recuento con su voz juvenil y sonora, la voz de su madre; que me pedía incesantemente le dictara la relación ordenada y puntual de esos días oscuros, ese hijo ya no la verá, porque a sus gallardos veintitrés años, descansa para siempre en las orillas del Támesis, habiéndole servido a Colombia hasta la víspera de morir.

Y tal relación debería principiar por desmentir unas frases integralmente inexactas de la Memoria de Relaciones Exteriores de 1933, firmada por el Ministro del ramo doctor Roberto Urdaneta Arbeláez, quien reconoció esa inexactitud ante mis observaciones, lo

mismo que la reconoció el Presidente Olaya Herrera. Yo convine con ambos en aplazar la indispensable rectificación hasta la terminación del conflicto. Bien sabido es el método seguido hoy para la redacción de las Memorias que los Ministros de los diversos ramos de la Administración Ejecutiva deben presentar al Congreso. Ciertamente, ya no es el tiempo en que don Pedro Gual, don Lino de Pombo, don Victoriano de Diego Paredes, don Santiago Pérez, don Felipe Zapata o don Marco Fidel Suárez, escribían de su puño y letra la parte expositiva del texto de las Memorias de Relaciones Exteriores que llevan su nombre. La mayor extensión y complicación de los negocios obliga hoy a otro procedimiento. El Ministro determina el sentido general de la Memoria y marca sus líneas principales. Cada Jefe de Sección prepara y redacta su capítulo respectivo y el Secretario del Ministerio escribe la introducción general. Afortunado el Ministro a quien le toque un Secretario como Antonio Gómez Restrepo, Víctor M. Londoño, Eduardo Guzmán Esponda. Conforme a ese método se elabora la Memoria; el Ministro descansa en la *sindéresis* de sus subalternos y los originales se van a la imprenta. Todo ello demuestra cuál debe ser la selección y experimentación de tales obligados colaboradores, sobre todo en la Cancillería.

Como venía diciendo, en la Memoria de Relaciones Exteriores de 1933, página XXVII, se encuentra este párrafo: «El doctor García Ortiz, por ejemplo, escuchó ciertas sugerencias, que el Gobierno de Lima fijaría en una fórmula; pero el Gobierno de Colombia no había precisado sus puntos de vista sobre estas sugerencias absolutamente informales cuando cayó el Canciller Zabala Loaiza, que las preconizaba....» El Secretario del Ministerio que tal cosa escribió tenía a su disposición todos los documentos pertinentes y, o no los leyó, o no los comprendió. Lo primero indicaría negligencia en caso grave, lo segundo falta de inteligencia. Ambas cosas son contraindicadas para el puesto de Secretario de la Cancillería. En el *Foreign Office*, en el *Quay d'Orsay*, en *Itamaraty*, el responsable de tamaño yerro habría perdido el empleo; pero por allá eso no puede ocurrir nunca. Descarto expresamente otra posibilidad, única que resta, es decir, la de mala fe, la de premeditación de falsear la verdad; empero, es de notar que tal Secretario fue advertido por sus superiores de su garrafal *inadvertencia*, y entonces debió, o revisar con atención los documentos, o hacerse asesorar por alguien que los enten-

diera, y ni una ni otra cosa hizo, pues en un folleto posterior titulado *Conflicto de Leticia* (dos ediciones), cuya publicación dirigió el mismo Secretario, en vez de decir, como había dicho en la Memoria «El doctor García Ortiz *escuchó* ciertas sugerencias, etc.», dijo: «El doctor García Ortiz *estudió* ciertas sugerencias, etc.», dejando todo lo demás como estaba. Sin duda que quedó muy satisfecho de su portentosa habilidad para rectificar; pero ya advertido de su grave error, no rectificó nada, y dejó como hecho histórico una aseveración absolutamente falsa. Empero, por ahí vi anunciado que el libro Azules que prepara nuestra Cancillería sobre el conflicto de Leticia será preparado por ese mismo Secretario. Creo conveniente advertirle al Gobierno que tarea tan delicada debe ser confiada a persona de mayor y probada competencia.

Nunca escuché ni estudié yo sugerencias del Gobierno peruano que éste fijaría en una fórmula. Todo lo contrario, yo formulé un memorándum de siete cláusulas, como base de una solución de conflicto, que consulté con Bogotá; que mereció la aprobación de este Gobierno, después de oír a sus consultores, con dos pequeñas variantes, no sustanciales; que fue consultada también por cable a los señores Alfonso López y Eduardo Santos, quienes simpatizaron con esa solución, según me lo comunicó el Presidente Olaya Herrera. Así lo presenté a la Cancillería peruana, sin comprometer al Gobierno de Colombia, como sugerencia personal, ofreciendo que si allá encontraba aceptación, la sometería a mi Gobierno, con todo mi apoyo de Plenipotenciario. Después de multiplicadas conferencias y gestiones, elementos peruanos de mucho valer e influencia entre otros los consultores más escuchados de la Cancillería de Torre Tagle, como el ex-Canciller don Melitón Porras, altísima y noble personalidad internacional, don Arturo Osorio, candidato a la Presidencia de la República; don Solón Polo, don José Riva Agüero, don Víctor Andrés Belaúnde, don Carlos Arana Santamaría, el doctor Vicente Villarán, la más alta autoridad del foro peruano; banqueros, académicos, profesores e influyentes miembros del Club Nacional, apoyaron viva y eficazmente la fórmula del Enviado Extraordinario de Colombia. Es de notarse, por la significación que ello reviste, que entre los entusiastas partidarios de tal arreglo, varios habían aconsejado anteriormente la forma y términos de la deplorable nota de la Cancillería peruana de 15 de septiembre de 1932,

que explicaba, excusaba y acogía el asalto de Leticia como fruto de una incontenible corriente popular. Esos consejeros de tal nota, mejor informados, con elementos de juicio mejor encaminados, rectificando los puntos de vista iniciales, vinieron a prohijar una fórmula neta de desagravio a Colombia y que establecía la devolución directa, inmediata e incondicional a las autoridades colombianas del cuadrilátero de Leticia y el reconocimiento del Tratado Lozano-Salomón, como vínculo perfecto y definitivo entre los dos países. Ese cambio sustancial fue la obra de la misión especial, lo que ha ratificado aquí en Bogotá el ilustre pensador, eminente patriota peruano y eficaz factor hoy de acercamiento entre los dos países, doctor Andrés Belaúnde. Ese fue el fruto de la campaña que allá realizó esa misión especial y que principió con las frases proferidas al caer de los aires al suelo de Lima, en la hora más recia del conflicto: «Soy un Embajador de buena voluntad. En Colombia no hay rencor por la nacionalidad peruana, sino por los loretanos asaltantes de Leticia».

Por tales frases, que no podían ser otras, puesto que a eso fui ese noble gesto de buena voluntad del Presidente Olaya Herrera fue aplaudido en toda la América y marcó para todo el conflicto la actitud firme pero civilizada de Colombia, y esas frases permitieron a muchos peruanos desligarse del acto de piratería de Vigil, Ordóñez & Cía. Con igual simpatía que los peruanos inteligentes y patriotas, acogieron esa fórmula mister Dearing, Embajador de los Estados Unidos y tan buen amigo de Colombia como del Perú; don Manuel Rivas Vicuña, el ilustre Embajador de Chile, y don Rogelio Ibarra, inteligente y activo Ministro del Paraguay. Todos los citados, a excepción del doctor Poio, por ventura viven aún. Los tres diplomáticos nombrados obtuvieron de la Cancillería peruana copia informal de mi memorándum y de la carta ya preparada en esa Cancillería y redactada por el consultor doctor Solón Polo, en que se aceptaba de plano y en su integridad, el susodicho memorándum, a excepción de la cláusula VII, relativa al Ecuador, que se me había pedido retirara. A mí se me dio también copia informal de dicha carta, la cual se me pasaría formalmente al recibir la aprobación por parte del Gobierno colombiano de tal fórmula de arreglo, copia que remití inmediatamente por avión al Presidente Olaya. La entrega de esas copias a los tres representantes de países amigos.

quienes inmediatamente las enviaron a Wáshington, Santiago de Chile y la Asunción, con la debida información, indica la decidida seriedad del propósito del Ministro Zabala Loaiza, Canciller del Perú. Para la pascua de 1932 parecía asegurada la paz, en las condiciones en que Colombia la quería. En tal punto, el partido violento sanchecerrista, cuya dictadura y permanencia en el poder se debía al conflicto internacional, al tener noticia del proyectado próximo arreglo, reunió sus fuerzas dentro y fuera de la Asamblea Nacional, con el poderoso apoyo de elementos militares y del diario de los señores Miró Quesada, y rompió fuegos contra el Ministro Zabala Loaiza y sus amigos, partidarios del desagravio a Colombia y de una decorosa solución. Al mismo tiempo rompieron fuegos contra el enviado especial de Colombia, llamándole diplomático pérfido, que había ido a intervenir en la política interna del Perú, a buscar inteligencias con los enemigos del Gobierno, a organizar núcleos hostiles. En la tremenda sesión de la Asamblea Nacional del 29 de diciembre, que duró hasta la madrugada, todos los elementos coaligados del sanchecerrismo, derribaron al Canciller Zabala Loaiza. Belaúnde, hasta última hora, heroicamente, con elocuencia incomparable, defendió la causa del buen sentido, del respeto por la fe empeñada, del honor y del prestigio peruano. En lo más elevado de su peroración, cualquier lacayo de la dictadura le gritó: «Traidor por miedo a García Ortiz».

Pero el Perú, es decir, la nación, no quería la guerra, y menos con Colombia; la opinión pública, a pesar de las tergiversaciones de *El Comercio*, habíase ilustrado; en los círculos socialmente influyentes habían trascendido las fórmulas de la misión especial, y el Gobierno veía con inquietud que a la aventura bélica temeraria e injustificable ante el mundo, podría no acompañarlo el Perú mismo, que despertaba. Personas próximas al Palacio de Pizarro se me acercaban con proposiciones que ellos creían maquiavélicas y maliciosas y que eran simplemente pueriles, cosidas con hilo blanco. Un ex-Ministro de Sánchez Cerro me formuló por escrito una propuesta de arreglo, bastante inflada, que en su medio juzgóse sin duda una obra maestra. Que yo no hubiera caído en la trampa y que la hubiera desinflado con un suave alfilerazo, provocó en ellos un malhumor indecible. Para que la opinión pública no protestara contra una política de rechazo a un avenimiento decoroso con Colom-

bia, como el que se había adelantado, buscó el inefable nuevo Canciller, señor Manzanilla, un pretexto para excusarse de continuar entendiéndose conmigo, y lo encontró inmediatamente. «El señor García Ortiz —dijo Manzanilla— no tiene poderes para entenderse con el Gobierno del Perú. El se dice Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia, en misión especial; pero no es tal cosa. El Canciller colombiano, ante el Senado de su país, declaró que la misión del señor García Ortiz no era ante el Gobierno del Perú, sino ante la Legación colombiana en Lima, y era misión simplemente informativa».

Tal afirmación fue el golpe teatral con que hundieron en aquella tormentosa sesión de la Asamblea Nacional peruana la solución del conflicto con Colombia que tenían decidida el Canciller Zabala Loaiza y sus consejeros y amigos. Hasta ese día tal solución era posible, Cortos días después, por el curso de los acontecimientos y por los actos desatentados de la dictadura, ya no lo fue.

Y Manzanilla tenía razón, no en cuanto a la realidad de las cosas, sino en cuanto a la declaración del Canciller colombiano ante el Senado.

En cuanto a la realidad de las cosas, yo era formal y efectivamente todo lo que arriba queda dicho, por el querer del Jefe del Estado, por el texto del decreto y del nombramiento, por las solemnes credenciales que se me otorgaron y que yo personalmente entregué originales al Presidente Sánchez Cerro, y por la comunicación que hizo a su Gobierno el Ministro del Perú en Bogotá. En tal carácter fui recibido en Lima, tanto en el Palacio de Pizarro como en el Palacio de Torre Tagle. Iguales, idénticas credenciales le presenté meses más tarde en Santiago de Chile al Presidente Alessandri, y se me concedieron no sólo las prerrogativas de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, sino las preeminencias inherentes a la misión especial.

La categoría y el alcance de esa misión fueron establecidos aquí en Bogotá, en el Palacio de la Carrera, con el Presidente Olaya Herrera antes de mi partida para Lima, cuando en nuestras varias entrevistas pude admirar la sangre fría, la sagacidad, la capacidad de trabajo de ese Presidente, en tales días de honda preocupación patriótica. Al pedirle yo las instrucciones escritas, me hizo el honor insigne de responderme: «Escríbalas usted». No me atreví a tanto;

pero escribí un plan diplomático que podría desarrollarse en los países de América del Sur, y que él consideró con benevolencia. A Cali y a Buenaventura me llamó por teléfono para darme las últimas noticias, para refrescar lo convenido y para confiarme su confianza. Tal es la realidad de las cosas.

Pasemos a la declaración posterior del Canciller Urdaneta Arbeláez ante el Senado. Cuando se supo aquí que al salir del avión en Lima yo había dicho: «Yo soy un Embajador de buena voluntad», se desató una tempestad que afligió a mi familia y a mis amigos. Se me atacaba en el Congreso, en los diarios, en los corrillos y en los cafés. Los Noriegas hicieron su agosto en la Cámara de Representantes, y el Senador Laureano Gómez interpeló con la violencia de su temperamento al Canciller Urdaneta Arbeláez, y éste respondió lo que atrás expresé como dicho por Manzanilla y que más atrás aún quise yo llamar la negación de Pedro. Tal declaración no me fue transmitida oficialmente a Lima: yo tuve conocimiento de ella por la prensa. Quizá en mis despachos se encuentre la impresión de la manera fría, tranquila y triste como recibí tan lastimosa sorpresa. En tales momentos yo me estaba entendiendo ya con el Canciller Zabala Loaiza sobre los arreglos relatados. Al saberse allá la declaración del Canciller colombiano, se me presentó en mi residencia el distinguidísimo Jefe del Protocolo y me pidió le dijese qué podía significar aquella declaración del Canciller colombiano, recogida por la prensa. Hube de responder: «No tengo noticia oficial de tal cosa; mientras tanto el Gobierno del Perú tiene en sus manos los documentos originales y de estricta formalidad y corrección que atestiguan mi carácter». Para el Canciller Zabala Loaiza y sus consultores no hubo, pues, novedad. Yo continué tranquilamente mis actividades, dando cuenta diaria de todo a mi Gobierno. Consideré que tal era mi deber claro y categórico. El Senador Laureano Gómez podía asustar más o menos con sus embestidas al Canciller Urdaneta Arbeláez. Yo no podía ni debía abandonar ni descuidar la misión a mí confiada en servicio de Colombia, a causa de incidentes parlamentarios. Yo no podía ni debía, encargado correctamente de una empresa peligrosa y difícil en defensa de mi país, cuando las horas eran contadas, dejarme influenciar por la violencia del Senador Gómez ni por el susto del Canciller Urdaneta. Pero dudo mucho que otro agente diplomático, menos viejo que yo, hubiera

gastado esa estoica indiferencia. Nunca he sabido, ni nunca he preguntado la causa de tal desautorización en plena lucha, ante el adversario, de un representante de mi categoría, y sin fin práctico ninguno porque continué de Plenipotenciario. Nunca podré saber la urgencia, necesidad o conveniencia de hacer aquéllo. Pero debo declarar que si en los consejos de Gobierno aquéllo se consideró necesario o conveniente para defensa del interés patrio o del mejor servicio de Colombia, aquéllo fue bien hecho. El país había sido constreñido a un estado de guerra, y en tal estado los agentes públicos están discrecionalmente a merced del comando.

Mas debo hacer una observación final. A pesar de que en toda la América y aquí mismo estaba publicada la fotografía del acto de entrega en el Palacio de Pizarro, al Presidente Sánchez Cerro, de las credenciales del Plenipotenciario García Ortiz, cuando el Canciller Urdaneta Arbeláez, para parar en tercia la arremetida del Senador Gómez, improvisó que mi misión no era ante el Gobierno peruano sino ante la Legación colombiana en Lima, no tomó cuenta de una imposibilidad manifiesta y de una consecuencia probable.

La imposibilidad manifiesta consistía en que yo, ex-Ministro de Relaciones Exteriores, dos veces Embajador Extraordinario y durante cinco años Ministro Plenipotenciario, quien recibió la honra de clausurar el Congreso Internacional de Jurisconsultos Americanos en Río-Janeiro, aceptara la misión de simple correo de gabinete para llevarle recaditos a nuestra Legación en Lima.

La consecuencia probable era la siguiente: A las turbas sanche-cerristas de Lima, los enemigos de Colombia les hicieron creer que yo era un diplomático pérfido, que me estaba entendiendo con los apristas para atentar contra el Presidente Sánchez Cerro. Comencé a recibir amenazas en diversas formas y por diferentes conductos, amenazas que bien se vio después que se traducían en actos. Se me convirtió en blanco de odios descaminados. Mis nobles amigos peruanos y extranjeros comenzaron a preocuparse por mi seguridad. La declaración del Canciller Urdaneta Arbeláez, despojándome de mi condición de Plenipotenciario, me arrebatava mi única protección, me despojaba del fuero diplomático y me dejaba desamparado. Al decir también que mi encargo era de simple información, me exhibía ante esas gentes como encargado de funciones de espio-

naje, y en el caso de que me trataran en consecuencia, el Gobierno de Colombia, por su propia declaración se había imposibilitado para todo reclamo. En tal situación y ya sin contrapeso los fanáticos del Presidente Sánchez Cerro, se tuvo en mientes que en una reunión diplomática el Jefe del Estado me irrogara una ofensa personal. A mi instintiva no asistencia y al Embajador de Chile, el noble don Manuel Rivas Vicuña, le soy deudor y le es deudora Colombia, de que hubieran desistido de tal atentado. Yo permanecía con mi Secretario y mi hijo solos, sin guardia, sin custodia, en el corazón de Lima. Entonces llegó el cable del Presidente Olaya Herrera con la orden de embarcarme inmediatamente y trasladar mis actividades a Santiago de Chile. Lo hice sin demora, y dos días después estalló el ataque contra la Legación de Colombia. No había ya otra cosa a la vista que la guerra, cuando por ventura para ambos países surgió la acción en Ginebra de Eduardo Santos.

Cuando aquel señor Noriega, precursor del nudismo en Colombia, pues alguna vez, habiendo dejado el juicio (si lo tuvo) en una cantina, se presentó en ropas menores ante las Cámaras reunidas en Congreso pleno, hasta el punto que el General Berrío debió misericordiosamente cubrirlo con su propio abrigo; cuando tal señor Noriega y sus congéneres hablaban de indignidad refiriéndose a mí, se firmaba en Bogotá, el 20 de octubre de 1932, un despacho, para serme dirigido a Lima, en el que se me daba una voz de aliento y se confirmaba la fe en que nunca peligraría en mis manos la dignidad de la Patria. Ese despacho fue firmado por José Ignacio Escobar, Diego Mendoza, Gabriel Camacho Roldán, Silvestre Samper Uribe, Baldomero Sanín Cano, Lucas Caballero, Celso Rodríguez, Joaquín Samper, Wenceslao Paredes y Santiago Ospina. Yo no los conté, los pesé. Nunca supieron esos varones consulares, honra y decoro de Colombia, testimonio vivo de que aún alientan entre nosotros el espíritu y el corazón de los próceres, en cuyos nobles pechos se refugiaría el día de la prueba máxima el alma de la Patria, nunca supieron ni sabrán la fortaleza que a mi ánimo trajeron sus generosas palabras.

**EL ARTICULO DEL DOCTOR GARCIA ORTIZ
ANTE EL SENADO**

Bogotá, enero 3 de 1936.

Al señor doctor Laureano García Ortiz—Ciudad.

Hónrome en transcribir a usted la siguiente moción, aprobada por el honorable Senado en su sesión de ayer:

«El Senado de la República

RESUELVE:

«1.º Hacer publicar en un número extraordinario de los *Anales del Senado* el documento suscrito por el doctor Laureano García Ortiz, ex-Embajador de Colombia ante algunos países suramericanos, y que corre publicado en el número extraordinario de *El Espectador* de 30 de diciembre de 1935, con el rubro o título de “Mis reminiscencias de la diplomacia”; y

«2.º Hacer presente al señor Ministro de Relaciones Exteriores la complacencia con que el Senado vería que el expresado documento fuera publicado como anexo a la próxima Memoria del Ministerio a su cargo».

Soy de usted servidor muy atento,

A. Orduz Espinosa.

Bogotá, enero 13 de 1936.

Excelentísimo señor Presidente del Senado—En el Capitolio.

Excelentísimo señor:

Al regresar del campo a esta ciudad encontré la nota número 1278, de fecha 3 de los corrientes, por medio de la cual el señor Secretario de la augusta corporación que usted tan dignamente preside, se sirve transcribirme una moción aprobada por el honorable Senado en su sesión del día anterior, con la cual la más alta corporación de Colombia me honra señaladamente y del modo más espontáneo, inesperado para mi, al disponer que un artículo del cual soy autor, aparecido en *El Espectador* de esta capital, el día 30 de diciembre último, sobre asuntos internacionales y diplomáticos, sea reproducido en un número extraordinario de los *Anales del Senado*, y al hacer presente a la Cancillería la complacencia con que el mismo Senado vería que el expresado documento fuera publicado tam-

bién como anexo a la próxima Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Con mucho respeto y con suma gratitud debo poner de presente a Vuestra Excelencia, y por tan elevado conducto al honorable Senado, que si yo hubiera podido prever, o sospechar siquiera, tan alto destino para una producción mía, la habría concebido y desarrollado en una forma muy distinta y con pormenores pertinentes y comprobación documentada de algunas de sus consideraciones.

Si bien es cierto que los hechos puntualizados en tal producción son rigurosamente conformes a la realidad, mis apreciaciones personales de ellos pueden ser discutibles y discutidas, por lo cual, para lo que el Senado se propone, me sería doblemente honroso y grato fundamentarlas y apoyarlas con testimonios y documentos que las justifiquen plenamente. En una palabra, mi propósito fue escribir un artículo de periódico y no un papel de Estado. En consecuencia, me pongo respetuosamente a la disposición del Senado para elevar aquéllo a ésto, en la escasa medida de mis capacidades. En todo caso, yo me siento obligado, en servicio de la verdad histórica, a complementar esa publicación, cualquiera que sea el destino que se le dé.

En el público se entiende que el Gobierno ha pensado solicitar o ha solicitado ya del Senado que se digne revocar la moción a que he venido refiriéndome. Si el Gobierno considera que tal resolución y tal deseo del Senado, al realizarse, pueden perjudicar las conveniencias nacionales, no hace otra cosa que ejercer, con perfecto y legítimo derecho, sus atribuciones constitucionales de Director Supremo de las Relaciones Exteriores, y no sería yo, oscuro ciudadano, sin funciones públicas, el llamado a quejarme de determinaciones inspiradas sin duda por el más puro e ilustrado patriotismo, y las conclusiones a que lleguen de acuerdo los altos Poderes del Estado tendrán siempre mi mayor acatamiento.

Pero se me ha dicho que elementos oficiales han considerado que el artículo referido, de que soy autor, censura y ataca la política internacional del Gobierno, y ello a todas luces es inexacto e injustificado. La mera lectura de tal escrito basta y sobra para el rechazo inmediato de tan gratuita insidia. La prueba más decisiva de lo contrario la acaba de dar el mismo Senado de la República, vinculado a la política internacional del Gobierno, y que en su sabiduría no

encontró nada contrario a ella en el escrito que tan generosamente quiso acoger.

Si en tal escrito se pone de manifiesto la clamorosa necesidad nacional de formar y seleccionar un personal especialmente idóneo para el servicio internacional y diplomático, ello se viene diciendo desde hace muchos años, en ello coinciden y concuerdan todos los patriotas, y no puede ser dudoso que tal urgencia la sienta el Gobierno más que nadie y que haya hecho y esté haciendo esfuerzos por seleccionar y emplear a los más aptos y los mejor preparados.

Por otra parte, la columna vertebral de la política oficial, en la última época, fue la campaña en defensa del Protocolo de Rio-Jañeiro. Y en el artículo en referencia se hace la defensa irrestricta de tan trascendental instrumento diplomático, en términos que merecieron de un insigne Senador los calificativos de «nueva, original y definitiva defensa del Protocolo».

Si el mismo artículo dice que hace tres años el Ministro de Relaciones Exteriores de entonces declaró ante el Senado de la República que yo no era Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia en misión especial ante el Gobierno del Perú, sino simplemente un encargado de misión informativa ante la Legación colombiana en Lima, y tal artículo lo dice tan sólo para explicar ciertos sucesos y ciertas consecuencias que tuvieron su causa y origen en tal declaración, ello es porque allí se está escribiendo historia y no haciendo política militante actual. Tanto es así, que allí mismo se dice que si esa declaración, contraria a lo que yo creo la verdad, fue hecha por aquel Canciller, en situación de guerra, por defender y servir mejor la causa de Colombia, fue bien hecha. Siendo eso así, ¿cómo es que puede decirse que tal artículo está encaminado a atacar o censurar la política internacional del Gobierno?

Ciertamente que en el mismo artículo se exhibe como falto de comprensión o negligente a un empleado de la Cancillería; pero que se apunten las deficiencias intelectuales de un subalterno o la impropiedad de su carácter y de sus maneras para delicadas funciones en la actividad internacional, no puede considerarse nunca como oposición al Gobierno, que hallándose en singular capacidad de

verificar tales deficiencias y tal impropiedad, puede corregir y remediar eso, para el mejor servicio público, sin que ello constituya un problema de Estado, ni dé lugar a crisis ministeriales.

Creo dejar demostrado que el honorable Senado de la República puede haber pecado por exceso de generosidad al aprobar la moción a que he venido refiriéndome, pero que sería temerariamente irrespetuoso el suponer que por ligereza ha desconocido su propia política.

Tengo la honra de aprovechar tan señalada ocasión para expresar a Vuestra Excelencia los sentimientos del profundo respeto con que me suscribo de Vuestra Excelencia muy obediente servidor y compatriota,

L. García Ortiz.

LOS PROCESOS POLITICOS

LA LECCIÓN DE LAVAL

Durante los últimos períodos, inquietos y vergonzosos, de la Tercera República Francesa; aun antes de estallar el tremendo flagelo de 1939, ya para mí era singularmente antipática la figura política de Pierre Laval: desde su piel oscura hasta su corbata blanca; desde su boca irregular de negro hasta sus perpetuas intrigas y clandestinas combinaciones, todo me era repugnante. Cuando vino el armisticio y la colaboración con Alemania, aquellos sentimientos se acentuaron y definieron. Vi con desdeñosa indiferencia sus aventuras finales, huidas y ocultamientos, su caída al fin en manos francesas.

Pero todo fue abrirse el proceso y contemplar las actitudes, gestos y expresiones de Magistrados, Jueces y Fiscales, inmisericordes, preju juzgadores y prevaricadores, criminales ellos también, e *ipso facto* resulté del lado de Laval.

Todo será, pero sin el armisticio y sin la colaboración de Pétain y de Laval, la suerte de Francia habría sido igual a la despiadada y desoladora de Polonia y aun de Holanda. La hermosa y dulce Francia habría desaparecido entre los escombros de sus ciudades legendarias, de sus monumentos gloriosos, de sus fértiles Provincias arrasadas.

Si Francia renace, y renacerá pronto, ello se deberá al sacrificio de la popularidad, de la reputación de los cooperadores, que aceptaron y se sometieron a la ignominia de sus nombres. Hay clamorosa ingratitud de parte de De Gaulle y sus amigos: ellos encontraron base para su obra restauradora en lo que los otros salvaron.

De estos procesos políticos siempre huye y se oculta la noción de la justicia. No hablemos de los seudojuicios de Carlos I de Inglaterra y Luis XVI de Francia, que pagaron con sus cabezas unidas el óleo de un derecho tradicional. Sus matadores no lustraron sus nombres ni se coronaron de civismo por lo que hicieron; el regicidio nunca fue título de gloria: la mayor parte de ellos hubieran querido que eso se olvidase. Ni hablemos del infinito número de los decapitados en la guillotina, entre los cuales hubo santos y santas, víctimas expiatorias y mártires consagrados.

Hay un caso que alguna asimilación admite con el de Laval, aunque la víctima ostentó una nobleza que Laval no conoció jamás. Es el caso del Mariscal Ney, el incomparable héroe de la retirada de Rusia, del que en el espantable desastre de Waterloo se lanzaba con la espada rota contra los inmovibles regimientos británicos, gritando «venid a ver cómo muere un Mariscal de Francia». No murió allí: «Estaba reservado para balas francesas», dice el poeta. Cae Napoleón y es relegado a la isla de Elba. El obeso Luis XVIII viene a las Tullerías a restaurar la vieja monarquía borbónica, con su aristocracia arcaica que nada aprendió ni nada olvidó. Tal régimen no se mantenía en pie sino con el apoyo de los ejércitos extranjeros; para no derribarse en el escenario, necesitaba de los grandes prestigios militares del Imperio, al menos de uno de ellos, y llamó a Ney y le ofreció la espada de Condestable de Francia, con el sueldo de que sería a Francia a quien serviría. Por desventura Ney aceptó, y en esto vino la aventura increíble y fantástica del retorno de Napoleón de la isla de Elba. Ney salió a detener y aprisionar a su amo el Emperador, pero todo fue verlo y cayó en sus brazos. No podía ser de otra manera. Para sus heroicos servidores, Napoleón era Francia. Mas la Europa coaligada venció a Bonaparte, y Luis XVIII volvió a las Tullerías con sus piernas monstruosamente hinchadas. El Senado aristocrático y envejecido juzgó y condenó a Ney a la última pena, como traidor. En efecto, Ney fue técnicamente traidor a Luis XVIII y como tal murió,

pero no en el corazón de los franceses y de los que amaron el heroísmo en las cinco partes del mundo.

Esa perspectiva no tendrá la memoria de Laval, porque a éste le faltó el desinterés y la dignidad; pero ya se escucharon voces en el concurso de la sala del Tribunal, que afirmaban: «Laval tiene razón». Y el día del sacrificio se oyeron gritos que calificaban de «asesinato» el enjuiciamiento y de «asesinos» a los funcionarios. Quizá falta mucho por saber y comprender.

En nuestra noble historia colombiana tuvimos el juicio político abierto por la conjuración del 25 de septiembre de 1828, contra el gobierno dictatorial del Libertador y que fue tan sólo una tentativa fracasada, pero castigada con un diluvio de sangre, con exagerada furia y con propósito oculto tenebroso. Entre los conjurados los había de muy diferente carácter y propósito, los unos de intención criminal, los otros de ofuscación patriótica. Desde el principio del juicio bien se vio la absoluta inculpabilidad del General Santander, pero el proceso se encaminó a complicarle de todas maneras, para condenarlo y matarlo, como condenó y mató el solo Urdaneta, único Juez, al Almirante Padilla (inocente) y a 14 individuos entre militares y civiles. En tal proceso, el verdadero asesino fue Urdaneta, como él mismo, con cinismo increíble, se lo dice a su secuaz el General Montilla, en cartas íntimas de octubre de 1828. A Santander sólo lo salvó del patíbulo la actitud heroicamente cívica, en Consejo de Ministros, del Ministro del Interior, el historiador Restrepo. El despecho por ello de Urdaneta, a quien arrebató la presa siempre deseada y ya segura, fue inaudito y nunca perdonado.

Esto y lo otro muestran que los procesos políticos nunca fueron, ni son, ni serán, obra de justicia. Tal es la lección que el fin de Laval nos enseña.

Bogotá, 17 de octubre de 1945.



Oleo de Irés
evedo Biester

Raimundo Piras
